



A.J. BLUE

LOS CABALLEROS

del

AMOR

Novela de
amor erótica

RETICENCIA

LOS CABALLEROS DEL AMOR

- Novela de amor erótica –

Reticencia

(Fascículo 1)

A.J. Blue

Edición Kindle – 16.09.2014

Derechos de autor

Derechos de autor © 2013 A.J. Blue

Foto de la cubierta: © George Mayer - Fotolia.com

Diseño de la cubierta: © A.J. Blue

Revisión del original: MaKr

Traductora: Stefania Zanier

Todos los derechos reservados. No se permite la reproducción total o parcial sin el permiso previo y por escrito de A.J. Blue.

Datos de contacto: ajblue@web.de

Acerca de la autora

A.J. Blue es el pseudónimo de una exitosa autora alemana. *Los caballeros del amor* es su primera novela erótica y el inicio de una colección de novelas románticas sensuales.

Más información acerca de A.J. Blue y sus proyectos en la página de Facebook <https://www.facebook.com/AJBlue>

[LOS CABALLEROS DEL AMOR](#)

[Derechos de autor](#)

[Acerca de la autora](#)

[2](#)

[3](#)

[4](#)

[5](#)

[6](#)

[7](#)

[8](#)

[9](#)

[10](#)

[11](#)

[12](#)

[13](#)

[14](#)

[15](#)

[16](#)

[17](#)

[18](#)

[19](#)

[20](#)

[21](#)

[22](#)

[23](#)

[24](#)

[25](#)

[26](#)

[27](#)

[28](#)

[29](#)

[30](#)

[31](#)

[32](#)

[33](#)

[34](#)

[35](#)

[36](#)

[37](#)

[38](#)

[39](#)

[40](#)

[41](#)

[42](#)

[43](#)

[44](#)

[45](#)

[46](#)

[47](#)

[Capítulo de bonificación: Cómo empezó todo \(Liam\)](#)

–Sí, ¿diga? ¿Quién es? –Mantengo apretado el botón del interfono mientras espero una respuesta.

–Mensajería El Norte. Tengo un envío para Ud.

–Un momento. –Le doy al botón que abre la puerta.

Normalmente, los mensajeros me causan sensaciones negativas. Casi siempre te entregan cosas poco agradables, al menos por lo que he podido experimentar yo.

Pero hoy, me imagino que es algo positivo: es mi aniversario. Cumpló 29 años y seguro que es un regalo de mi novio Tobías que está de viaje y llegará esta tarde. Qué bonito que me haga un regalo por la mañana temprano. ¿Qué será? ¿Un vestido elegante para llevar cuando salgamos a comer o un collar? ¿O tal vez pendientes?

Hoy me he tomado un día de fiesta para celebrar mi cumpleaños por todo lo alto. Como trabajo en el departamento de marketing de la empresa de Tobías, no tuve ningún problema: como novia del jefe, una goza de algunos privilegios.

–¿Es usted la Sra. Carolina López? –me pregunta al sacar un sobre del tamaño DIN A4 de su bolsa de mensajería.

Le contesto que sí mientras me pregunto qué demonios podría contener este sobre: para un vestido es demasiado pequeño y para una joya, poco abultado.

–Su DNI por favor.

–Un momento –le contesto y busco la cartera encima del pequeño mueble de caoba, cerca de la puerta. Le enseño mi DNI–: Tenga.

El mensajero se queda mirando un buen rato mi documentación, luego me la devuelve. –Muy bien, firme aquí por favor.

Signo con un bolígrafo digital en la casilla prevista y, al momento, me entrega el sobre.

–Que tenga un buen día –me despido de él con buen humor y busco el remitente.

Consultoría Tobías Méndez Villaterra, ya lo sabía yo, un regalo de Tobías. Pero ¿tan fino? Tanteo el sobre con cuidado, ¿tal vez un bono regalo?

Abro el sobre y extraigo un dossier plastificado con un documento:

Apreciada Sra. López:

Sirva la presente para notificarle que, a partir del día de hoy, la empresa ha decidido rescindir el contrato vigente basándose en el artículo 9.3 de dicho documento y

Me es imposible seguir leyendo. ¿Qué diablos es esto? ¿Una broma de mal gusto? Me tiemblan los dedos cuando extraigo otra hoja.

Caro:

Perdona, pero no puedo ni quiero hacer esto en persona. A partir de este momento estás despedida y recibirás un mes de indemnización. Además, te pediría que dejaras mi piso como muy tarde en dos semanas. He conocido a otra mujer y queremos vivir juntos cuanto antes. Mi secretaria, la Sra. Baena, tiene una llave del piso. Vendrá a buscar algunas cosas mías y te llevará las pertenencias que tienes en el despacho. Ruego respetes mi decisión. Te deseo todo lo mejor.

Tobías

¿Cómooooo?

Es como sí, de repente, se abriera un abismo bajo mis pies: ¿se ha vuelto completamente loco o qué? ¿Otra mujer? ¡No me lo puedo creer! ¿Y me lo dice el día de mi cumpleaños, en una carta?

«Claro, hoy es el día 31», pienso amargada. «El último día para poder despedirme. Ya sé que nuestra relación últimamente no era la mejor y hace tiempo que no tenemos sexo, pero no era por mí. Ahora ya sé porque nunca tenía ganas, tenía otra. Aarrghh!»

Hubiera tenido que hacerle caso a mi madre. Tobías nunca le cayó bien. Ella no estaba para nada de acuerdo con que dejara mi trabajo bien remunerado en una agencia publicitaria para ir a trabajar a su empresa y me mudara a su casa, a 200kms de mi pueblo.

«Dependerás completamente de él –me dijo–. ¿Por qué no mantienes por lo menos tu trabajo?»

Hice caso omiso. Sencillamente, quería pasar todo el tiempo posible junto a él. No lo pensé dos veces cuando me ofreció un trabajo en su empresa y me propuso ir a vivir con él en su piso de diseño.

De esto hace un año. En esta ciudad, todavía no tengo amigos, pero tampoco estoy muy interesada en conocer a gente nueva. Casi todas mis amigas de antes siguen viviendo en el pueblo y, de hecho, no tengo tiempo para nuevos amigos. Hasta hace unos segundos, el tiempo lo dedicaba exclusivamente a Tobías.

Nunca me hubiera imaginado que mi decisión sería tan equivocada. Me tiro de los pelos.

Estoy tan aturdida que no puedo ni llorar. ¿Cómo me ha podido hacer eso? Es el peor cumpleaños de mi vida. ¿Cómo quiere que encuentre un nuevo piso tan rápido? ¿Y dónde? ¿Tal vez sería mejor volver al pueblo? ¿Y qué pasa con el trabajo? ¿Dónde encontrar uno en poco tiempo, porque con solo un mes de indemnización no me da para mucho. Seguro que llega justo para pagar la caución de alquiler. Tampoco tengo muebles, ni siquiera una lavadora: todo, absolutamente todo, en este piso pertenece a Tobías. Y no puedo esperar que mis padres me dejen dinero, casi no llegan a final de mes ellos, ¿cómo quieres que me ayuden? Me apoyo en la pared, me dejo deslizar lentamente hacia el suelo y, desesperada, escondo mi cabeza entre mis brazos.

¡El móvil! Seguro que es alguien que me quiere felicitar para mi cumpleaños, pero no tengo ganas de hablar con nadie. Que dejen mensajes. Me echaré un rato, me siento fatal.

Después de haber puesto mi móvil en silencio y descolgado el teléfono, me miré varias películas románticas y sí, lloré unas cuantas lágrimas de decepción. En algún momento me quedé dormida, exhausta.

Ya es de noche cuando me despierto. Miro el móvil: quince llamadas perdidas, pero ni una de Tobías. «Ni siquiera ha tenido la decencia de felicitar me. ¡Qué cabrón! ¿Cómo he podido equivocarme tanto con él?» Siento como la rabia se apodera de mí. En el día de mi 29º cumpleaños estoy sola, la vida se me hace añicos, mientras que Tobías muy probablemente esté follando con su nueva chica. No es que fuera un dios en la cama, pero, como estaba enamorada, me daba igual. Hasta no le di importancia a las semanas sin sexo. Enfadada, le doy un puñetazo a la mesilla de noche: saldré y me ligaré a uno cualquiera para follar sin reparos. ¡Será mi regalo de cumpleaños!

Una hora y media más tarde estoy sentada en una barra de un bar de cócteles muy hípster y pido un Apple Martini. Llevo un maquillaje discreto, un vestidito negro tipo Jacqueline Kennedy, un *push up* y tacones de vértigo. Mi pelo rubio está recogido en un moño sofisticado. Soy guapa, hasta mi espejo me lo confirmó. Acabo el Apple Martini de un trago y pido otro, necesito beber algo para desinhibirme. Hace tiempo que no salgo sola y me falta práctica para ligar.

—Su cóctel, espero que le guste —me sonrío el camarero. Lástima que sea tan joven. Debe de tener como máximo veinte años. Demasiado joven, me gustan más los hombres que me lleven cinco, diez años. Pero si no pilló otra cosa, me ligaré a este. Espero que tenga su propio piso y no siga viviendo con mamá. No quiero tener sexo con otro hombre en el piso de Tobías. Me haría pensar todo el rato en él, seguro que me cohibiría. Esta noche quiero dejarme ir del todo.

Pincho con fuerza el trocito de manzana en mi cóctel.

—Me parece que la manzana ya está muerta.

Me doy la vuelta y me quedo boquiabierta. Delante de mí, la locura, un tío de ensueño: una mandíbula cuadrada con un hoyuelo pequeño, ojos azules, pelo oscuro ondulado, un cuerpo esculpido y manos hermosas. Unos dedos largos, finos y perfectamente cuidados, se extienden ante mí. ¿Qué más hará con unos dedos tan bonitos?

—Hola, soy Liam.

—Caro..., quiero decir Carolina —contesto algo torpe. Me como los labios, contrariada, ¿no hubiera podido decir algo más inteligente? Coge mi mano, apretándola levemente. Fijo mi mirada en su cuerpo, fundido en un jersey de cuello alto negro y muy ceñido que permite entrever cada uno de sus músculos. ¡Habría que prohibir estos jerseys! Por lo menos para hombres tan guapos.

—¿Qué haces aquí sola? ¿Esperas a alguien? —me pregunta Liam.

Niego con la cabeza

—No, he venido sola.

—Tu novio tiene que ser bastante idiota si te deja salir sola vestida así. —Estremezco bajo la mirada de Liam que se pasea por todo mi cuerpo para quedarse en mi escote.

—No... no tengo novio —baluceo. Necesito urgentemente clases de refuerzo en temas de ligar, parezco una novata.

Pero a Liam no parece molestarle:

—¿Te puedo invitar a esa copa?

—Encantada, muchas gracias.

Me observa con sus ojos azules y noto que me pongo colorada. Él sí que sabe ligar, parece tan seguro de sí mismo que me pone. Tipos como él evidentemente siempre consiguen lo que quieren.

—Me gustaría sentarme contigo, pero no estoy solo. —Liam señala hacia el fondo, hacia la esquina derecha, y yo le sigo con la mirada, pero la mesa está demasiado lejos y unas plantas me impiden verla bien. Suspiro por dentro. ¡Qué lastima! Seguro que está acompañado por una mujer. ¿Quién dejaría salir solo a un bombón como este? Pero, entonces ¿por qué me quiere pagar una copa?

—Si quieres te puedes sentar con nosotros, en nuestra mesa; mejor que quedarte sentada sola en la barra...

—Si a tu novia no le importa —le contesto.

Los labios de Liam dibujan una mueca divertida:

—¿Crees que te pediría sentarte en mi mesa si estuviese con mi novia? Me acompañan dos buenos amigos que siempre se alegran de una compañía bonita.

Después de un instante de duda, le digo que sí. Me hubiera gustado que estuviese solo, pero tal vez tengo igualmente la oportunidad de ligármelo. El camarero me sirve el cóctel visiblemente decepcionado de que haya encontrado un nuevo acompañante.

—Este va a mi cuenta —explica Liam dirigiéndose al camarero. Paga la consumición y, con mi copa en mano, abre camino hacia su mesa. Le sigo y, tras haber dejado atrás las plantas, veo por fin la mesa en cuestión. Me quedo sin aliento, los amigos de Liam también son de buen ver. No tan guapos como él, pero sin duda alguna, más apuestos que todos los hombres que conozco. Uno es rubio, bronceado y musculoso - me recuerda a un surfista - con una sonrisa encantadora. El otro tiene el pelo oscuro, como Liam, pero sus ojos son de color marrón y su cuerpo, menos atlético. Me recuerda más bien a un pianista o a un cantante de ópera. Todos llevan ropa muy cara y tienen un semblante muy elegante. Seguro que los tres son emprendedores con mucho dinero o herederos pudientes.

—Álex, Marcos, os presento a Carolina, la acabo de conocer en la barra. Carolina, estos son Álex y Marcos.

Marcos, el surfista, y Álex, el pianista, me saludan amablemente. Sus miradas se pasean por mi cuerpo y aprueban lo que ven, y yo noto como vuelvo a ponerme colorada. Puede que sea demasiada atención para empezar, ya no estoy acostumbrada a este tipo de miradas.

—Por favor, siéntate. —Liam deja mi copa en la mesa y me acerca una silla.

Nuestra conversación es muy amena. Los tres chicos son realmente muy amables, el tiempo pasa volando y los Apple Martini en esta coctelería son exquisitos. ¿Cuántos habré tomado ya? De hecho, no soporto tanto alcohol. Nada más pensarlo, se hace notar mi vejiga.

—Ahora vuelvo. —Me encamino hacia los servicios. Tendría que dejar de tomar alcohol a partir de ya, estoy un poco mareada. Abro la puerta de los lavabos de señora y me siento en el váter. ¡Qué alivio! La sensación tensa desaparece inmediatamente.

Me quedo un rato más e intento recuperarme. Mejor sería llamar un taxi e irme a casa. A casa...suspiro... si ya no tengo casa.

—Carolina, ¿estás bien? —Es la voz de Liam, delante de la entrada a los lavabos de mujeres. Qué mono, quiere ver si estoy bien.

—Sí gracias, ahora salgo —le contesto, mientras me ajusto el vestido y doy un repaso a mi maquillaje. En el espejo me encuentro con mis ojos vidriosos.

—Mejor no tomes más alcohol —me dice Liam al salir del lavabo. Está apoyado en la pared y juega con su reloj. Asiento con la cabeza.

—Aparentemente, te falta entrenar. —Liam me vuelve a mirar con esta mirada que me hace sonrojear inmediatamente. No sé si se refiere a beber alcohol o completamente a otra cosa.

—Sí, un poco, normalmente no bebo tanto. Pero hoy tengo una buena razón —le contesto.

—¿Cuál? si se puede saber. ¿Tienes problemas con algún tío? —pregunta y parece tan sincero que no me queda otra que contárselo todo: lo de Tobías, el despido y mi día horroroso. Sé que todo esto no es muy sexy, pero ya no tengo muchas ganas de sexo.

—... y todo esto, hoy, el día de mi cumpleaños.

—¿Cómo? ¿Hoy es tu cumpleaños? —Parece realmente sorprendido—. ¡Me parece increíble! Oye, si no quieres volver al piso de tu ex, puedes dormir en nuestra casa.

—¿La vuestra?

—Sí, tenemos una segunda residencia que compartimos entre los tres, también hay una habitación de invitados.

–¿Un piso solo de chicos? –Decido meterme con él.

–Sí, algo así. –Su boca se convierte en una sonrisa, me tira hacia sí y me besa en los labios–. *Happy Birthday*.

–Gra-gracias –balbuceo.

–No te preocupes, hoy no habrá nada más. Solo me lío con mujeres sobrias para que se enteren de todo lo que les hago.

–Pareces muy seguro de ti mismo –le suelto, casi sin querer.

Liam me sonrío

–Cierto.

Qué tío más autocomplaciente, pero muy sexy, sin duda. Pienso en el beso fugaz y noto como se endurecen mis pezones. Vuelvo a tener ganas de sexo. Poco a poco, le paso mi índice sobre su pecho esculpido:

–¿Seguro que no tienes ganas?

Liam agarra mi dedo.

–Seguro, al menos por hoy. –Sonríe y me aparta–. Te dejaremos la habitación de invitados.

¡Cielo!, ¡el piso de los chicos es de ensueño! Un ático de doscientos metros cuadrados, circundado por una enorme terraza, amueblado con gusto. Los muebles son elegantes y valieron lo suyo. Pisos como estos solo los había visto en películas. Hasta ahora.

¡Quién lo hubiera dicho que un día tan malo podría acabar así de bien!

Estoy en un piso de fábula, tomando una copa de cava en mi honor, acompañada por tres chicos guapísimos. Mejor no apurar la copa, todavía noto los Apple Martini, pero un sorbito para brindar, seguro que no será problema.

Al principio, ni a Marcos ni a Álex parecía hacerles gracia que me quedara a dormir. Pero después de que Liam les diera un breve resumen de mi historia, dieron su conformidad. Igual podría ligarme a uno de estos dos. Si Liam no quiere, él se lo pierde. Sus amigos también me gustan. ¿O puede que sean gays los tres?

¡Será eso! Ropa elegante, buen gusto a la hora de decorar, muy amables pero reservados, viven juntos... Pero si Liam ha ligado conmigo, ¿o tal vez no? ¿Y si es bisexual, y los otros dos una pareja?

–Carolina, ¿qué te pasa? Pareces uno de estos perros chinos *Shar pei* de pelaje erizado, cuando frunces el ceño.

Muevo la cabeza. Me da igual, de hecho, no lo quiero saber. Estoy contenta de no tener que pasar la noche sola en el piso de Tobías. Tal vez sea mejor así, de hecho no soy el tipo de mujer que se deja enredar para una noche.

–Nada, no pasa nada, solo estoy cansada. ¿Dónde está la habitación de invitados?

Me despiertan los primeros rayos del sol. Me estiro y bostezo. Hace tiempo que no dormía tan bien. Qué amables por haberme dejado la habitación de invitados, mueblada con tan buen gusto como el resto de la vivienda. El parquet es de madera oscura, una cama Box Spring invita a achucharse y un armario blanco resalta de las paredes color pastel.

Me dejaron también una camiseta para dormir. ¿O es más bien un camisón? Miro detenidamente el trocito de tela que cubre mi cuerpo: efectivamente, se trata de un camisón con pequeños bordados, muy ajustado. Al ponérmelo ayer por la noche, no le había prestado atención ¡con la borrachera que llevaba! ¿Cómo es que hay ropa de mujer en el piso? Tal vez de una ex de uno de ellos, ¿pero esto significa que igual no son gays?

Tengo hambre y necesito ir al lavabo. Me levanto y atravieso la habitación a pies descalzos.

Qué bien, es sábado y no tengo que ir a trabajar.

Ay sí, de hecho, ya no tengo que trabajar para nada, no tengo trabajo ni piso ni Tobías.

Noto como me vuelve a subir la ira, mejor estar enfadada que afligida y, de un golpe, abro la que imagino es la puerta del baño.

–Buenos días angelito, ¿has dormido bien? –Desde su cama, cubierta de una sábana de satino negro, Liam interrumpe su lectura. Su busto desnudo de proporciones perfectas y su pelo oscuro de recién levantado me dejan sin aliento. ¡Cómo demonios se puede ser tan sexy a primera hora de la mañana!

–Perdona, estaba buscando el baño.

–Es la puerta de al lado. Lástima, pensaba que querías acurrucarte conmigo. –Liam pone morritos.

Me río.

–No sé, tal vez más tarde –le contesto y cierro la puerta de su habitación. La próxima es la del baño, menos mal. Me siento en el váter, pero al momento se abren las puertas de la mampara. Me levanto con un grito.

–Buenos días. –Delante de mí se planta Marcos, el surfista, en todo su esplendor. Mi presencia no parece molestarle en lo más mínimo. Alcanza una toalla y empieza a secar su busto, muy lentamente y con tanto descaro que se me seca la boca de ardor. Mi mirada queda fija en su pene bien proporcionado, levemente erecto. Tampoco intenta esconder su sexo con la toalla, como si quedarse desnudo ante mí fuera lo más normal del mundo.

–¿Quieres ducharte? –me pregunta socarrón. –Lástima que acabo de ducharme, si no, ¡te hubiera acompañado!

No estoy acostumbrada a tanta testosterona a la vez por la mañana. ¿Qué me hizo pensar que los chicos podrían ser gays? Salgo del baño disparada. Creo recordar que en la entrada había un lavabo de cortesía.

Para llegar a la entrada tengo que pasar por el comedor y ahí tropiezo con Álex.

–Buenos días Carolina.

Por lo menos uno con algo de ropa. Álex lleva unos pantalones de pijama a cuadros y un *tank top* blanco. Está preparando el desayuno para todos.

–Buenos días –le contesto– necesitaría ir al baño. ¿Verdad que había uno de cortesía en la entrada?

–Cierto, en la entrada a la derecha. El desayuno ya está. Si quieres, vístete y te sientas con nosotros, monada.

Le doy las gracias y desaparezco hacia el baño. ¿Dónde diablos me he metido? ¿En un nido de modelos masculinos? De acuerdo, existen cosas peores que despertarse por la mañana y encontrarte tres hombres guapos intentando ligar contigo. El resto del día seguro que no será tan bonito. Tengo que pensar cómo seguir con mi vida, sin trabajo y sin piso.

Quince minutos más tarde nos reunimos alrededor de la mesa. A falta de alternativa, llevo el vestido negro del día anterior. Menos mal que Liam y Marcos ahora sí llevan ropa: vaqueros y unas camisetas muy ajustadas. Si me pudiesen ver ahora mis amigas, se pondrían verdes de envidia. *Caro y los modelos de la tabla redonda*, sonrío para mis adentros.

–¿Ya sabes qué quieres hacer? –me pregunta Álex, dándole un mordisco a su rosca.

Me encojo de hombros.

–La verdad es que no.

Noto que Liam me está buscando con su mirada.

–Podrías quedarte a vivir una temporada aquí, con nosotros –propone.

–¿Cómo? –lo miro desconcertada.

Marcos le pregunta perplejo:

–¿Y cómo lo tenías pensado?

–Pues, como siempre –le contesta Liam–. Podría ser una experiencia nueva. A mí me gusta, a ti también y Álex adora a todas las mujeres...

Me quedo mirando a los tres, atónita:

–¿Alguien me puede explicar de qué va esto?

–A menudo nos visitan mujeres que suelen quedarse algunas semanas... a cambio de ciertos servicios –me explica Marcos. Su mirada me hace estremecer.

–¿Qué tipo de servicios? –logro preguntar, algo corta de aliento. Espero que la respuesta no sea la que me está rondando por la cabeza.

–Las damas no pagan alquiler y reciben una generosa remuneración, a cambio de mantener relaciones sexuales con nosotros. Obviamente solo si les apetece. –Liam clava sus ojos azules en los míos.

Doy un brinco tan fuerte que se vuelca la taza de café:

–¿Estáis *chalaos* o qué? ¿Tengo pinta de prostituta?

¡Qué desfachatez! Solo quiero salir de aquí. Corro hacia la habitación de invitados para recoger mi bolso, pero Álex me alcanza y me sujeta del brazo.

–Carolina, espera por favor.

–¡Suéltame! –le espeto, dando palos de ciego.

–Carolina, lo siento. Estos dos a veces son bastante torpes.

–¿Y tú? ¿Te crees mejor? Si he entendido bien, tú también participas en todo esto. –Estoy furiosa.

Mientras tanto, nos alcanzan Liam y Marcos y los tres me cierran el paso. Me siento amenazada. Empiezo a gritar: –¡Socorro!

Liam sacude la cabeza, sonriendo.

–¿Pero qué crees que somos? No te tocaremos, no te preocupes. No haríamos nada a una mujer si no es que lo quiere.

–¡Pero, qué tíos! –Entro en la habitación y alcanzo mi bolso.

Resulta ser un error porque ahora me encuentro atrapada, como un ratón ante el gato.

–¡Dejadme pasar, ahora mismo! –les chilló.

Qué tonta, Carolina, una locura así solo te puede pasar a ti.

Noto como se me dispara la adrenalina y que mi corazón empieza a latir a lo loco. No me harán nada, ¿no? Y nadie sabe dónde estoy. ¡Dios mío! Ya estoy viendo los titulares: **Hallada muerta una chica de 29 años – la policía no tiene pistas.**

–Tranquilízate, mujer. –Se me acerca Liam, me sujeta de los hombros y me obliga a sentarme en la cama–. Siéntate, que sino acabarás desmayándote. Pareces un fantasma. No te haremos nada, te lo prometo. Te puedes ir cuando quieras, pero antes me gustaría que escucharas lo que quería decir.

–Creo que lo he entendido muy bien –digo con voz ahogada–. Pagáis a unas putas cualquiera para que vivan en vuestra casa y así podáis follar con ellas cuando os

apetezca.

–No es bien bien así. –Liam se sienta a mi lado. Yo me aparto de él. No sé como he podido dejarme engañar por un tío así.

Liam les hace una señal a Álex y Marcos y éstos se retiran. Pero aún oigo Marcos decir en voz baja –¡Qué idea más tonta querer contratar a Carolina!– Dónde coño me he metido, ¿en un burdel privado?

–Escúchame Carolina, lo siento. No quería asustarte. Generalmente, no traemos mujeres ‘normales’ a este piso. Pero ayer me dabas pena y no quería que tuvieras que pasar la velada a solas. Vete si quieres, pero me gustaría explicarte de qué va todo esto. –Liam me mira fijamente, ya no parece tan peligroso, más bien avergonzado.

Me callo y espero, de alguna manera sí que me interesa saber qué es lo que hacen los chicos en este piso.

–Es cierto que pagamos a las mujeres que viven con nosotros, pero no por el sexo, esto lo hacen voluntariamente. Nunca obligaríamos a nadie a hacer algo que no quiere. Tampoco se trata de prostitutas, sino más bien de mujeres con inquietudes, con ganas de experimentar y vivir cosas diferentes. Publicamos un anuncio, explicando lo que buscamos, y elegimos una de las candidatas para que conviva con nosotros durante algunas semanas y le pagamos por ello.

–Pues a mí me suena a prostitución –bufo de ira–. Y normal, lo que se dice normal, tampoco es. Sí que sois tíos raros, compartir la misma mujer.

Liam suspira.

–No es así. Los tres coincidimos muy poco. Se trata de nuestra segunda residencia, cada uno mantiene su propia vivienda y los tres tenemos nuestras razones para mantener este piso. Marcos es algo galán y no quiere comprometerse. Sin embargo, a veces le falta el día a día con una mujer, como por ejemplo cocinar, mirar juntos la tele, o también seducir a una chica que no sea acabada de conocer. Para él, todo eso es ‘jugar a pareja’. Álex trabaja mucho y viaja a menudo. Le gusta llegar a casa y encontrarse con una agradable compañía, alguien con quien poder dejarse ir. Y yo, también tengo mis razones. –De repente, Liam tiene la voz tomada.

–¿Que serían.? –le pregunto, mientras aprieto mi bolso con fuerza, como si me pudiese proteger.

–No quiero hablar de esto. Pero te puedo garantizar que hasta ahora, no hubo ni una chica que se arrepintió de haber vivido con nosotros. A algunas les hubiera gustado quedarse más tiempo, pero esto va contra nuestras reglas.

Qué friki, Dios mío. Sin duda son guapísimos, pero a los tres les falta un tornillo.

–De acuerdo. Gracias por haberme dejado dormir aquí y por el desayuno. Ahora quiero irme –le contesto y me levanto.

Liam se levanta a su vez.

–Entiendo que todo esto te parezca raro. Pero, por si cambiaras de opinión, te dejo mi número de móvil.

–Raro es quedarse corto –le contesto y guardo el papel con su número de teléfono, más por educación que por otra cosa.

–¿Quieres que te acompañe a casa? –me propone Liam.

Me lo pienso. «No sé si quiero que sepa donde vivo, podría ser peligroso. Pero como tengo que mudarme de aquí poco... Además, me hubieran podido agredir y nadie hizo nada. Es más, todos se han comportado muy bien conmigo.»

–De acuerdo –le contesto.

Álex y Marcos siguen en la cocina, acabando de desayunar.

–Ahora vuelvo, llevo a Carolina a casa –les explica Liam.

–¡Mejor, no fue muy buena idea, la verdad! Además va en contra de nuestras reglas, pero ya lo hablaremos. Hasta luego Carolina –contesta Marcos. Ni siquiera me da la mano. Álex por lo menos es cortés y me acompaña hasta la puerta.

–Encantado de haberte conocido. –Me aprieta la mano –. Te deseo todo lo mejor. ¡Y no dejes que tu ex te trate de esa manera!

¿De qué trabajará Álex? Realmente es muy majo. En comparación, Marcos es más frío e impasible. ¿Pero por qué le doy más vueltas? Ya no los veré más.

–Gracias por el alojamiento –le saludo desde la puerta y sigo a Liam. Parece incapaz de mantener sus ojos quietos. Noto como su mirada se pasea por todo mi cuerpo.

–¡No tienes ni idea de qué te pierdes! –exclama, apretando el botón para llamar al ascensor.

–¡Calla o voy andando! –Le pego un bufido.

–Lástima que seas tan estrecha.

Me enfado:

–No soy estrecha para nada. Ayer estaba en el bar porque quería ligarme a alguien, pero vosotros, frikis, me lo habéis estropeado todo.

Se abren las puertas del ascensor y entramos.

–Sabes, de momento tengo otros problemas. Me he quedado sin trabajo, sin piso y sin novio.

–Siento haberte estropeado la velada. Pero creo que le das demasiadas vueltas a todo –me contesta Liam pulsando el botón de parada.

El ascensor se detiene tan bruscamente que los tacones me hacen perder el equilibrio y caigo contra Liam.

–Hala...

Entrelaza mi pelo y tira mi cabeza hacia atrás. No me queda más remedio que alzar la vista hacia él.

–Qué co... –pero Liam no me deja hablar. Su lengua sigue el contorno de mis labios y pide paso, abriéndolos. Estoy tan desconcertada que no me defiendo. El beso me quita el aliento y me endurece los pezones. Poco a poco, su mano explora mi cuerpo, se mete debajo de mi vestido y acaricia mi pubis. Como si sus dedos estuviesen bajo tensión, mi clitoris empieza a latir bajo sus caricias.

¡Continúa, por favor!

–Anda, date la vuelta.

Desconecto mi mente y hago lo que me manda. No puedo hacer otra cosa, mi cuerpo está hambriento de sexo y quiere más, a toda costa.

–¡Las he vistas más rápidas! –Me gira de golpe –. ¡Agáchate hacia adelante!

Estira de mi tanga, levanta el vestido y se arrodilla detrás de mí. Me agunto en la barra del ascensor. Las paredes me devuelven el reflejo de lo que está haciendo.

Dios mío, qué sexy.

La lengua de Liam dibuja pequeños círculos alrededor de mi vulva, noto como me humedezco. Abre los labios, muy poco a poco, luego su lengua se mete en pleno en mi sexo, mientras que los dedos estimulan mi clitoris. Gimo y le ofrezco mis nalgas.

–Pues no tan estrecha como pensaba. –Me da un cachete–. Qué culito más guapo, se me ocurren muchas cosas que se podrían hacer. –Se levanta.

–No por favor, no pares, ¡continúa! –le ruego.

–¿Es esto lo que quieres? –Se desabrocha los vaqueros, a cámara lenta.

Todavía estoy con mi culo al aire.

–¡Sí!

Veo su polla, grande y erecta en el espejo detrás de mí y me muerdo los labios. ¡Dale! El agarra su pene y pasa con la punta encima de mi culo, luego en mi clitoris. Lo quiero sentir dentro de mí, ¡ahora mismo!

–¡Basta! –Se separa bruscamente de mí.

¿Cómo? ¡No!

–Basta para hoy.

–No por favor, Liam. –Mi vulva está hinchada, mi clitoris palpita, quiero que me follen, ahora.

Pero Liam no parece estar por la labor y se cierra los pantalones, sonriendo.

Me incorporo.

–¿Y esto?

–Hoy no hay más. Solo quería que vieras todo lo que te pierdes. –Está apoyado a la pared y me mira divertido.

Estoy frustrada y me arreglo las braguitas y el vestido.

-¡Cabrón!

-Gracias, y si quieres repetir, ya sabes...

Dios, qué canalla. Estoy a punto de explotar. Y de volver al piso y follar con Marcos o Álex. Lo que necesito es que me follen. Liam sigue con la misma sonrisa de canalla y aprieta el botón para volver a poner en marcha el ascensor.

No sé cómo, pero al final he logrado dejar atrás todo este grotesco fin de semana.

Me despedí bastante fríamente de Liam, después que me dejara en casa con su elegante coche negro. Tampoco le invité a subir. Por un lado me pareció raro invitarle al piso de Tobías, por otro, mi feminidad aún estaba muy afectada por la negativa sexual.

Mi vagina todavía no había entendido que no habría más sexo. Mis labios aún estaban muy hinchados y decidí meterme mano. No me salió ni eso, porque no había manera de dejarme ir del todo. Pensaba continuamente en Liam, en sus amigos y en su propuesta rara. Y a ratos, también me asaltaba el recuerdo de Tobías.

Para distraerme devolví las llamadas a todos aquellos que me habían dejado felicitaciones en mi buzón de voz. Sin embargo, no les comenté nada de la carta de Tobías ni de la ruptura con él. Primero tenía que aclararme las ideas yo sola, sin los buenos consejos de turno. Esta era mi manera de solucionar problemas.

El domingo por la mañana, me quedé mucho rato en la cama. Finalmente, logré levantarme y cocinarme algo. Luego empecé a ordenar mis cosas y a hacer cajas de mudanzas. De vez en cuando me vencía la pena e intentaba contactar con Tobías, pero nunca cogió el teléfono. ¡Qué vil cabrón!

Hoy, lunes por la mañana, estoy delante de mi portátil en la cocina tomando un café y leyendo ofertas de trabajo. Acabo de contestar a dos ofertas de empleo, pero no me hago muchas ilusiones de recibir una respuesta positiva. En el ámbito del marketing, los empleos están muy buscados y hay muchísimos candidatos. Tampoco es fácil encontrar un piso de alquiler que no sea tan caro. Estoy por contestar a un anuncio de un estudio minúsculo, cuyo alquiler casi sobrepasa mi presupuesto, cuando oigo como se abre la puerta de entrada.

¿Tobías? Siento como me sube la adrenalina. Me levanto corriendo hacia la puerta.

—Hola Carolina.

En la puerta me encuentro a la Sra. Baena, la secretaria de Tobías. Debajo del brazo lleva un cartón pequeño, del cual sobresale un marco: El cuadro que le pinté a Tobías para Navidad y que hasta hace poco colgaba en su despacho. Parece no quererlo más.

—Hola —le contesto entre dientes.

—Escúcheme, Carolina. Todo esto me sabe muy mal —refunfuña la Sra. Baena, dejándome el cartón—. Estas son sus cosas personales del despacho. Solo recojo algunos documentos para el Sr. Méndez Villaterra y me voy.

Muevo la cabeza en desaprobación. No dejaré escapar a la Sra. Baena sin más.

—¿Qué le ha explicado Tobías? ¿Y qué dicen los compañeros de todo esto?

—De hecho esperaba no encontrarla en casa —suspira la Sra. Baena. Parece sentirse incómoda con la situación—. Bueno, el Sr. Méndez Villaterra nos explicó que se habían separado, también nos comentó lo del bebé...

La miro desconcertada:

—¿Qué bebé?

—¡Uy! —La Sra. Baena abre los ojos de par en par e intenta escabullirse al despacho.

—¡Quieta ahí! ¿Qué bebé?

—¿Pero no se lo comentó? —Me mira con pena—. Su novia y él esperan un bebé. ¡Está embarazada de cuatro meses!

Uf, esto sí que es un golpe en el estómago. ¿Tobías será padre y su novia está de cuatro meses? Y yo, idiota de mí ¿no me di cuenta de nada? ¡No puede ser!

Vuelvo a la cocina y llamo otra vez a Tobías: ¡qué me lo explique él!

Dejo que el teléfono suene durante un buen rato, pero Tobías no lo coge y su buzón de voz no está activado. ¡Qué cobarde! Probablemente ha cambiado de número, ¿por qué otra razón no descuelga su maldito móvil? Me entran ganas de desmontar el piso y destrozarlo todo. A ver dónde irá a vivir con su novia y el bebé: a una casa en ruinas.

—Ya me voy. —En la puerta de la cocina aparecen los rizos canosos de la Sra. Baena, debajo del brazo lleva un fajo de papeles—. Le deseo lo mejor. —Lo dice mirándose los zapatos. Me trago el comentario, ella no tiene la culpa de que Tobías se comporte tan mal conmigo.

—Gracias, igualmente —le contesto y espero que se cierre la puerta antes de coger la taza favorita de Tobías y tirarla con toda mi fuerza al suelo. Trozos de porcelana vuelan por toda la cocina. ¡Qué alivio!

No me quedará ni un minuto más en este piso. Buscaré un hotel barato para tres o cuatro noches y ya pensaré qué hacer.

Recojo mis vestidos como una endemoniada, menos mal que no tengo mucha cosa. Al final lleno cuatro cartones y dos maletas grandes. La mayoría de mis pertenencias todavía está en el garaje de mis padres. Seguramente podría ir a vivir una temporada con ellos, pero preferiría encontrar otra cosa. Mis padres son realmente muy majos, pero su casa es pequeña y qué ganas de volver a vivir con los padres, a los 29 años. Desde luego no es ninguna opción para mí.

En su tele de plasma tan querida le dejo un recado, escrito con un rimel impermeable:

FUCK OFF AND DIE. Satisfecha, pido un taxi.

Al ver mis cartones y las dos maletas en el pasillo, el taxista comenta:

—Ay Señora, ¿qué? ¿Problema con su novio?

—Pues, algo por el estilo —le contesto, soplándome un mechón de cabello rebelde. Repartimos mis cosas en el maletero y los asientos traseros. Me dejo caer en el asiento del copiloto.

—No se preocupe, verá como *tó* se arreglará. Seguro que vendrá a *pedí* perdón.

—Que va, esto ya no hay quien lo arregle. ¿Conoce algún hotel céntrico que esté bien de precio?

—*Pueh*, no sabría, hay *mushoh*.

—Arranque; de hecho me es igual a qué hotel me lleve, basta con que el viaje no pase de 15 euros.

El taxista frunce el ceño, pero asiente. —De acuerdo, como *quierah*. Sé de un hotel muy *maho*.

Seguro que el buen hombre ha visto ya muchas cosas en su trabajo. Dejar a una mujer con sus cartones delante de un hotel no será una cosa muy extraordinaria. Cierro los ojos un momento e intento recomponerme. No llores, Caro, ahora no.

—Ay, no se preocupe. Ya se arreglará. En *unoh díah ehtará riéndohe de tó eho* —. El taxista intenta alegrarme el momento.

Le regalo una sonrisa forzada.

¡Un sonido en mi bolso! ¿Un mensaje? ¿Tal vez de Tobías?

Miro mi móvil: efectivamente, un mensaje nuevo. ¿Pero de quién será? No conozco este número. Le doy al icono de mensaje SMS.

¿Hola, qué tal? L.

¿L? ¿L de Liam? ¿De dónde ha sacado mi número de móvil?

¿Cómo conseguiste mi número?

¿¿?? ¿No te acuerdas? Me lo diste tú, en el bar.

Efectivamente, no me acuerdo. ¿Le di mi número de móvil a Liam? ¿Cuándo?

Intento hacer memoria. Pues sí, es cierto. Ahora caigo, lo había olvidado completamente. Culpa de los Apple Martini. Sí que se lo di, cuando Marcos estaba en el lavabo y Álex pidiendo una ronda le pasé mi tarjeta de visita. Miércoles, porqué habré hecho eso. Bueno, tampoco sabía nada entonces del piso compartido ese raro...

¿Sigues ahí?

¿Contesto o no contesto?

¡¿Y por qué no?! Por lo menos uno que quiere saber cómo estoy. De mis compañeros de trabajo no me ha llamado nadie. Seguro que le tienen miedo a Tobías, ¡qué cobardes!

Sí. Estoy de camino a un hotel, acabo de dejar el piso.

Madre mía, si que vas rápida. ¿Dónde te alojas?

No sé todavía. El taxista decide dónde ir.

¿Y eso, por qué?

Porque me da igual. Total, no puedo quedarme mucho tiempo, no tengo pasta ☐

Lo siento ☐

¿Te apetece una aventura? Pues ven a mi casa, Álex y Marcos no están y yo tengo unos días libres...

No sé... Seguro que no estarían de acuerdo. ¿Todavía no habéis encontrado ninguna puta que os vaya bien a los tres?

Me dejas k.o. Cuántas veces tengo que repetirme que no es eso. A Marcos y a Álex no les tiene que importar lo que hago o dejo de hacer. Al menos mientras no estén...

¿Y vuestras reglas?

¡Olvidate de las reglas! Las reglas están para infringirlas ☐

Venga, un baño relajante en compañía, una cena romántica y un poco de sexo.

Pues, suena bien. De todas formas, mejor que quedarme sola en un hotelucho los próximos días.

¿Por qué no disfrutar un poco? Tobías lleva meses haciéndolo. Hay cosas peores que pasar unos días de locura con un tío como Liam, y mientras no estén los otros dos... Y además: ¿tengo algo que perder?

Ok

¿De verdad te vienes?

Sí, siempre que los otros dos no estén. Pero solo para dos o tres días, como mucho.

:-) ¿Te acuerdas de la dirección?

¡Sí!

Hasta ahora, qué ilu, L.

Mientras le digo la nueva dirección al taxista van aumentando los cosquilleos en el estómago y el bajo vientre. Pienso en la escena caliente del ascensor y noto como se me endurecen los pezones. Hoy follaré con Liam, sí o sí, no lo dejaré escapar otra vez. Prepárate, que yo también tengo mis truquillos. Antes de la relación con Tobías probé de todo y sé que soy buena. Solo que Tobías no sabía apreciarlo... al aburrido de mi ex le gustaba solo el sexo rutinario.

¡Qué se aburra con su nueva mujer! Yo estoy libre y puedo hacer lo que me dé la gana. Y es lo que voy a hacer: calmar mi ansia sexual y divertirme. Es hora de volver a vivir a lo loco. Solo tengo 29 años y aún no estoy para tirar.

–No *ehtá* mal, señorita. ¡Una muy buena *diressió!* –El taxista asiente impresionado–. *Musho mehó* que el hotel. –El conductor para el coche delante de la casa de Liam y baja para descargar los cartones. Yo también bajo del coche, pero ahora sí que las piernas me fallan un poco. Carolina, ¿qué demonios estás haciendo? Si ni siquiera lo conoces.

Si no fuera por el taxista que me mira expectante y todos mis enseres amontonados en la acera, hubiera dado marcha atrás.

–¿Qué le pasa señorita? Toque el timbre. ¿O *nessesita* ayuda *pá subí lah cosah?*

–No, gracias. –Sacudo la cabeza y le pago el viaje. Respiro hondo y le doy al timbre.

–¿Carolina? –Del interfono resuena la voz profunda de Liam.

–Sí, soy yo. Necesitaría ayuda.

–Ahora bajo.

–Creía que querías quedarte como mucho dos días. ¿O al final sí que quieres entrar a vivir con nosotros? –me pregunta Liam al ver mi bagaje, con un guiño de ojo. Está otra vez fundido en ese jersey de cuello alto negro y ceñido que le queda tan sexy.

–No, no, los dos días. A no ser que te portes mal, entonces me voy antes. ¿Puedo dejar mis cosas aquí mientras tanto?

–¿Qué entiendes por ‘portarme mal’? –Liam sonríe socarrón.

–Lo que hiciste el otro día en el ascensor, por ejemplo. Calentarme tanto para luego dejarme como me dejaste, eso no está bien –bromeo.

–¿Tú crees? –Liam me regala una de sus sonrisas mientras carga un cartón. El movimiento deja entrever el bíceps debajo del jersey. Mmm..., que cosa más apetitosa.

–¡Sí señor, te lo devolveré! –le contesto y agarro otro cartón.

–Muy crecida para ser una persona sin hogar.

–¿Tú crees?

–Sí señora. –Liam entra el cartón. Yo le sigo sonriendo, para mis adentros. ¡Ya te enterarás, querido!

Poco después subimos en ascensor, con todas mis cajas y las dos maletas. El dedo de Liam apunta al botón de parada.

–¿Quieres que apriete? –me pregunta, socarrón.

–Sí quieres, pero esta vez no me engañas.

–¿No?

–No, seguro que no. Hoy me toca a mí.

–¿Hacer qué?

–¡Ya lo verás!

–Me tienes intrigado.

Qué sexy, un intercambio de palabras. Y esa mirada... solo por su mirada me siento desfallecer. Lo que me pide el cuerpo es asaltarle, aquí y ahora, pero no lo haré. Quiero demostrarme a mí misma que todavía soy capaz de mantener el juego, lo necesito para mi ego. Dos días salidos con Liam y después espero estar lista para empezar mi nueva vida.

–¿Y qué, ya sabes qué harás? –me pregunta Liam mientras guardamos los bultos. Sus ojos azules brillan pícaros.

–Puff, qué agotador –le contesto con un suspiro más que teatral. Me paso la mano por la frente–. Creo que ante todo, me voy a duchar. –Empiezo a desvestirme muy poco a poco.

Liam levanta una ceja:

–Vas al grano rápidamente, tú. –constata, regalándome una sonrisa.

–¿Por qué? Solo voy a ducharme –le contesto coqueta abriendo mi sujetador.

En un santiamén lo tengo a mi lado.

–Las manos quietas, ¡prohibido tocar! –Me lo quito de encima.

–¿Y qué quieres que haga?

–No sé. Si te portas bien, te dejo mirar mientras me duche.

Dejo que los tirantes del sujetador bajen lentamente por mis brazos. Me planto delante de él, solo fundida en vaqueros.

–¿Qué sexy eres! Lo sabes, ¿verdad? –me refunfuña.

Me río echando la cabeza hacia atrás y me quito los pantalones. No le hago caso y me dirijo al baño; solo llevo puesto el tanga negro. Menos mal que esta vez doy con la puerta correcta. Liam me sigue, parece una pantera persiguiendo a su presa poco antes de atacarla. Esta vez, seré yo quien sorprenda al felino.

Me pongo debajo de la ducha de lluvia y abro el grifo, dejando la mampara abierta. Liam está apoyado en la pared, mirándome. El agua cae sobre mi cabeza y encuentra el camino entre mis pechos. Al llegar a mis ingles, desgarró mi tanga de un tirón.

Liam empieza a jadear.

Me río contenta, pongo un poco de gel en mis pechos y empiezo a repartirlo, entreteniéndome con mis pezones hasta que se endurecen. Me pone que Liam me esté observando y veo que él también está excitado, la forma de su polla destaca claramente debajo del tejano. Dejo que mi dedo baje para poder acariciar mi clitoris. Cuando estoy toda húmeda, introduzco dos dedos y estimulo mi punto G.

Liam se quita de encima lo que llevaba puesto y se me presenta en todo su esplendor. Me estremezco. Me gustaría sentir su erección pulsante dentro de mí, pero todavía tiene que esperar. Antes le quiero torturar un poquito, tal como lo hizo conmigo en el ascensor.

–¿Puedo entrar?

Le niego con la cabeza.

–¡Ya estoy! –Cierro el grifo y alcanzo una toalla. Liam me impide el paso, me agarra del pelo mojado y me regala un beso. Noto su erección en mi cadera.

–¡Déjalo! –Me lo quito de encima y voy hacia el dormitorio, Liam me sigue, peligrosamente rápido.

–¿Qué es lo que quieres? ¿Esto tal vez? –le pregunto coqueta, dejándome caer sobre la cama y metiéndome otra vez un dedo en mi vagina.

Se sienta a mi lado. Veo que su sexo está completamente erecto. Alarga la mano...

–¡Ahora me toca a mí!

–¡Olvidate, prohibido tocar! –decido. Me repliego sobre él y meto su polla dura en la boca. Chupo su glande y cierro mi mano sobre el tronco. Lo oigo gemir.

Aumento el ritmo de masaje, de mis labios y mis dedos, le chupo con tal intensidad que su volumen aumenta aún más. La polla de Liam ocupa toda la cavidad de mi boca.

–¡Dios, no pares! –gime.

Me aparto de un tirón.

–Pero ¡qué haces! –gimotea.

Me echo hacia atrás, colocando mis brazos detrás de mi cabeza.

–Hoy no hay más. Solo quería que vieras todo lo que te pierdes–. Repito la frase que me dijo en el ascensor.

–¡Demasiado tarde! Te dejaré ir después de haberte follado. –Agarra mis piernas y me da la vuelta–. Espero que estés lo suficientemente húmeda. Coloca un cojín debajo de mi monte de Venus, dejando mi culo al aire. No me defiendo, estoy más que preparada.

–Eso, por haberme torturado –me espeta entre dientes y me penetra con tanta fuerza que grito. Vuelve y vuelve a penetrarme. Todo mi interior explota de deseo, lo engullo todo, presento mis caderas. Continúa penetrándome con fuerza, una y otra vez hasta que no aguanto más y me corro, gritando su nombre. Me la clava dos veces más, gime y se vacía dentro de mí.

–Mmm..., ¡qué bien! –Liam me acaricia la espalda.

–¿Qué, ahora los preliminares, después de follar? –le pregunto fresca.

Me mira divertido.

–Si acabamos de tenerlos. Volveremos de aquí poco. ¡Hoy no te dejo salir de mi cama!

Siento que la pasión se apodera otra vez de todo mi cuerpo. ¿De veras podrá otra vez? Su pene sigue levemente erecto.

–A ver si todavía estás lo suficientemente húmeda. –Pone un dedo sobre mis labios hinchados–. Mmm..... Habrá que ayudar un poquito. –Abre un cajón de la mesita de noche y saca una pluma de ave negra, besa mi barriga y mi pubis mientras acaricia mi vulva y mi clitoris con la pluma. Aunque la zona esté irritada, noto que me vuelvo a humedecer.

–Ves como sí. –Se saca un mechón de la cara y sonrío. Dios mío, nunca he tenido un hombre tan sexy en la cama. No es que los demás fueran de mal ver, pero nadie se le acercaría a Liam, ni siquiera Tobías.

–Continúa –le incito y le acerco mi pelvis. La pluma dibuja círculos sobre mi clitoris, sube por las ingles para bajar por los muslos y volver siguiendo la parte interior de los mismos, hasta llegar otra vez a mis labios. Gimo, ¡más, quiero más!

Liam sujeta mi mano para que acaricie su pene. Noto como se empalma mientras sigue torturándome con la pluma.

–Ya estás lista –decide y vuelve a abrir el cajón. Levanto la cabeza para ver qué hace. Tiene una cosa transparente, alargada, redonda y texturizada entre mano.

–¿Qué es eso? –pregunto curiosa.

–¿Nunca te han follado con una funda?

Niego con la cabeza. Tobías no quería oír hablar de juguetes sexuales aunque a mí sí me hubiera gustado probar cosas.

–Pues, ¡ya es hora! –Liam se coloca la funda sobre su pene erigido.

–Ahora te toca a ti. –Se coloca boca arriba, indicándome su polla–: ¡Móntame!

Manoseo la funda, la textura promete buenas sensaciones. Con la funda puesta, el pene de Liam parece erguirse aún más. Tengo la boca seca pensando que dentro de nada lo notaré dentro de mí. Mi clitoris palpita de deseo. Me siento encima de él y bajo mi pelvis hasta que mis labios tocan la glándula. Jadeo, no me hubiera imaginado estar lista tan rápido otra vez. Estoy tan húmeda que su polla entra sin problema. Parece que para Liam esto tarde demasiado, me agarra de mis caderas y me aprieta hacia abajo. Me clava con toda su erección, me empala. Y yo, grito de placer.

–Eres demasiado lenta –me gruñe y mueve su cadera debajo de mí. Me empuja con fuerza y yo me acoplo al ritmo, me lo trago todo. La textura masajea mi vagina, estimulando mi pobre carne sensible. Cabalgo sobre él, mientras a su vez, él me cabalga. Me dejo ir, gritando mi placer hasta que me corro por fin.

Nos tumbamos agotados y felices en la cama enorme. Liam acaricia mi espalda.

–¡Tu ex tiene que ser un idiota! ¿Quién deja escapar una cabrona tan dulce?

Me encojo de hombros.

–Tobías es tonto y, por lo que al sexo se refiere, imposible ser más aburrido.

–Pobrecita, te hace falta recuperar alguna cosa. –Liam se ríe y sus ojos brillan socarrones–. Parece que te haya gustado la funda.

–Sí, la verdad es que mucho. –Me arrimo a él, runruneando–. ¿Qué más tienes en tu cajón mágico?

–Uno cuántos trucos más y muchos más juguetes divertidos –contesta Liam acariciándome mis nalgas.

–¿Y para quién es todo eso?

–¡Adivina!

–¿Para las mujeres que pagáis por tener sexo? Pero, ¿para qué? Siempre creía que las prostitutas están para regalar placer a los hombres. ¿Por qué quieres

satisfacerles a ellas?

–Todavía no lo has entendido, ¿verdad? –Liam parece contrariado–. No les pagamos por el sexo y además, es justo lo que queremos conseguir: darles a las mujeres el mayor placer posible.

Me aparto un poco y apoyo la barbilla entre mis manos:

–¿Alex y Marcos, también tienen cajones mágicos en sus habitaciones?

–¿Quieres ir a mirarlo?

–O sea, que sí, ¿no?

–Seguro que tienen sus juguetes. A cada uno lo que le guste.

–¿O sea?

–No te lo voy a decir. Como no quisiste descubrirlo por tu cuenta. Cómo no eres puta... La mirada de Liam ahora es burlona.

–Sigo sin entenderlo, eso es todo –intento defenderme–. Tampoco es una cosa muy cotidiana, ¿o no? Hasta hoy nunca he oído hablar de una cosa así.

–Pues te extrañaría saber las cosas que existen. En comparación, nuestro acuerdo parece bastante normal e inofensivo: un piso compartido con algunos privilegios.

–¿Que serían...?

–Por Dios, Carolina, no seas tan poco imaginativa. Por qué no te lo miras desde el punto de vista de la mujer. Para muchas es un sueño convivir con tres hombres bien plantados que quieran satisfacerla sexualmente, y esto, siempre que lo desee.

–Será más bien siempre que lo deseéis vosotros –le interrumpo.

–Para nada. Todos los que vivimos en este piso tenemos los mismos derechos. Es cierto que a nuestro anuncio responden obviamente solo mujeres en búsqueda de una aventura sexual y que quieren aprovecharla bien, y a que es solo para un corto periodo de tiempo.

–¿Y qué tipo de mujeres son?

–Mujeres de todo tipo, entre veintipocos y treintaimuchos. No te puedo decir más, la intimidad de nuestras damas es parte de nuestro acuerdo.

–¿De vuestro acuerdo?

–Sí, cerramos un acuerdo en que se fijan unas reglas, válidas para las dos partes, y las condiciones de pago al final.

Sacudo la cabeza, sin comprender.

–Pero ¿por qué pagáis a las mujeres si tanto les apetece quedarse con vosotros? ¿Quieres decir que no lo harían también sin remuneración?

Liam alcanza la manta y nos cubre con ella. ¡Qué chico más atento! se ha dado cuenta de que estaba tiritando. Se encoje de hombros y continúa:

–El pago es una parte del acuerdo. Piensa que las mujeres se declaran dispuestas a quedarse día y noche en este piso mientras dure el convenio, y a regalarnos su tiempo.

Frunzo el ceño:

–Sinceramente, sigo sin entenderlo del todo. Si las mujeres están dispuestas a estar a vuestra disposición día y noche, no tendrán ganas de sexo todo el rato. Acabas de decir que tienen los mismos derechos y que pueden decidir cuando quieren follar con vosotros. ¿Quieres decir que siempre tienen ganas de uno de vosotros, a cualquier hora?

–Pues sí, la verdad es que sí.

–¡No me digas! –Me río–. Eso solo lo hacen por el dinero. Por activa y por pasiva, para mí son prostitutas. Y sigo sin entender como tres tíos guapos como vosotros necesitáis eso.

Ahora realmente, Liam está mosqueado:

–Mejor cambiemos de tema. Empiezo a pensar que la idea te pone, pero eres demasiado gallina para admitirlo.

Me incorporo y me lo miro airada:

–¡No soy gallina, para nada! Si no por qué hubiera venido a follar contigo, un tío más friki.

–¡No tengo ni idea! ¿Por qué estás aquí y has follado con este ‘tío friki’?

Quiero contestar pero Liam no me deja.

–Ya sé porqué. Te querías demostrar a ti misma que eres capaz de follar con otros hombres. Si tu ex es capaz de tirarse a alguien, tú también lo eres, ¿verdad?

¿Qué decir? Sí, tiene razón. ¿Y? Me muerdo los labios y callo, enfadada. Quién se cree Liam para juzgarme.

–Sabes, Caro, tengo que decepcionarte. Tu ex no estaba con nosotros echando un polvo, y por eso tampoco le puedes provocar con eso. Pero creo que no puedes permitir que te hagan estas putadas, ¿o te has defendido de alguna manera?

Abrazo mis rodillas. De repente, me siento pequeña y vulnerable, y mentalmente desnuda también.

–No, no he hecho nada –refunfuño–. ¿Qué quieres que haga? Tobías va a ser padre, es lo que me dijo esta mañana su secretaria. Vino al piso a buscar cosas para él.

–¿Y estás dispuesta a comerte todo esto? ¿Que te robe el trabajo, el piso y tu vida? Si realmente pasaras de él, te diría, déjalo tal como está. Pero ya veo que no es así. La traición te ha dejado hecha polvo. Creo que tenemos que cambiar esto–. Me acaricia el pelo y me estampa un beso en la frente.

–Pero, ¿cómo? –pregunto.

–Primero te follo otra vez y luego te explico mi plan.

–¿Qué? –Le miro atónita–. ¿Quieres...? ¿otra vez?

–¿Algo en contra? –me pregunta socarrón.

–No sé, no creo que pueda otra vez.

Liam se ríe.

–Creo que no sabes todo de lo que eres capaz. Pero tranquila, de momento, te dejo en paz. Que te parece si vamos juntos a ver a tu ex. ¿Todavía tienes la llave del piso?

–Sí, pero Tobías no está en su piso. La Sra. Baena me explicó que se ha cogido unos días de vacaciones. Está con su nueva chica y no tengo la remota idea de dónde vive, ¡sí no sé ni siquiera su nombre!

–Pensaba averiguar nombre y dirección y pasar para dejarle las llaves. Y tú te muestras como si estuvieras feliz de haberte deshecho de él, porque ahora me tienes a mí, tu novio guapo y rico que te folla mucho mejor que él –explica Liam.

Frunzo el ceño, tal vez tendríamos que hacer lo que dice Liam. Total, Tobías y yo ya no volveremos a juntarnos nunca más. Y ¿realmente quieres quedar como una imbécil abandonada? No, eso nunca. Se le pondrían los ojos como platos si me viera llegar con Liam.

–Mmm... –runruneo, madre mía, qué bien acaricia–. Pero ¿de dónde sacamos su dirección?

–No te preocupes, llamo a su secretaria y me hago pasar por un cliente muy importante.

–¿Harías eso por mí?

–Solo si me pagan bien –contesta fresco.

–Y ¿cuánto me costaría?

–Una cena en un restaurante de mi elección, y como postre, a ti... ¡desnuda! –Me envuelve con una mirada lasciva mientras su mano pasea por mi pecho y se para en mi pezón que reacciona inmediatamente a su roce.

–Suenan bien –asiento. Me gusta la idea de salir a cenar y volver a follar con Liam. Quiero disfrutar del tiempo que nos quede.

–¡De acuerdo! –Liam me besa en la frente–. Pero antes, te arreglamos un poquito para que tu ex vea lo que ha dejado escapar.

Nunca me hubiera podido imaginar que ir de compras con un hombre podría ser tan divertido. Tobías se quejaba a los pocos minutos, si es que me acompañaba.

Tampoco opinaba sobre la ropa que me probaba. Nunca le saqué más que un encogido de hombros o un «No sé, no me parece mal.»

Liam, en cambio, parecía divertirse, me traía continuamente una y otra pieza para que las probara.

—¡Este es! —exclama al verme en un vestido de cóctel corto, de color rojo vivo.

Doy vueltas delante del espejo, dudando.

—¿Tú crees?

—Seguro. ¡Te queda de fábula!

—Pero, ¿y el rojo, no te parece algo vulgar?

—¡Para nada! Imagínate con zapatos a juego y un peinado sofisticado: elegante y sexy a la vez: ¡la mezcla perfecta!

—O sea que te gusta.

—¿Que si me gusta? Si quieres saber cuánto, déjame entrar al probador y te lo enseño.

Liam me saca un mechón de la cara y me mira descaradamente de arriba abajo.

Me sonrojo un poquito.

—Eres imposible. —Le regalo una sonrisa. Me siento halagada de que un guaperas como Liam me crea atractiva—. De acuerdo, ¡me lo quedo!

Comprar un vestido no es lo más sensato, ahora que tengo que vigilar mucho los gastos. Pero creo que es una muy buena inversión para el pequeño acto de venganza a Tobías. Además, me parece que en una de las cajas de mudanza tengo unos zapatos que combinan muy bien. Con todo, tengo mala conciencia al pagarlo: 150 euros por un vestido. Mi última prenda en mucho tiempo; sin trabajo, ya no me puedo permitir ir de compras.

—Carolina, pero ¿qué te pasa? ¡Es un vestido fantástico! Si fuera tu ex, me quedaría boquiabierto al verte así.

—Nada, nada, todo bien. —Intentaré disfrutar del día sin pensar en mi futuro. Siempre puedo hacerlo a partir de mañana.

—¿Y ahora qué? —pregunto, sujetándome del brazo de Liam—. ¿Cómo sigue el plan ‘Fastidíemos a Tobías?’

—¿Qué te parece pasar por la peluquería? —me propone.

Me costará lo suyo, pero si realmente quiero ser perfecta hay que invertir también en un peinado adecuado. Además, me encanta ir al peluquero porque me relajo.

—De acuerdo, a la peluquería —asiento—. ¿Me acompañas?

—Claro, —me sonríe Liam, mirándome de arriba abajo— ya que me pagan para el asesoramiento...

Noto como me estremezco. Es tan sexy... con solo pensar en lo que le espera, mi vagina empieza a latir de expectación. Quién sabe si jamás vuelvo a encontrar a un hombre tan guapo con el que pueda follar sin compromiso ni complicaciones.

—Te pagaré con creces. —Le guiño el ojo y me cuelgo del brazo. Las vendedoras me miran envidiosa. Ahí os quedáis, este es mío, aunque sea por muy poco tiempo.

—¡Estás guapísima! —opina Liam.

—Gracias. —Doy vueltas delante del espejo en su dormitorio y me miro desde todos los ángulos. ¡La verdad es que no estoy nada mal! El peluquero se ha empeñado a fondo: el pelo cae en ondas sobre mis hombros y el maquillaje es muy discreto. El vestido rojo junto a mi pelo rubio es un bombazo. Tengo un poco de mieditis, ¿qué le digo a Tobías cuando le vea? ¿Y si no está? Toda la mascarada para nada. ¿Y si está y no logro decir palabra por la emoción? Pues menudo papel de idiota, a pesar de mi exterior de gala.

—Otra vez frunciendo el ceño. —Liam interrumpe mis pensamientos—. ¿Qué te pasa?

—Tal vez sea mejor ir solo a cenar sin pasar a ver a Tobías.

—¡Tonterías! —Liam contesta con énfasis—. Lo hacemos sí o sí, luego te sentirás mejor, ¡créeme!

—Pero si no sé qué decir.

—Pues entonces nos preparamos un guión y lo ensayamos, ¿qué te parece?

—Mmm... Si tú lo dices... —refunfuño con poca gana.

Durante la siguiente media hora, Liam me regala una sesión de *coaching* de lo más personal. Me enseña cómo colocarme para parecer más segura de mí misma y cómo acordarse de ciertas palabras para no olvidarse de nada de un discurso. Parece tener mucha experiencia en ‘Presentarse con autoestima’, quién sabe en qué trabaja. Seguro que de director o algo por el estilo, se lo preguntaré durante la cena. Al verme lista, Liam se viste con un traje negro elegantísimo que le sienta de maravilla y que a mí, se me seca la boca al verlo. Seguro que impresionará tanto a Tobías como a su novia, seguro que no ha visto nunca a nadie igual. Tobías no le llega ni a la suela del zapato.

Tocan el timbre. Miro con curiosidad a Liam.

—Es nuestra limusina —explica.

Dejo escapar una exclamación de sorpresa, nunca me han paseado en limusina. Liam se ríe:

—Ponte la chaqueta, seguro que te gustará.

Liam saluda al chofer como si se tratara de un viejo amigo. Nos abre la puerta y los dos nos colocamos en la parte trasera.

—¿Llevas la llave de tu antiguo piso? —pregunta Liam.

—Sí, aquí, en mi bolso.

—Muy bien. Pues, que empiece la función. —Nuestra pequeña representación parece hacerle ilusión de verdad. A mí no tanto, tengo un nudo en la garganta por la expectación.

—Carolina, mujer, ¿por qué no te relajas? A Liam no se le había escapado mi estado de tensión.

—Me haces gracia —le contesto—. Puede que para ti sea solo un juego, pero para mí, es el infierno.

Los bellos ojos azules de Liam me miran, compasivos. Aprieta un botón que hace subir una mampara separadora y nos quedamos a solas.

—¿Qué haces..? —empiezo, pero Liam me planta sus labios en mi boca, interrumpe mi frase. Su lengua juega con la mía mientras que con una mano me agarra de la cabeza.

—¡Deja, mi peinado! —jadeo cuando me deja coger aire.

—Tengo la impresión de que estás demasiado tensa —me contesta—. Déjame ponerte un aspecto de recién-follada.

—No, por favor, deja, ¡ahora no! —le exijo, parándole las manos. Aunque quiera disfrutar de cada instante con él, ahora no es el momento para el sexo. Estoy tan agitada y confusa que me cuesta enfocar mis pensamientos. Solo con pensar de volver a ver a Tobías mi corazón empieza a dar brincos. Hasta hace pocos días, mi mundo parecía en perfecto orden. Y aunque no fuera la rebomba en la cama... yo le quería. Eso no se olvida fácilmente, aunque me quede ciega por follar con un tío como Liam.

—Perdona, solo quería ayudarte a relajarte. Tienes razón, no es el momento para coquetear. ¿Quieres volver? No tenemos que hacerlo si no quieres. —Me recoloca un mechón. Me pongo cómoda y me arreglo la chaqueta.

—No, no, lo quiero hacer —contesto con decisión; pero mi voz me delata, no parezco muy decidida, para nada.

—Sí que puedes. —Liam intenta levantarme el ánimo y aprieta mi mano. No acabo de hacerme la idea de él. Pasa de querer sexo, a ser muy cariñoso y comprensivo, a estar muy distanciado. Ahora no es el momento de darle más vueltas a la personalidad de Liam. Mis pensamientos giran alrededor de Tobías y del reencuentro

minente.

El chofer aparca delante de una bonita casa adosada, de obra vista roja, en un típico barrio de las afueras. A ambos lados de la calle se enfilan robles de ramas ya deshojadas, todo muy idílico, ideal para una familia con niños. Suspiro triste. Siempre me había imaginado mi futuro con Tobías de esta manera: Vivir en un pueblo a las afueras y tener unos cuantos niños. Me siento engañada y, lo que es peor, siento que me han robado un tiempo muy valioso de mi vida.

En vez de perder el tiempo con Tobías, lo hubiera invertido mejor en buscarme una pareja que me fuera fiel.

–¿Estás bien? –Liam me mira preocupado.

–La verdad es que no mucho –le contesto, sacudiendo la cabeza.

–¿Quieres que pasemos de largo?

–No, no, lo hacemos y punto. –Ahora soy yo quien decido. Me incorporo. No se lo voy a dejar tan fácil. Tampoco quiero hacer el papel de mujer estúpida y abandonada. Para nada. Quiero que me recuerde como una mujer fiera y guapa que ha sido capaz de pillarse un hombre mucho mejor. Espero que no se entere nunca de que todo esto es una gran farsa.

–¡Lo conseguirás! –Liam me besa en la frente–. Estoy contigo.

El chofer nos abre la puerta y bajamos.

–¿Seguro que es la dirección correcta? –pregunto.

–Sí, creo que sí. Rambla de los Robles 20 –contesta Liam–. La señora Baena me comentó que la novia de Tobías se apellida Cancionila.

Cancionila, qué apellido más raro. Con este apellido, una se imagina una señora maja de una cierta edad y no una bruja devoradora de hombres. Realmente tengo curiosidad por ver qué aspecto tiene la tía.

Abrimos la puerta de la calle y nos encaminamos hacia la casa. Con nuestros vestidos elegantes estamos absolutamente fuera de lugar, como teleportados directamente desde una gala de vips a este entorno pequeño burgués. La presencia de la limusina no hace más que subrayar esa impresión. Me pregunto qué se le ha perdido aquí a Tobías. Yo sí me puedo imaginar vivir en una casa como ésta, pero para Tobías el entorno rural nunca fue una opción. En mi vida hubiera pensado que cambiara su piso de yuppie por una casita como ésta. Probablemente espera que salga de su vivienda para poder convencer a su novia de ir a vivir al piso. Yo de ella, nunca cambiaría la casita por otra cosa. Sobre todo si esperara un niño. El piso de Tobías no es apto para críos.

–¿Carolina? –Liam interrumpe mis pensamientos.

–¿Hm?

–¿No quieres tocar el timbre?

–M sí.

Noto como me sube la adrenalina. Ahora va en serio. Estoy a punto de darme la vuelta y volver corriendo a ponerme a salvo, en la limusina. Pero Liam me lo impide, me acaba de sujetar de la mano.

Respiro hondo y busco la llave del piso de Tobías en mi bolso. Luego le doy al timbre que pone *A. Cancionila*. Durante unos segundos espero que no haya nadie en casa. Pero al instante, se abre la puerta.

–¿Sí, qué desean?

Delante de mí aparece una mujer pequeña, de pelo castaño rizado y con muchas pecas. Lleva un pantalón de peto tipo vaquero y un jersey a rayas. Mona, pero nada sexy. Parece una de aquellas mujeres a las que les gusta pasar mucho rato en el jardín, beber cantidades de té, ser forofa de todo lo que suena a eco y dueña de cómo mínimo seis gatos. ¿Esta es la nueva de Tobías? Si no le pega nada.

–Hola, soy Carolina López, ¿está Tobías? –pregunto con tono muy controlado.

La mujer arquea una ceja.

–¿Qué es lo que quiere de él? –Antes de que le pueda contestar, aparece el mismísimo en persona.

–¿Carolina? –Tobías parece realmente sorprendido. Su mirada pasa de mí a Liam, vuelve a fijarse en mí y mi vestido, para desviarla hacia la limusina. Para mis adentros, le agradezco a Liam toda la puesta en escena. Tobías está tan confuso que empieza a tartamudear.

–¿Qué, qué haces aquí?

Le tintineo la llave de su casa delante de sus narices:

–Tengo algo tuyo.

Tobías parece estar en estado de shock: Se ha puesto blanco y en su frente aparecen gotitas de sudor. Quiere deshacerse rápidamente de la de pantalón de peto:

–Ana, ¿por qué no vuelves a entrar? Ahora voy.

Pero Ana no piensa hacerle caso, todo lo contrario. Cruza los brazos y me pregunta desafiante:

–Y usted, ¿quién demonios es?

De repente se me ocurre que tal vez no sepa nada de mi existencia. ¿Puede ser que Tobías sea tan descarado y no le haya explicado nada? Miro a Liam que me incita a continuar. Le contesto:

–Fuimos pareja hasta hace algunos días, pero me imagino que ya lo sabía, ¿no?

–¿¡Cómo?! –Ana me mira perpleja.

Me dirijo a Tobías, ignorando a Ana:

–Sabes querido, no tienes ni idea del favor que me hiciste al despedirme y enviarme esa carta de adiós –le digo con voz dulzona–. Hace un par de meses que conocí a Liam y no te he dicho nada porque no sabía cómo decírtelo sin herir tus sentimientos. Menos mal que te me has adelantado.

Me pongo de puntillas y le doy un beso a Liam que me lo devuelve con una sonrisa, poniéndome una mano en mis nalgas.

–Ven tesoro. Déjale su llave. No podemos perder más tiempo, sino llegaremos tarde a nuestra gala.

Si Tobías no fuera tan capullo, casi podría sentir pena. Su color de cara cambia en cuestión de segundos de rojo a blanco y de blanco a rojo. Pocas veces le he visto quedarse sin palabras. Le dejo las llaves, dirigiéndome a Ana:

–Suerte con el niño. Me parece que la necesitará con un padre así. –Liam me coge de la cintura y nos volvemos sobre nuestros pasos.

–Tobías, ¿quién demonios era esa? –Oigo berrear a Ana mientras llegamos a la limusina.

–Puff, ¡hecho! –Me dejo caer en el asiento trasero.

–¿Estás bien? –me pregunta Liam.

–Sí y no –le contesto–, pero estoy contenta de haberlo hecho. Creo que Ana, la ecológica, no sabía ni siquiera que existía. Que se lo explique Tobías.

–Sí –dice Liam riéndose–. Tengo la misma impresión. ¿Has visto la cara de Tobías cuando te vio? Y cuando nos besamos, unos ojos como platos. Eso sí fue una buena actuación.

Sí, la verdad es que sí. Solo que todo es una mentira como una casa, no tengo ni trabajo ni novio. Pero puedo prescindir de una pareja de la talla de Tobías. Qué cabrón, ha llevado dos relaciones a la vez. Puede que hubiera seguido igual si ella no se hubiera quedado embarazada. Muy probablemente le habrá metido presión.

Bufo de ira: mi madre tenía toda la razón. Tobías es un farsante. ¿Qué demonios habré visto en él?

–Bueno, ahora sí que pasamos a la parte más placentera de la tarde. ¿Tienes hambre? –Los ojos de Liam brillan de alegría. Me encojo de hombros. De hecho, no tengo hambre; estoy mentalmente agotada. Pero le había prometido ir a cenar con él, es lo mínimo que puedo hacer para agradecerle su ayuda.

–Venga Carolina. Alégrate de que te hayas librado de este idiota y no estés tú esperando un niño suyo en vez de Ana. –Liam me da un pequeño empujoncito–. Te invito a uno de mis restaurantes favoritos y luego ¡brindamos a tu nueva vida!

–¿Qué nueva vida? –pregunto, algo triste–. Sigo sin trabajo y sin piso.

–Sé más positiva: Ahora puedes empezar de nuevo, sin tener que preocuparte por nada ni nadie.

–Hm –refunfuño. Todavía no soy capaz de ver el lado positivo de todo eso.

Liam mete la mano debajo del asiento, abre un cajón y – como por arte de magia – aparecen una botella de champán y dos copas.

–Antes que nada, un brindis. –Abre la botella con mucha destreza–. A ver si eso te relaja un poco. Has sido fantástica, aunque tenía la sensación de que estabas a punto de recular–.

Me pasa una copa

–¡A ti!

–Gracias por tu ayuda –le contesto, devolviéndole el brindis.

–De nada. –Liam me sonrío–. Además, me pagan por ello. A propósito, ¿qué te parece un pequeño adelanto?

Me recoloco en mi asiento. Tiene razón, tengo que centrarme en el aquí y el ahora y olvidarme de Tobías, al menos durante las próximas horas.

–Me lo tengo que pensar... –Le sigo el juego–. Tal vez te dé un besito para empezar.

Dejo mi copa en un posavasos de madera y me acerco. Sus ojos realmente son fantásticos, no he conocido a nadie con una mirada tan lasciva. Le devuelvo la mirada y con mi lengua empiezo a seguir sus labios tan viriles. Liam entreabre la boca y nuestras lenguas se juntan en un baile excitante que dura unos cuantos minutos. Cojo aire, le beso levemente el labio inferior y le digo:

–Creo que como adelanto es suficiente.

–¿Tú crees? –Liam se saca un mechón de la cara–. ¿Y si no opino lo mismo?

–¡Es tu problema!

–Suerte que hayamos llegado ya. Si no, no te hubieras librado tan fácilmente.

La limusina se para delante de un rascacielos ultramoderno recién inaugurado en el centro de la ciudad. El chofer me abre la puerta y me ayuda a bajar del coche.

Liam se dirige al conductor:

–Puede hacer un descanso, se hará tarde.

–Como usted quiera. –El chofer se lleva la mano a la gorra, nos desea una buena velada y se retira, discreto. Todo indica que Liam suele desplazarse con esa limusina. Tal vez sea de su propiedad. Decido que es hora de empezar con mi rueda de preguntas, quiero saber más sobre él.

Minutos más tarde estamos sentados en una mesa con unas magníficas vistas a la ciudad, tomando un aperitivo. El restaurante está ubicado en la última planta del rascacielos, la vista es realmente fantástica. Mientras tanto ha caído la noche y la ciudad se nos presenta en su vestido de gala, inmersa en un mar de luces.

–Fantástico, ¿verdad? –Liam señala el panorama.

–Sí, muy bonito.

–Pensé que te lo merecerías, después de un día tan agitado.

–Gracias, te lo agradezco, de verdad –le contesto. Qué raro que un tío tan amable no tenga novia. O tal vez la tenga, pero no sabe nada de sus aficiones.

–Háblame de ti –le incito–. ¿Qué sueles hacer cuando no estás ayudando a chicas a desenmascarar a sus novios?

Liam hace una mueca, parece no gustarle que le pregunte cosas personales.

–No te pongas así –le digo–. Tú ya sabes muchas cosas de mí y yo de ti, casi nada.

–No me gusta hablar sobre mí –suspira–. ¿Qué es lo que quieres saber?

–Podríamos empezar por tu nombre completo, ni siquiera sé tu apellido.

–¿Tiene que ser ahora? –La voz de Liam parece forzada–. ¿No podemos disfrutar de esta velada sin más, sin esos jueguecillos de preguntas y respuestas?

–¡No! –le contesto contundente. Pero, ¿qué le pasa? ¿Por qué se pone así? No le he preguntado ni por su cuenta bancaria ni por otra cosa íntima, solo me gustaría saber su nombre.

–Si quieres pasar las próximas horas conmigo tienes que contestar a mis preguntas. De lo contrario...

–De lo contrario... ¿qué? –pregunta Liam arqueando una ceja.

–No follaré más contigo.

–¡Eso, no te lo crees ni tú! –sus ojos ahora brillan peligrosamente–. Tenemos un acuerdo.

–Bah, no te pongas así. –Me inclino hacia él–. Me llamo Carolina López, ¿y usted?

–Permítame que me presente: Guillermo Teodoro Aldeconde –contesta Liam con tono irónico. Abro mucho los ojos, este nombre me suena, Aldeconde. Me parece que lo mencionó un día Tobías: «Me gustaría tener a los Aldecondes como clientes, son una familia muy pudiente.»

–Pertenece a esa familia tan acomodada, ¿verdad? –le pregunto.

Liam asiente

–Por lo visto, Tobías sabía quien eres. Y ahora cree que me he juntado con un tío súper rico. ¡Dios mío! Por eso hizo esa cara de sorpresa. –Me quedo perpleja, sacudiendo la cabeza.

–Sí, también creo que me reconoció. Probablemente vio una foto mía en uno de estos suplementos de economía.

¡Qué friki! ¿Qué dirían mis amigas si supieran que estoy follando con uno de los tíos más ricos de la comarca?

–Ahora sabes quien soy y con esto basta. Cuando vengo a esta ciudad y a nuestro piso es para desconectar. Entonces no soy Guillermo Aldeconde, sino simple y llanamente Liam. Ahora estás con Liam, delante de una cena fantástica en uno de sus restaurantes favoritos.

Le miro con curiosidad.

–O sea, que haces vacaciones de ti mismo. ¿Y en el pack van los dos amigos y la concubina?

–Déjalo Carolina. Ya te pedí varias veces de no opinar sobre asuntos que desconoces. De lo contrario... –Los ojos azules ahora son amenazantes.

Le aguanto la mirada:

–De lo contrario... ¿qué?

–De lo contrario tendré que llevarte al lavabo y enseñarte un poco de modales.

Noto que me pongo roja. Este hombre me saca de quicio, tiene que ser por su áurea erótica. Mis partes más íntimas no tendrían nada en contra de desaparecer con él a los servicios. Solo con pensar en todo lo que haría conmigo despierta un cosquilleo en mi bajo vientre. Sin embargo, mi decencia no me permite aceptar su oferta. Qué pensarían los camareros de un restaurante tan elegante si desapareciésemos a los baños juntos.

Me hubiera gustado saber más sobre Liam, pero me doy cuenta de que él no está dispuesto a revelar más cosas sobre sí mismo. Hasta le puedo entender: Tiene que ser muy complicado pertenecer a una familia tan poderosa y exitosa. Yo, en su lugar, probablemente también desconectaría a menudo, pero no compartiendo un piso con dos amigas y un tío bueno. Diga lo que diga: A mí, todo esto, me sigue pareciendo raro.

–Estás frunciendo el ceño otra vez –me dice Liam, mientras saborea su primer plato. Incluso cuando come es sexy de muerte, sus labios perfectos encierran la cuchara...

Liam me observa, sonriendo. Saca la cuchara muy poco a poco y se pasa la lengua por encima de sus labios.

–Lástima –murmura con voz ronca–. Me hubiera gustado desaparecer contigo a los baños. Pero la cobarde eres tú.

–¡Y tú, muy impertinente! ¡Hasta ahora, nadie me había llamado cobarde!

–¿Ah no? –Liam me cautiva con su mirada que me hace sonrojar otra vez–. Pues, ¡comprobémoslo! El postre lo tomaremos en otro sitio, a ver qué te parece. Creo entrever un inicio de sonrisa pícaro. No tengo ni idea de qué me esté hablando, pero asiento y digo:

–De acuerdo, tengo curiosidad por verlo.

Un plato principal exquisito y dos copas de champán más tarde estoy ligeramente ebria, sentada en la limusina, al lado de Liam. Oigo como Liam le comenta al conductor a dónde ir, pero no me he enterado de la dirección. No me queda otra que dejarme sorprender. A duras penas suprimo un bostezo, los acontecimientos y el alcohol me han dejado algo cansada.

–¿Es un bostezo lo que acabo de ver? –pregunta Liam.

–M sí.

–No sé te ocurra dormirte, la noche es joven aún. Tendré que despertarte un poco.

Vuelve a meter la mano en el cajón y saca una caja negra, del tamaño de una de zapatos. ¿Qué estará tramando ahora? La mampara de división todavía está subida, así que nadie nos estorba.

–¿Confías en mí? –me pregunta.

Me encojo de hombros. ¿Confiar en él? Más bien no, si casi no le conozco.

–No te haré nada, solo quiero despertarte un poco. Ponte cómoda y cierra los ojos.

–¿Qué estás tramando? –le pregunto, aun sabiendo que, probablemente, no me contestaría.

–¡Cierra los ojos! –me ordena, sin hacer caso a mi pregunta.

Sigo sus instrucciones, no creo que me hará daño.

Noto como la mano de Liam empieza a acariciar mi pecho, como sus dedos se deslizan hacia el ombligo y las ingles.

–Odio los pantys –me gruñe, mientras levanta las nalgas con una mano y con la otra baja los pantys–. La próxima vez, no te los pongas, o como mucho, procura que sean medias y liguero. ¡No quiero obstáculos!

Le contesto alcanzándole mi pelvis. Liam desplaza mi tanga y acaricia mi pubis, mi clitoris empieza a latir. Es increíble con qué intensidad reacciona mi cuerpo a sus caricias. Abre los labios con sus dedos e introduce dos de ellos, encontrando mi punto G a la primera. Gimo.

–Me encanta con qué rapidez te humedeces –cuchichea Liam. Muy poco a poco retira sus dedos–. ¡No te muevas! –me exige.

Asiento como una niña pequeña.

Oigo como desenvuelve papel, y al momento noto algo frío entre mis piernas

–¿Qué es eso?

–Psss..., deja los ojos cerrados.

Liam sube el objeto siguiendo el interior de mis muslos, estimula con un dedo mi clitoris, para penetrarme con algo frío, parece más grande que su dedo, pero menos que un dildo.

–Atención, enseguida te pondrás contenta –me susurra a la oreja y la cosa en mí de repente se despierta. Al principio vibra lentamente, luego se acelera y estimula mi parte más sensible, suspiro.

–Ya puedes abrir los ojos.

Me tomo mi tiempo para hacerlo. Liam tiene un mando a distancia entre sus manos. Me sonríe provocador y aprieta el botón. La cosa dentro de mí empieza a saltar y me hace gemir otra vez.

–¿Qué? ¿Despierta? ¿Te gusta mi pequeño huevo vibrador?

–Sí –mi voz es un hilo.

–¿Cómo? ¡No te oigo! –Vuelve a apretar el botón, las vibraciones ahora zarandean todo mi bajo vientre.

–¡Sí, sí! –le grito.

–Muy bien. Vístete que estamos a punto de llegar. Y sé buena conmigo, ¡recuerda que el mando lo llevo yo! –Me sonríe lascivo. Vuelve a regular la velocidad y el huevo-pasión ahora solo vibra muy suavemente en mi vagina. El muy cabrón sabe muy bien qué hacer para dominarme sexualmente. Me pillo reflexionando si Álex y Marcos también son tan fantásticos en la cama. Si es que sí, empiezo a entender porqué los tres hombres siempre encuentran a alguna mujer dispuesta a aceptar su acuerdo de piso compartido.

El coche se para en una calle secundaria.

–Ya estamos –informa Liam. Llego justo a tiempo a recolocar mi ropa antes de que el chofer me ayude a bajar del coche.

Delante de nosotros, entre dos edificios de los años 70, hay otro más moderno de color blanco con los ventanales cubiertos y un anuncio luminoso encima de la puerta de entrada que reza, en letras rojas, *soBAR*.

–Y eso, ¿qué tipo de antro es? –quiero saber. Liam no contesta, sino activa el mando a distancia y el huevo vibrador en mi vagina empieza a bailar tango. Me quedo sin aliento.

–No preguntes tanto. ¿No te prometí un postre especial? –Liam me sujeta del brazo y me arrastra hacia la entrada. Jadeo enfadada, la cosa dentro de mí salta de tal manera que casi no puedo caminar.

Una cortina de ante de color rojo impide ver el interior del bar. Liam aparta la cortina y entramos. Una barra larga con unos elegantes taburetes forrados de piel domina la parte frontal del espacio. El resto del lugar está decorado con muebles tipo *lounge* que invitan a disfrutar del lugar; unos candelabros emanan una luz de velas muy acogedora. En las mesas, hay algunas parejas vestidas de gala que beben cócteles y charlan. «Nada raro, solo un bar de cócteles de pijos» pienso algo aliviada. Liam me lleva a una mesa y pide un sorbete de bayas con Martini. Me extraña un poco: o el sorbete es tan exquisito o todavía no he entendido el porqué del cambio de local. Menos mal que Liam acaba de apagar el juguete dentro de mí, así que me puedo colocar tranquilamente en uno de los sillones. No me atrevo a preguntar qué hacemos aquí, porque no sé si me podría contener si vuelve a encender el huevo vibrador. Y tampoco estoy tan curada de espantos como para correrme delante de todo el mundo y no molestarme por lo que piense la gente de mí. Y el huevo estimula que no veas... eso y la mirada erótica de Liam... no creo ser capaz de contenerme mucho más tiempo. Pero, ¿puede que sea esa la intención? ¿Llevarme al orgasmo, delante de todo el mundo, sin tocarme? Con solo pensarlo se me ponen duros los pezones. Intento distraerme y miro la decoración muy acertada.

–¿Te gusta? –me pregunta Liam.

–M sí...

–No me pareces muy convencida –dice, y hace lo que venía temiendo. El huevo empieza a vibrar, no muy intensamente, pero lo suficiente como para estimularme.

–Liam, ¡déjalo! –le ruego en voz baja, apretando con fuerza las piernas.

–¿Qué dices? No te entiendo. –Los ojos azules me sonríen, su dedo apunta al mando, aprieta el botón y la intensidad aumenta.

–No, por favor –gimo.

Nos sirven el sorbete de baya que por un breve momento me salva del huevo vibrador. Liam lo apaga y se dedica al postre. Respiro aliviada. Saboreo mi sorbete sin perderle de vista. Realmente, el postre es muy bueno, pero tampoco tan exquisito como para entender porqué hemos venido aquí, a este bar. Acabo el sorbete y tomo lo que queda de la mezcla de bayas con Martini.

De repente, Liam da dos, tres palmas que me hacen sobresaltar:

–¿Ya estás? Pues venga, ¡ahora llega el postre que te prometí!

Miro con desconcierto la copa vacía.

–¿Pero no me lo acabo de tomar?

–Para nada, qué dices –se ríe Liam–. Es que el sorbete que hacen aquí me encanta. Además quería darte tiempo para que te aclimataras: el verdadero postre, de

hecho, lo sirven aquí al lado –me dice, indicando una puerta de metal, en una esquina al fondo.

Ya había notado la puerta, pero pensé que ahí se escondía la despensa o la cámara frigorífica. Tiene toda la pinta de que me haya equivocado. Liam me sujeta de la mano y me lleva directamente hacia la puerta. «Y ahora, ¿qué pasará?» me pregunto. Empiezo a notar cosquilleo en el estómago de emoción. Al final, ¿este bar es algo más que solo un sitio de cócteles? El nombre del local ya me desconcertó un poco, pero al entrar no me pareció nada extraño. Todo cambia cuando Liam abre la puerta de metal: Nos hallamos en una especie de entrada con cuatro puertas adicionales. En la pared de la izquierda, hay unas taquillas y un banco, similar al mobiliario de un vestuario. Ahora caigo, hemos ido a parar a un club erótico. Lo que me hace estremecer es la estantería a mi derecha, llena de juguetes de todo tipo. Entreveo esposas, cinturones, fustas y más cosas. Por lo visto tiene que tratarse de accesorios de juegos sadomaso, muy probablemente se utilicen detrás de la puertas con la inscripción *Entrega*.

–Es que a mí, los juegos sadomaso no me gustan mucho –le comento algo entrecortada.

Liam mira mi cara horrorizada y dice, socarrón:

–¿Qué quiere decir ‘no mucho’?

–Bueno, verás, a veces me gusta algo un poco más fuerte, pero no todo esto de pinza pezones y fustas, ¿esto no!

–Pues, tienes suerte, porque no quería entrar en esa habitación. Nuestro postre espera aquí –me comenta, señalando la puerta con la inscripción *Mirador del deseo*.

Le sigo con recelo. Antes le dije que no era para nada cobarde, pero ahora me pregunto si no hubiera sido mejor callarme la boca. Por lo menos Liam no tiene previsto dejar la ropa en una taquilla.

–Venga, ¡entra! –me ordena. El huevo pasión vuelve a bailar dentro de mí.

Necesito un momento para que mis ojos se acostumbren a la luz de las dos velas de altar, colocadas una a cada lado de una especie de catre. A pesar de la poca iluminación, la estancia es oscura y pequeña - estoy aliviada. No sé si me hubiera dado la vuelta y salido corriendo si me hubiera topado con un montón de personas copulando. Espero algo indecisa a ver qué tiene previsto Liam.

—¿Te gusta este sitio?

—No estoy segura. ¿Qué es lo que tramas? —le pregunto cautelosa.

—¡Quítate los pantys y el tanga! —me ordena.

Noto como me invade un chute de adrenalina.

—¡Venga! —me incita y aumenta la intensidad del huevo vibrador.

Me descalzo y me quito pantys y tanga delante de los ojos de Liam, apoyado en el catre.

—¡Ven aquí! —exige.

Me acerco descalza, en puntas de pie. Liam me agarra del brazo y me atrae hacia él, me besa breve e intensamente. Luego me zarandea por los hombros, obligándome a darme la vuelta y me coloca con la barriga en el catre, levemente inclinado. Seguidamente, emplaza mis rodillas en unos soportes al lado del catre, mientras que el huevo continúa estimulándome sin piedad. Gimo.

Me levanta el vestido de un tirón para tener a mano mis nalgas desnudas y erguidas.

—Ahora toca el postre —me susurra y levanta la mano abierta para plantarme dos golpes secos en mi culo.

—¡Ey! —Me revuelvo contra él y quiero levantarme.

—Dijiste que te gustaba algo más fuerte, ¡pues ahora no te quejes! —me contesta, colocándose de nuevo en el catre. Mi culo quema, pero no me disgusta. Mi clítoris palpita ávidamente. El huevo me estimula bien, pero necesito más, le necesito a él dentro de mí. Estoy tan húmeda que me podría cepillar ahora mismo.

—¡Fóllame! —le ruego.

—¡Ahora mismo!

Me deja tirada y vuelve a la puerta. De repente, se levanta un visillo delante de mí y abre la vista a la habitación contigua. Hay una chica colocada en un catre parecido. Un hombre la está follando por detrás mientras que otro la está penetrando por la boca.

—Ellos no nos ven, pero ¡nosotros a ellos, sí! —murmura Liam.

Jadeo. A mí no me gustan las películas porno, pero sabiendo que lo que veo es en vivo y en directo, mientras que yo misma estoy estirada en un catre, con un huevo vibrador en la vagina y el pompis que me quema, me estimula tanto que, a la que Liam me libera del huevo y me penetra con fuerza, dejo ir un grito violento. Le acerco mi pelvis, lo absorbo todo dentro de mí y pido más y más. Me alcanza una onda de pasión y me corro gritando. Liam me la clava una vez más y se corre a su vez, vaciándose dentro de mí. Luego se retira y me acaricia mi culo.

—El postre, ¿fue de su agrado? —me pregunta socarrón.

—Por Dios, sí —le contesto. Mis piernas siguen temblando y no me atrevo de levantarme aún. Me quedo un rato más y observo como las tres personas al otro lado también llegan al orgasmo.

¡Qué día más loco!

Los primeros rayos de sol me despiertan y me obligan a parpadear. Liam está a mi lado, mirándome con la cabeza apoyada en el brazo.

–Eres muy mona cuando duermes, tan inocente...

Pienso en el día anterior y sonrío. En la vida he tenido tanto sexo tan excitante, y no me importaría continuar con la experiencia. Con solo mirar su cuerpo desnudo vuelvo a tener ganas de él.

Liam se levanta de golpe.

–Mierda, ¿has oído eso?

Me sobresalto.

–¿El qué?

–La puerta, ¡alguien acaba de entrar!

No puede ser, pero ya oigo la voz de Marcos:

–Liam, ¿estás aquí? ¿Qué hacen estas cajas en el pasillo?

–¿Y ahora, qué? –pregunto en voz baja.

–Ni idea. ¡Diría que nos han pillado! –contesta susurrando Liam.

–¿Liam? ¿Estás aquí? –Parece que Marcos esté justo delante de la habitación de Liam. La puerta se abre lentamente. Noto como me sube la adrenalina y me escondo debajo de la manta.

Liam parece no perder la calma y saluda a su compañero de piso como si la cosa no fuera con él:

–Hola Marcos, buenos días. ¿No ibas a volver el viernes?

–Sí, pero he cambiado de opinión –refunfuña Marcos–. ¿Quién está contigo?

Por un instante me imagino la manta como una colcha mágica que me hiciera desaparecer. Lamentablemente, no funciona. Saco la cabeza y le regalo una sonrisa avergonzada:

–Hola.

–¿Tú otra vez? –El tono de voz de Marcos denota enfado–. Liam, ¿qué demonios...?

El tío está chalado. De golpe, no veo por qué tengo que seguir escondiéndome. Al fin y al cabo, Liam fue quien me invitó a este piso, aunque parezca ir en contra de unas reglas de convivencia bastante absurdas.

–¿Por qué no te tranquilizas?! –le contesto, con los brazos en jarra. Este gesto hace deslizar la manta, dejando mis pechos al descubierto. Me da igual, seguro que Marcos ha visto unos cuantos, de pechos–. Liam ha sido muy amable al ofrecerme cobijo para unos días. Pero no tengo inconveniente para irme a un hotel ahora mismo, no hace falta comportarse como un imbécil.

Durante un breve momento, Marcos clava sus ojos en mis pechos, luego gira sobre sus talones, echando pestes.

–¡Esto es el colmo! –La puerta se cierra de un golpe.

Liam se queda mirando la puerta cerrada, desconcertado. Luego esboza una sonrisa:

–No está mal, Caro. La gata sacando las uñas.

–Escúchame –le respondo, levantándome de la cama–, no quiero provocar peleas entre vosotros. Me visto y me voy.

–Ni hablar –decide Liam, también poniéndose de pie–. Lo aclaro con Marcos. Te había prometido que podías quedarte dos o tres días y todavía no han pasado. No le quedará otra que aceptarlo.

No estoy segura de que Marcos esté dispuesto a aceptar mi presencia. No parece muy acostumbrado a que le lleven la contraria. Todo su comportamiento tiene algo de una diva mimada. Probablemente sea hijo único y mal criado.

–Lástima que Marcos nos molestó–murmura Liam mientras se pone una camiseta y unos bóxers–. ¡Me hubiera gustado hacer el amor contigo!

Me encojo de hombros, resentida. No hubiera tenido nada en contra.

–¡Espérate aquí! y ni te atrevas a vestirte. Hablo un momento con Marcos y lo recuperamos –me ordena Liam.

Asiento con la cabeza, aunque no me encuentre a gusto del todo. Liam ha sido muy amable y está dispuesto a ayudarme, pero no quiero que tenga problemas con sus compañeros de piso por mi culpa. Creo que sería mejor que buscara un hotel. Sería una lástima perderse el sexo fantástico con Liam, pero tal vez tenga ganas de hacerme una visita en el hotel.

Agudizo el oído, esperando captar alguna frase de la conversa, pero no logro oír nada.

Después de veinte minutos que se me antojan una eternidad, no tengo ganas de esperar más. Me apetece una ducha y además necesito ir al baño. Me pongo mi ropa interior y abro la puerta, procurando no hacer ruido.

Oigo voces provenientes de la cocina, aparentemente siguen discutiendo. Me voy al baño y alivio mi vejiga, luego me quito la ropa y me pongo debajo de la ducha. Mientras el agua caliente baja por mis pechos y mi barriga, recuerdo el espectáculo que monté para Liam en este mismo baño. Sonríe para mis adentros; parece mentira que fuese ayer, es como si hubieran pasado meses.

Alguien está intentando abrir la puerta cerrada. Oigo la voz de Liam:

–¿Carolina?

–Sííí –le contesto –estoy en la ducha. ¡Ahora voy!

–¿No te había dicho de quedarte en la cama? –gruñe Liam.

–¿No te había comentado que no me gustan las órdenes? –le contesto perspicaz.

Oigo como se ríe.

–Eres muy insolente. Espera que te pille.

Lástima que el tiempo con Liam se esté acabando, había empezado a cogerle el gustillo. ¿Cómo he podido aguantar tanto tiempo con Tobías? Un rifirrafe verbal con Liam me pone mucho más que cualquier atención física de Tobías. Es como si mi mente sexual hubiera sido liberada de un lúgubre calabozo.

Ojalá Liam haya podido tranquilizar a Marcos. Tal vez haya una pequeña posibilidad de que pueda pasar un poco más de tiempo en este fantástico piso con Liam.

Al salir del baño, envuelta en una toalla suave, me encuentro a Liam apoyado en la pared, esperándome. Con una mano me acerca a él y con la otra, intenta quitarme la toalla.

–¡Ven aquí, gamberra!

–Deja, no –le amonesto e intento mantener cerrada la toalla–. ¿Qué pasa con Marcos?

Toda esta situación es desagradable para mí, no hace falta que Marcos me vea como Dios me trajo al mundo, en medio del pasillo. No creo que su humor mejore si nos pilla manoseándonos aquí en medio.

–Ya se ha tranquilizado. Creo que, de hecho, le caes muy bien. Lo que pasa es que no está acostumbrado a que le contradigan. Las mujeres con las que trata normalmente son muñequitas que no tienen carácter. Hace tiempo que no se topa con una mujer como tú. Además, se enfadó porque no he respetado las reglas de no llevar mujeres normales a este piso.

–Pues, entonces será mejor que me vista y me vaya. –Liberó la toalla de las manos de Liam y me envuelvo con ella.

–No hace falta. ¡Marcos me propuso un trato! –Liam me coge de la mano–. Vamos a mi habitación y te lo explico.

¿De qué se tratará? No me imagino que sea tan sencillo como ‘Puedes quedarte unos días más, sin ningún problema’.

Con qué tíos más raros me he topado. La verdad es que me pueden. Pero obviamente quiero saber lo que propuso Marcos y por eso sigo a Liam. Al sentarme

encima de la cama, Liam ordena:

–¡Quítate la toalla!

Niego con la cabeza.

–¡Olvídate! Primero quiero saber qué ha dicho Marcos.

Liam deja ir un suspiro.

–¿Nunca haces lo que te mandan?

–Depende de lo que me ofrecen –le contesto–. Me parece que tú también follas a demasiadas ‘muñequitas’. Solo porque me gusta el sexo un poco fuerte no significa que siga todos los órdenes.

Liam cruza los brazos y me mira divertido.

–Marcos disfrutaría mucho contigo. Creo que no tiene la menor idea de lo qué le espera si se liara contigo.

–¿Qué quieres decir con eso? –pregunto alarmada.

–Parece que le gustes. Normalmente me hubiera pedido sacarte de encima inmediatamente, pero propuso que te quedaras hasta el final de esta semana.

–¿Así, sin más? –No creo que eso sea todo. Liam sacude la cabeza.

–No, así sin más, no. Puso dos condiciones.

–¿Que serían? –pregunto, aunque no estoy segura de querer oírlas. Pero, al final, la curiosidad siempre gana.

–Quiere acostarse contigo. Y si eres buena, te da tiempo hasta finales de esta semana para que deliberes si quieres mudarte definitivamente y ser nuestra ‘próxima chica’.

Me quedo sin aliento. ¡Qué desfachatez! ¿Pero quién se cree que es?

–A tu compañero de piso le falta un tornillo –le bufo, mirando a mi alrededor para ver si encuentro algo para lanzarle. ¿Cómo se atreve a hacerme una propuesta así?

Las últimas horas con Liam habían sido tan bonitas y excitantes que, por un momento, me había olvidado completamente de sus preferencias sexuales algo extrañas.

¿Hay hombres normales que quieran compartir su compañera de cama?

–¿Por qué no te lo piensas? También hemos acordado darte dinero si te quedas hasta el viernes. En estos momentos te vendría bien, ¿no? Si te quieres quedar más tiempo y aceptas nuestras reglas, obviamente te daremos más.

Estoy tan perpleja que solo soy capaz de negar con la cabeza, sin decir palabra.

–Sí, sí, lo sé. No eres ninguna prostituta y lo que hacemos nosotros está absolutamente fuera de lo común. ¿Y qué? Ahora también te acuestas conmigo, ¡y no me digas que no te gusta! ¿Cuál es la diferencia? ¿El dinero? Eso es ridículo. Tómatelo como capital para empezar una nueva vida. Se te nota en la cara que te gustaría acostarte con más hombres a la vez.

Mi primer impulso es levantarme y salir corriendo. Sin embargo, mi cabeza empieza a dar vueltas a la propuesta, involucrando mi sistema límbico y mi hipotálamo. Liam ya de por sí es fenomenal. Si Marcos se le parece en cuanto a sus habilidades sexuales, podría ser una experiencia interesante. Una cosa es cierta, una oportunidad así a la volveré a tener nunca más. Lo que más me molesta no es tanto acostarme con varios hombres, todo lo contrario. Lo que más me molesta es que me paguen por ello. Puede que sea chapada a la antigua, pero se me antoja descaminado. Cierro, el dinero me vendría bien. Pero yo no tengo precio, ¿o tal vez sí?

–¿Estás bien? –pregunta Liam.

Me muerdo los labios, pensativa. No, de hecho, nada está bien. No tengo trabajo ni piso ni dinero y mi única salida son unos tíos frikis con preferencias sexuales raras. Si fuera más joven hasta me dejaría llevar. Solía hacer bastantes tonterías, pero con 29 años una es más sensata, ¿o no?

–Venga Caro, Marcos es muy bueno, y yo cuidaré de ti. –Los ojazos azules de Liam me miran rogando.

–No sé –refunfuño–, no es que me guste demasiado.

–No demasiado no significa para nada, ¿verdad?

–Ajá.

–¿Y si convengo a Marcos de que te deje quedar hasta mañana y pasemos los tres juntos la velada, a ver qué pasa? Si luego no quieres sexo, ningún problema.

Mañana buscaríamos un hotel y tú y yo podríamos pasar el día juntos.

Esto ya suena mejor. ¿Por qué no? Un día más en esa casa me ayudará a ahorrar. Y la idea de tener una aventura sexual con dos tíos como Liam y Marcos tampoco está tan mal. Me excito con solo pensarlo. Me viene a la cabeza la imagen de la mujer en el club erótico, la que estaba teniendo sexo con dos hombres. No puedo decir que no me haya gustado.

–Vale –le contesto–, pero solo si decido yo. Y sin dinero. ¡No quiero que me paguen por tener sexo! –Liam asiente con la cabeza.

–De acuerdo, aunque creo que sigues teniendo ideas raras por lo que concierne el dinero. Me imagino que Marcos estará de acuerdo. Y ahora quita esa maldita toalla. Todavía tengo que cumplir con una promesa.

Liam se quita los bóxers, tira de la toalla y me penetra sin aviso. Jadeo enfadada.

–Es el castigo por no haberte quedado en la cama, tal cómo te había ordenado –me susurra al oído.

–¡Y yo te dije que te pongas las órdenes dónde te quepan!

–¿Ah sí? –Liam sujeta mis muñecas y empieza a moverse dentro de mí–. Menos mal que te humedeces rápido. –No me deja tiempo para acostumbrarme al tamaño de su pene. Me folla con fuerza, moviéndose rítmicamente dentro de mí, mientras me muerde la oreja. Gimo y le alcanzo mi pelvis: ¡más, quiero más! Pero Liam, con un bramido, se corre dentro de mí.

–¡Ey! –me quejo–. ¿Y eso? Todavía no estaba a punto...

–Eso, querida, pasa por no hacerme caso. Esta vez, me he divertido yo solito. –se burla Liam y empieza a vestirse.

Liam desaparece hacia el baño y yo me quedo en la cama, enfadada. Estoy insatisfecha. Mi feminidad odia que la dejen a medias, sin poder llegar al orgasmo. ¡Qué cabrón, aunque - maldita sea - un cabrón muy atractivo! Además, sabe exactamente qué hacer para mantenerme sexualmente sumisa.

Frustrada por la falta de autocontrol, revuelvo mi bolsa de viaje hasta encontrar lo que iba buscando: mis vaqueros predilectos. Le doy vueltas a la propuesta de Marcos mientras me visto. ¿En qué lío me estoy metiendo?

Noto un cosquilleo de excitación solo con pensar en hacer el amor con Marcos y Liam. Antes de la relación con Tobías ya había probado cosas, pero probablemente aquello se calificaría de ‘normal’. Follar con dos hombres a la vez, es absolutamente nuevo para mí. Cierro los ojos y me imagino como Marcos me penetra y Liam me besa. Ya que me he quedado a medias, esta imagen me atrae y fascina. Marcos, con su cuerpo musculado y la pinta de surfista insolente, es realmente muy sexy. Ya lo vi desnudo, durante mi primera visita a este piso, y lo que vi, francamente, me gustó mucho. Pero también tiene algo peligroso, algo salvaje. Seguro que Liam tampoco es del todo inofensivo, pero se comporta siempre de manera muy controlada, mientras que Marcos parece dejarse llevar más bien por sus emociones.

Mi conciencia hace acto de presencia: «¿Carolina, seguro que lo quieres hacer?» «Seguro que sí –contesta mi feminidad–. ¡¿No dejarás escapar una oportunidad como esa?!»

Emocionalmente, estoy completamente turbada. Me arreglo el pelo mojado y me pinto levemente delante del gran espejo de pie que Liam tiene en su habitación. Me siento encima de la cama y decido esperar a que vuelva Liam. Estoy demasiado confusa como para enfrentarme a Marcos a solas. Solo con pensar de tropezarme con él me hace sentir incómoda.

Para distraerme, saco mi móvil del bolso. Ayer lo puse en silencio para que no nos molestara y hoy tengo tres llamadas perdidas y un mensaje en mi buzón de voz. Le doy al icono del teléfono.

Una llamada es de un número desconocido, las otras dos son de mi madre, el mensaje de voz también: «¿Carolina, qué pasa? ¿Dónde estás? He llamado como veinte veces a vuestro número, pero no hay nadie en casa. Y en la empresa me dijeron que ya no trabajas allí. Llámame por favor, ¡estoy preocupada!»

¡Miércoles! No esperaba que mi madre se enterase tan rápidamente de que tenía problemas. No me queda otra que llamarla, pero ¿qué le cuento? Si le explico que mi intención es buscarme un hotel, aunque provisionalmente, se presentará en un santiamén para obligarme a ir a vivir con ellos. Eso no lo quiero, de ninguna manera. Adoro a mis padres, pero son tan sobreprotectores que me es difícil soportarlos a la larga. Me tocará improvisar y explicarles una historia creíble para que se tranquilicen, al menos por el momento.

Mi madre descuelga el teléfono al primer tono.

–¿Carolina, gracias a Dios! Estaba muy preocupada. ¿Estás bien?

–Bueno, es que han pasado muchas cosas... –empiezo. Pero me acribilla a preguntas:

–¿Es por Tobías? ¿Qué ha pasado? ¿Ya no sigues en la empresa?

–Nos hemos separado, y tenías razón: Tobías es un imbécil. Me puso los cuernos y ahora será padre con su nueva chica.

–Dios... –se queja mi madre–, me sabe muy mal. ¿Y ahora, qué? ¿Qué quieres hacer?

–He dejado el piso y estoy buscando trabajo –le contesto.

–¿Pero dónde vives? Si no conoces a nadie en esa maldita ciudad. ¿¿Por qué no vuelves con nosotros!? Puedes dormir en la cama plegable del salón.

Sólo con imaginarme de pasar la noche en la cama plegable de mis padres, sin posibilidad de retirarme a mi propia habitación, me vengo abajo. Aunque sean cariñosos, ya los veo acosándome con buenos consejos de cómo buscar trabajo. Brrr, no gracias.

–Mami, no te preocupes, he encontrado a unos viejos amigos que me dejan vivir en su casa un tiempo –la engaño–. Además, ya estoy enviando curriculums, todo irá bien, ya verás. Ahora necesito un poco de tiempo para mí. ¡Te volveré a llamar!

Me despido de ella y prometo llamarla en cuanto tenga novedades. Puff, hecho. Espero que se trague mi excusa. No sé donde leí que cuando no te queda otra que mentir, hay que procurar no inventárselo todo y decir medias verdades. Y lo del piso es verdad. Tampoco hay que contárselo todo, que pertenece a tres ricachones y que los tres quieren follar conmigo.

–¿Tu madre? –Liam se planta debajo de la puerta y arquea una ceja. Asiento con la cabeza.

–Es que no pudo localizarme y estaba preocupada.

–¿Y por eso le cuentas que de momento estás viviendo en casa de unos “viejos amigos”?

–Pues sí.

–Me sorprendes cada vez más: Mientes sin ponerte colorada.

–¿Qué quieras que le diga? ¿Que tengo previsto ir a vivir a un hotel? Hubiera insistido en que fuera a vivir con ellos en vez de gastarme el dinero en un hotel. ¿Que duermo en casa de unos frikis que me quieren follar y además me ofrecen dinero por ello? Esto sí que la hubiera tranquilizado.

–La verdad es que eres una mujer rara. Hay veces que no se te puede decir nada, otras que te dejas pisar por tu ex y, al parecer, también por tus padres. No te entiendo–. Liam me mira contemplativo.

–No hace falta –le contesto–. Además, mira quien habla, no sé nada de ti.

Liam levanta las manos, conciliador.

–Tienes razón, no es asunto mío. ¿Qué te parece un buen desayuno? Hay un local francés aquí cerca donde sirven unos desayunos fantásticos.

Liam no mintió, la cafetería francesa es fantástica y los *croissants*, riquísimos. Sin embargo, estar sentada con Liam en un bar, charlando amablemente y tomando café con leche, se me antoja extraño. Extraño porque todo parece normal, aunque entre nosotros nada sea normal.

No somos ni pareja ni buenos amigos ni compañeros de trabajo. Pero aun así, es muy agradable.

Suerte que al salir, Marcos ya no estaba. Así todavía no he tenido que enfrentarme a él, es lo que me tocará esta noche.

–Tiene que hacer recados y luego quiere ir a comprar para la cena. Cocinará él –me explica Liam, socarrón. Me sorprende oír que Marcos sepa cocinar, no le creí capaz. Puede que mi primera impresión fuera errónea y no sea un macho superficial como pensaba.

¿Cómo será una velada normal con ellos? No me atrevo a preguntárselo. Relájate Caro, déjate sorprender. Todavía estarás a tiempo de decir que ‘no’. Intento centrarme en el desayuno, pero no me resulta tan fácil. Estoy demasiado nerviosa. La última vez que tuve cosquilleos tan intensos fue antes de los exámenes finales de la carrera.

–¿En qué piensas? –me pregunta Liam.

–En nada. Es que... –Sacudo la cabeza.

–¿Es por lo de esta noche?

–Pues sí –refunfuño.

–No te preocupes. Estoy seguro de que te gustará.

No le contesto. ¿Además, qué le puedo decir? Para Liam todo eso no es extraordinario, probablemente tampoco para las mujeres que suelen convivir con Liam y los otros dos compañeros de piso. Incluso tienen que pasar una entrevista para poder entrar a vivir con ellos. Pero ¿yo? Hasta hace poco ni siquiera sabía que existiera algo así.

–No tienes idea de lo sexy que resultas, así tan inocente. –Liam se me acerca y deja la mano encima de mi muslo.

–¿Inocente? –Casi se me atraganta el café. Hasta ahora, nadie me había calificado de inocente. Puede que en el mundo de Liam sí que lo sea.

–Sí, pero creo que tienes potencial –me contesta-. Aunque creo que eres un pelín demasiado testaruda, pero es lo que me gusta de ti. Creo que es lo que seduce también a Marcos. –Sus dedos suben un poquito y acarician muy levemente mi pubis. Me estremezco.

–Aquí no.

–¿Por qué no?

–Los de la mesa de al lado ya están mirando. –Le indico el matrimonio de mediana edad que nos está observando, petrificados.

–¿Y qué? No hacemos nada malo. –Liam se acerca más-. Pues démosles más espectáculo. –Se inclina hacia mí y empieza a besarme, mientras continúa acariciándome. La pareja sacude la cabeza, como señal de desaprobación.

–No me lo puedo creer –oigo como dice la señora.

Liam se ríe y paga la cuenta. Nos levantamos y al pasar delante de su mesa, Liam se para y dice:

–¡Les vendría besarse más! Es bueno para los ánimos y también para la salud.

Con el rabillo del ojo veo como la mujer empieza a abrir y cerrar la boca, en un *staccato* mudo y horrorizado, mientras que su marido se pone como un tomate. Me llevo la mano a la boca para no reírme a carcajadas y sigo a Liam a la calle.

–Ves, cuando te saltas las normas te diviertes más –me dice, con un guiño de ojo.

Las siguientes horas las pasamos visitando una muestra de arte que Liam no quería perderse. Contempla cada uno de los cuadros expuestos, entusiasmado. En cambio, yo no sería capaz ni de recordar el nombre del pintor. Estoy tan absorta en mis pensamientos que no me entero de lo que hay a mi alrededor.

El tiempo pasa volando y en un santiamén nos encontramos otra vez en casa de Liam, subiendo en ascensor.

–La muestra era fantástica, ¿verdad? –pregunta Liam, todavía muy exaltado.

Le doy la razón, esperando que no me pregunte por la pieza que me gustó más. No recuerdo nada en concreto.

Entro al piso detrás de Liam, algo nerviosa. Se oye alguien trajinando en la cocina. Parece que Marcos está de vuelta, preparando la cena.

–¿Porqué no cuelgas tu chaqueta y te pones cómoda? –me invita Liam-. Ahora vuelvo, solo quiero refrescarme un poco. –Y desaparece hacia el cuarto de baño, dejándome sola en el pasillo.

Me quedo de pie, indecisa, entre mis cajas de mudanza, sin saber muy bien qué hacer.

Es la última oportunidad para desaparecer. Podría dar las gracias a Liam por los buenos momentos que hemos compartido y pedirle de llamar un taxi. Sé que, si me quedo, esa peligrosa aventura seguirá su camino. ¿De verdad es lo que quiero?

Jugueteo con un mechón del pelo, nerviosa.

–Hola Carolina, ¿qué te pasa? ¡Parece como si estuvieras a punto de salir corriendo! ¿No quieres entrar? –Marcos se ha acercado tan sigilosamente que solo reparo en él cuando ya está a mi lado. Me sobresalto, reprochándome instantáneamente la reacción.

–Sí, sí, ¡Ahora voy! –Le miro a los ojos, desafiante. Marcos tiene un punto que me hace saltar. De ninguna manera permitiré que se me note mi inseguridad, ¡y aún menos delante de él!

Tengo que admitir que me resulta difícil. Los vaqueros, la camiseta de manga larga blanca que permite entrever los músculos y el pelo rubio revuelto otorgan a Marcos un aire de malicioso que me seca la boca.

–Creo que querías salir corriendo –repite socarrón.

Niego con la cabeza. Liam, ¿dónde estás?

–Entonces, ¿cuál es tu problema? –quiere saber Marcos.

–No tengo problemas –le rebato e intento mantener su mirada. No quiero que note que me pone nerviosa, ¡de ninguna manera!

–Pues, ¡ven conmigo! –Marcos me coge de la mano y me arrastra hacia la cocina. ¿Qué está tramando?

–¡Suéltame! –le exigo-. Soy capaz de caminar solita. No me gusta que me arrastren.

Marcos vuelve los ojos en blanco:

–¡Relájate de una vez! –me rebate sin dejar mi mano, que sigue cogida férrea entre la suya. ¿Y si le muerdo? Pero antes de poder poner en práctica mi pensamiento, llegamos a la cocina y me suelta la mano.

–¿Tendría usted la amabilidad de entrar voluntariamente?

«Esto es una locura», pienso al cruzar el umbral. La cocina ultramoderna con comedor integrado ha sido transformada en un romántico local de tapas. Las cortinas están cerradas y docenas de velas encendidas sumergen todo en una cálida luz. La mesa del comedor está repleta de pequeñas exquisiteces y desde los altavoces se escucha ritmos caribeños.

–¡Madre mía! –exclamo atónita-. ¿A caso lo has hecho todo tú? –Marcos sonríe:

–Sí, todo. Me gusta cocinar. Además he vivido una temporada en Puerto Rico y me encanta su cocina.

–Tiene una pinta fantástica –le contesto-. Si además es tan rico como pinta....

–Ya lo creo. Hasta ahora, nadie se ha quejado de mi cocina.

Estoy realmente impresionada. Probablemente le haya subestimado.

–¿Sabes bailar? –me pregunta.

–Depende... -le contesto, cautelosa.

–Probémoslo –decide Marcos y me extiende la mano– ¿Me concedes este baile?

Le alcanzo mi mano. Marcos me la agarra y empieza a mover sus caderas al ritmo de la música.

–Tienes que acercarte más, este es un merengue, hay que bailar lo pegados.

Decido dejarme llevar y permito que se me acerque. El ritmo lleva nuestros pasos hacia delante, hacia atrás, hacia los lados.

–No está mal –opina Marcos–, pero tienes que mover más tus caderas. Espera que te lo enseñe. –Se coloca detrás de mí, me coge de la cintura y mueve mis caderas–. ¡Tienes que relajarte más!

«Vaya gracioso» pienso «es que me pones tan nerviosa...»

Marcos se acerca más. Ahora noto sus piernas en mis nalgas. Una mano la coloca sobre mi barriga, la otra en la ingle:

–¡Muévete conmigo, Carolina! –me susurra y empieza a menear sus caderas, muy lentamente. Intento seguirle en sus movimientos.

Ay Dios, qué bien que lo hace. Adoro los hombres que saben bailar. Marcos tiene un giro de caderas verdaderamente increíble. Y además huele muy bien. Entre madera y canela, un olor muy masculino.

–Intentémoslo otra vez. –Vuelve a girarme hacia él–. Pon tus brazos alrededor de mi cuello.

Hago lo que me dice. Me atrae de tal manera a su pecho que, entre nosotros, no cabe ni un alfiler. Luego coloca su pierna entre las mías y empieza a bailar, lentamente. Al moverse, noto en mis pechos sus pectorales esculpidos, y su muslo roza mi pubis. No estoy del todo convencida de que esta danza se baile así, pero tampoco me opongo. Bailar con Marcos es realmente sexy y puedo entender que sea capaz de ligarse a casi todas las mujeres, inclusive a mí.

–¡Mucho mejor! –refunfuña Marcos, mientras recoloca una mano en mis nalgas y me aprieta aún más hacia sí.

Mmm... Esto promete. Desde mis partes bajas se extiende una agradable tensión. Los dedos de Marcos están bien colocados en mis nalgas, con la otra mano me agarra de la cabeza. Sus labios rozan los míos y automáticamente los abro para que su lengua conquiste mi boca. Marcos besa como baila: sensual y exigente a la vez. Le devuelvo su beso, igual de exigente. Es como un pequeño *tour de force*, es lo que lo hace tan sexy.

–¡Basta! –Marcos se desprende de mí, jadeando. Sus ojos brillan en la luz de las velas–. No está nada mal. Mejor de lo que pensaba.

Yo también cojo aire. Qué cabrón. ¿A qué se refería, a mi manera de bailar o al beso?

—¡Veo que os habéis hecho más amigos!

Me doy la vuelta, sobresaltada. Mientras tanto, y sin que nos hubiésemos dado cuenta, Liam se ha instalado en una de las sillas de la mesa del comedor. Está muy relajado y nos observa mientras saborea una copa de vino. Se ha cambiado de ropa, ahora lleva vaqueros y una camiseta negra, muy ajustada, que le queda fantásticamente bien.

—¿Desde cuándo estás ahí sentado? —le pregunto.

—Bueno, un ratito. Y suerte de ello, porque sino, me hubiera perdido vuestro baile de apareamiento —me contesta Liam, alcanzándome su copa—. ¿Te apetece un trago? Tienes pinta de necesitarlo.

Me pregunto porqué todo el mundo en este piso tiene que acercarse a hurtadillas. De hecho, sí que me he sobresaltado un poco, al ver a Liam de repente sentado en la mesa. Como si me hubiese sorprendido en flagrante. Sin embargo, creo que esta sensación se debe a que no estoy acostumbrada a ligar con dos hombres a la vez, que sepan el uno del otro y que encima les guste.

Marcos me regala un guiño:

—Liam es un viejo *voyeur*, no te lo tomes a mal: le encanta observar.

Me lo creo a la primera. Recuerdo el encuentro sexual en el *soBar* y noto como me sonrojo. Menos mal que no se nota en esa luz difusa.

—¿Por qué no te sientas? Déjame mirar como está el segundo plato y enseguida podemos empezar a cenar —invita Marcos y desaparece detrás de la barra de cocina.

Me siento al lado de Liam, alterada, y tomo un trago de su copa de vino. Qué bien me sienta el alcohol, lo necesitaba. No pensaba que Marcos fuera capaz de embaucarme tan rápidamente. A ver quién es la guapa que no se deje ligar por un hombre que baila tan sexy.

—¿Ves? Tampoco es tan terrible —me susurra Liam al oído—. Por lo menos sabe cocinar y bailar. Tal vez sepa hacer más cosas...—Liam me quita la copa de la mano y la deja en la mesa—. Quiero que te cambies —me dice con voz ronca—. Quitate los vaqueros y ponte una falda, y olvídate de la ropa interior.

Trago saliva. Las palabras de Liam encienden un cosquilleo violento en mis ingles. Pero no se lo quiero poner tan fácil.

—¿Qué te dije acerca de las órdenes? —le contesto chula.

—¿Y qué te contesté yo? —replica Liam, mirándome fijamente a los ojos—. Tarde o temprano habrá que castigar a tu culito. Eres demasiado descarada.

En mi cabeza, empieza la función cinematográfica, dando vueltas como una noria. Imaginarme a la merced de Liam, pegándome en mis nalgas, me pone tanto que mi clitoris empieza a latir levemente. El sadomaso de fustas, pinzas de pezones y todas estas cosas no es lo mío, pero me encanta el sexo duro y mis nalgas son una zona muy erógena. ¿Y si le provocho un poco más?

—¿Y si me niego a cambiarme? —le pregunto, desafiante.

—En este caso, querida —rebate Liam— eres más necia de lo que pensaba y te pierdes la mejor experiencia sexual que hayas tenido en los últimos tiempos.

—Pensaba que el mejor sexo lo acabamos de tener tú y yo —le contesto. Liam se ríe:

—¡Para nada! No te lo puedes ni imaginar. Pero excepcionalmente me adapto y te pregunto con toda amabilidad «Querida Carolina, ¿me harías el favor de ponerte una falda? ¡Sería fantástico!»

—¡¿Ves qué fácil?! —le contesto, intentando sonar lo más despreocupada posible—. Si me disculpas un momento.

Oigo a Marcos reírse

—Liam tiene toda la razón. Eres realmente especial. ¡No tardes mucho, la cena está a punto!

Asiento con la cabeza. Al salir, me llama la atención una bolsa de tela negra. Me parece que antes no estaba. Probablemente la haya traído Liam.

Mis bolsas de viaje todavía están en la habitación de Liam. Mientras me dirijo hacia allá pienso en qué falda ponerme. ¿Tal vez la faldita mini de color negro con lentejuelas doradas? Y en la profundidad de alguna bolsa tiene que haber unas medias negras sin liguero. De hecho, las había comprado para Tobías, pero como ya no teníamos relaciones sexuales durante las últimas semanas antes de separarnos, no las había llevado nunca.

Hoy sería una buena ocasión, me digo a mí misma, rebelde, eliminando todo pensamiento de Tobías. Acabo de decidirme: Esta noche quiero divertirme, luego ya veremos qué pasa.

Estoy tan nerviosa que, al desvestirme y ponerme las medias, mis dedos empiezan a temblar. Al mismo tiempo me excito mucho solo con pensar en tener relaciones con Liam y Marcos. Mis mejillas están encendidas por el miedo escénico, pero me confieren un aspecto fresco. Aliso mi pelo largo y rubio con mis dedos, respiro hondo y salgo.

¡Allá vamos!

Vuelvo a la cocina pavoneando sobre mis tacones negros. Con cada paso noto aire fresco en mi entrepierna. Es una sensación extraña no llevar braguitas, rara, pero también maliciosa. Nunca he llevado una falda sin ropa interior.

Liam y Marcos conversan en la barra de la cocina, tomando un vino. Al cruzar el umbral del comedor, los dos levantan la vista. Subo la falda un trocito para que se entrevean las medias.

—¿Mejor así? —pregunto descarada, mirando a Liam.

—Mucho mejor —asiente Liam que se me acerca—. A ver si has renunciado realmente a unas braguitas. —Se coloca delante de mí y mete la mano debajo de la falda—.

Pues sí, has tenido suerte querida! —Sus dedos reposan sobre mis nalgas.

—Creo que yo también tengo que comprobarlo —avisa Marcos. Deja la copa en la barra y se acerca, lentamente. A mí me da un chute de adrenalina. Se coloca detrás de mí, así que estoy acorralada entre los dos hombres. A su vez, Marcos desliza una de sus manos debajo de la falda y acaricia mi otra nalga.

—¡Quédate de pie, y quieta! —me susurra. Con la otra mano sube la falda y, levemente, empieza a acariciar mis labios vaginales. Gimo. Liam también se sirve de la otra mano para alternar sus caricias en mis nalgas, mis ingles y mi clitoris. Noto todos sus dedos. Se meten en todos los lados, explorando mis zonas erógenas.

—¡Bésame! —exige Liam. Hago lo que me dice, su lengua conquista mi boca, mientras Marcos acaricia mi clitoris. De repente, me penetra la vagina con sus dedos.

¡Dios mío!

Una ola de excitación se expande por todo mi cuerpo. Enseguida, Marcos encuentra mi punto G, sus dedos me penetran y estimulan mi parte más sensible sin piedad. Liam interrumpe nuestro beso:

—Creo que como entrante es suficiente. ¿Tú que opinas, Marcos?

—Lo mismo digo —rebate Marcos y retira sus dedos.

—No —jadeo—, no pares.

¡Qué canallas!

Liam me regala una sonrisa:

—Si te portas bien, puede que continuemos más tarde. De momento puedes tomar asiento en nuestro puesto de honor. —Me indica uno de los sillones.

De entrada, intento recuperarme respirando hondo. Dios, eso sí que ha sido sexy. El beso con Liam me ha dejado los labios hinchados y mi clitoris palpita de placer. Liam, todo un gentleman, me endereza la silla. Estoy a punto de sentarme cuando me llama la atención la superficie del asiento. ¿Qué es eso?

—Siéntate —invita Liam, observando mi reacción.

—¿Encima de eso? —pregunto, señalando la cosa encima de la silla: un cojín redondo del cual sobresale un objeto fállico, curvado.

–Si eres tan amable. Me parece que estás lo suficiente húmeda –contesta Liam y me sonríe–. Digamos que es tu entremés permanente.

El objeto no es muy largo, seis o siete centímetros tal vez. En cambio, el diámetro es bastante importante. Me pongo encima del sillón, levanto la falda y me acomodo cautelosamente encima del cojín. El falo me penetra completamente. ¡Ah!

Marcos sirve una bandeja de pollo y un cuenco de arroz, sin perderme de vista.

—¿Quieres empezar tú? —pregunta Liam mientras hurga en la bolsa negra, ahora colocada a su lado. Porqué no caí antes: en la bolsa trae juguetes. Le pasa un mando a Marcos.

—¡Encantado! —le contesta Marcos socarrón. Se sienta frente a mí y alcanza el mando.

—¡Sírmete lo que te apetezca! —dice, dirigiéndose a mí. Señala al pollo, arroz y varias fuentes repletas de tapas, mientras empieza a manipular el mando. Parecido al huevo de placer de la noche anterior, el falo dentro de mí empieza a brincar. Presiono los muslos con mis manos y respiro hondo. El objeto dentro de mí es aún mejor que el huevo. No solo vibra, encima palpita y estimula sin piedad mi zona más sensible. Marcos me observa con cara divertida y aumenta la intensidad del vibrador.

—¡Ah! —gimo, mordéndome los labios.

—No está mal, ¿verdad? —se ríe Marcos—. Liam es fanático de los juguetes técnicos. Parece que con el cojín hemos dado en el clavo.

—Pásame el mando, yo también quiero —exige Liam.

Aprieto los dientes. Necesito concentrarme al 100% para no dejar escapar un gemido. No les quiero hacer ese favor. Que se preparen, ya se lo devolveré. Liam aprieta varios botones, pero como respiro honda y lentamente logro efectivamente contenerme.

—No está mal. Si quieres, eres capaz de controlarte —constata Liam, apagando por fin el vibrador—. ¿Cenamos?

Vuelvo a respirar hondo, relajándome un poco, y me sirvo unas *delicatessen* de las fuentes y un poco de pollo con arroz, sin perder de vista el mando, ahora encima de la mesa de la cocina.

Después de haber calmado mi apetito decido tomar un rol más activo. No es que no me gusten los jueguecitos de Marcos y Liam, pero no quiero seguir siendo su ‘muñequita’, yo también tengo ideas.

Me levanto lentamente, dejando que el vibrador se vaya deslizado poco a poco.

—¿Qué haces? ¡Quédate sentada! —ordena Liam.

—¿Qué te había dicho acerca de las órdenes? —le contesto con voz azucarada, sentándome encima de la mesa, con las piernas cruzadas.

—¡Siéntate! —brama Liam.

Niego con la cabeza:

—No. No lo haré.

—¡Siéntate, Carolina! ¿O quieres que te ayude? —interviene Marcos.

Dios mío, qué machos. ¿Cómo serán las mujeres con las que se acuestan normalmente?

Realmente me gusta que los hombres sean dominantes durante el sexo, pero no permanentemente.

—No, ahora me toca a mí —rebato y hundo mi índice en una fuente con salsa— y vosotros, por una vez, os quedáis quietos.

Me divierte observar como los chicos se quedan desconcertados si alguien no baila al son que tocan ellos. Aunque sé que el juego puede ser peligroso, continúo.

Abro mis labios, doy unos lengüetazos a la punta del dedo y lo meto en la boca. Lo chupo con fruición, moviéndolo hacia arriba y hacia abajo. Liam y Marcos me clavan los ojos.

—¿Alguien más quiere un poco de salsa? —pregunto seductiva—. ¿Tú tal vez, querido? —Me dirijo a Marcos.

Marcos jadea.

—Dios, Liam. ¿Qué nos has traído a casa?

Liam se encoge de hombros, divertido.

—No sé, la chica por lo visto es imprevisible.

—La chica está presente —le digo— y ahora, por una vez, os portáis bien y hacéis lo que yo diga.

Alcanzo la fuente con salsa y me dirijo hacia Marcos.

—¡Pon tus manos detrás del respaldo! —le ordeno.

Marcos me mira confuso, sin saber si seguir mis órdenes.

—¿Ahora las órdenes las das tú? —pregunta Liam, levantándose de su asiento.

—Por lo visto —le contesto, fresca—. Y tú, querido, quédate tranquilito dónde estabas. ¡Todavía no es tu turno!

Liam se queda un momento pensativo, luego vuelve a su sitio.

—De acuerdo —asiente, poniéndose cómodo—. A ver qué pasa.

Marcos se muestra reacio a colocar sus manos detrás del respaldo.

—Venga —le susurro, mirándole a los ojos. Vuelvo a hundir mi dedo en la salsa y lo chupo con fruición—. ¡Te gustará!

—¡Maldita sea! —deja ir Marcos, con los ojos fijados en mi dedo—. Eres una cabrona, la verdad.

—Te devuelvo el cumplido —le rebato, haciéndole señas a sus manos—. ¿O es que tienes miedo?

—Para nada —bufa Marcos y cruza sus manos detrás del respaldo.

—¡Ves, no es tan difícil! —Dejo la fuente en el suelo y abro lentamente los botones de sus vaqueros. Su pene ya está algo erecto. Parece que le haya gustado mi pequeña función. Vuelvo a hundir mis dedos en la salsa y le coloco un poco en su polla. Paso mi lengua con cuidado encima de su glande para metérmela toda entera en mi boca y empiezo a chupar. Desde el rabillo del ojo veo como Liam me está observando, fascinado.

Marcos empieza a gemir y hunde sus manos en mi pelo. Enseguida levanto la cabeza, y me descuido de su pene, ahora completamente duro.

—Te he dicho que dejes las manos detrás del respaldo.

—¡Cabrona! —Marcos gime, pero hace lo que le digo.

Vuelvo a meterme su pene en la boca, encierro su tronco en mi mano y empiezo a mover mi cabeza, arriba y abajo, sin piedad.

Marcos empieza a retorcerse.

—Si no quieres que me corra en tu boca, tienes que parar, ahora mismo —gruñe, con voz tomada.

No pienso parar, todo lo contrario: aumento lentamente el ritmo hasta que su polla empieza a moverse violentamente, corriéndose dentro de mi boca.

Me levanto sonriendo, alcanzo mi copa de vino y me tomo un trago.

—Dios mío —suspira Marcos, mirándome con aprobación—. Ahora entiendo porque Liam no quiere dejarte ir.

Le regalo una sonrisa y busco a Liam que me mira con cara impenetrable, los ojos medio cerrados.

—¿También quieres? —pregunto coqueta.

—¡Basta! —brama Liam— ¡Ven aquí, ahora mismo!— Se ha levantado y da golpes encima de la mesa—. ¡Ya!

Arqueo una ceja. Por lo visto es él que quiere tomar el control. Pero, ¿yo quiero eso? Mm, ¿por qué no? No niego que me gusta que Liam me coja sin más. Pero no se lo quiero poner tan fácil. Me encanta este jueguecito de poder.

—No —contesto, sacudiendo la cabeza.

–Es tu última posibilidad –rebate–. ¡Ven aquí!

–¡Ni hablar!

–Si tengo que venir a buscarte, será el turno de tu culo.

Sus palabras me provocan una tensión muy agradable en el bajo vientre:

–¡Inténtalo! –le contesto.

–De acuerdo –gruñe Liam. Se acerca, me agarra y me sube a hombros.

Me quejo y le golpeo la espalda:

–¡Déjame bajar!

–Ahora mismo –me rebate y me coloca al otro extremo de la mesa. De un manotazo se deshace de todos los objetos que estorban y me da la vuelta: Me hallo encima de la mesa, boca abajo y con el culo al aire.

–¿Me podrías ayudar? –Liam se dirige a Marcos mientras me mantiene fija con las manos–. En la bolsa hay esposas, las necesitaría.

–¡Encantado!

Giro la cabeza y veo como Marcos se cierra los pantalones, alcanza las esposas y se me acerca. Mis pezones se ponen de piedra con solo imaginarme lo que me espera.

Cuando Liam me coloca las manos sobre la espalda y cierra las esposas alrededor de mis muñecas, no me defiendo.

–A ver querida, ¡tú te lo has buscado! Marcos, podrías agarrarla un momento...– Marcos sonríe, se sienta sobre la mesa, a mi lado, y fija mi torso encima de la mesa. Ahora estoy completamente a la merced de Liam, pero es lo que me excita enormemente: mi vagina palpita de deseo.

Liam levanta mi falda y deja mis nalgas al descubierto.

–Tú que crees, Marcos. ¿Cuál es el castigo por dar órdenes sin que le hubiéramos dado el permiso?

–Creo que primero habría que zurrarle el culito y luego follarla.

Trago saliva. Solo con imaginarme lo que me espera me humedezco. Liam levanta la mano y me pega dos azotes en las nalgas.

–¡Ah! –gimo, intentando rebelarme, pero Marcos me sujeta firmemente. Liam acaricia mi clitoris, me frota y me penetra con dos dedos. Los absorbo ávidamente, alcanzándole mi pelvis. De repente, levanta la mano y me vuelve a zurrar, mientras me sigue penetrando con los dedos. Jadeo. Estoy tan excitada que a penas noto el dolor.

–Fóllame, por favor –le pido.

–Queríamos follarte entre los dos –brama Liam–. Pero tú nos estropeaste los planes. Habrá que recuperarlo en otro momento–. Retira sus dedos.

–No, por favor, no pares –lloriqueo.

–¿Te encargas tú un momento? –le comenta Liam a Marcos. Este asiente y afloja su agarro, mientras que con la mano libre acaricia mis nalgas. También levanta la mano y me da un golpe fuerte, luego me penetra con sus dedos.

Vuelvo a gritar.

–Es lo que te mereces –susurra y excita mi parte más sensible.

Luego noto como sus dedos se retiran y otra cosa, dura y grande me penetra de golpe. El pene de Liam es tan erecto que me llena del todo. Empieza a moverse dentro de mí, haciendo camino con golpes fuertes, mientras que Marcos acaricia mis nalgas temblorosas. Grito con todo mi deseo, me dejo ir del todo, hasta que Liam y yo nos corremos a la vez.

Poco después, tumbados en el sofá del salón y envueltos en mantas de lana, los tres miramos una *sitcom*.

Muy amablemente, los chicos me han quitado las esposas. Mis nalgas todavía queman un poco, pero es una sensación nada desagradable: no es que me hayan pegado con fuerza, solo con la intensidad necesaria para que me excitara.

«Aparentemente, saben de su oficio» pienso ensimismada. Mi cabeza reposa en el regazo de Liam y mis pies, encima de los muslos de Marcos. Liam me acaricia el pelo, mientras que Marcos me regala un masaje en los pies. ¡Qué bonito que te mimen dos hombres a la vez! Cierro los ojos y me relajo.

Tal vez sea el momento idóneo para preguntarles a mis dos anfitriones sobre temas que me rondan por la cabeza.

–¿De dónde os conocéis? –pregunto.

–De toda la vida –contesta Marcos–. Liam, Álex y yo estuvimos los tres en el mismo internado.

–¿Y desde entonces sois amigos? –insisto.

–Bueno, hubo un acontecimiento que afectó a Álex. Unos chicos mayores se metían con él y Liam y yo le ayudamos. Todo acabó en una gran pelea, pero a partir de ahí, dejaron en paz a Álex y desde entonces somos buenos amigos. –me contesta Marcos, sin dejar de masajearme los pies. Liam continúa mirando fijamente la televisión, como si las preguntas no fueran con él. Menos mal que Marcos es más propenso a proporcionar información.

–¿Y eso de compartir una mujer lo habéis hecho desde siempre?

Marcos suspira:

–No, desde siempre no. Una cosa llevó a la otra y finalmente acabó estableciéndose sin más.

Doy vueltas a su última frase: «¿Cómo es que algo puede ‘establecerse’ sin más?» me pregunto, asombrada.

Liam ha dejado de acariciar mi cabeza. Se nota que no le gusta que pregunte tanto.

–Estoy bastante cansado –comenta–. Mañana me levanto temprano, tengo una reunión importante. Si quieres puedes dormir conmigo o con Marcos o si no, en la habitación de invitados. Lo que más te apetezca–. Se levanta y desaparece hacia el baño.

–A Liam no le gusta que se le hagan preguntas, ¿verdad? –me dirijo a Marcos.

–Pues no, no le gusta nada –me contesta–. Es bastante susceptible en este punto y tiene sus motivos...

Sigo con la mirada a Liam y por primera vez percibo la soledad que envuelve a este hombre galante y carismático. ¿Quién eres, Liam?

Me despido de Marcos con un abrazo, deseándole las buenas noches, y decido dormir en la cama de Liam. Tengo la sensación de que no quiere quedarse solo esa noche. Me limpio la boca y me meto en la cama con él, desnuda.

–Ey –susurro– ¿todo bien?

–Mmm... sí –me contesta Liam con un murmullo,

–¿Es por lo de Marcos? –pregunto–. Fuiste tú que quería que me entendiera bien con él y me lo ligara.

–Eso forma parte del acuerdo, ¿o no? –rebate Liam, asombrado–. Si no, nuestras reglas de convivencia no darían ningún sentido.

«Para mí, las reglas de convivencia, de todas todas, no tienen ningún sentido, y para todas las demás personas normales, probablemente tampoco.» Pero eso es lo que pienso, no se lo digo.

–¿Y entonces, qué es lo que te pasa? –le pregunto.

–Nada, a dormir–. Liam se da la vuelta y me envuelve con sus brazos–. Menudo bichito –murmura, besándome la nuca–. A dormir.

Poco después oigo la respiración tranquila y regular de Liam, se acaba de dormir. A pesar de todos los acontecimientos excitantes no estoy cansada. Tengo demasiados pensamientos dando vueltas en mi cabeza. ¿Con qué tipos más extraños y misteriosos he ido a parar?

–¡Ey, Carolina! –Algo me hace cosquillas en la mejilla.

–¿Qué? –refunfuño dormida.

–Tengo que irme. No saldrás corriendo, ¿verdad? Cuando vuelva esta noche, todavía estarás por aquí, ¿no?

Entreabro un poquito los ojos. Liam está sentado frente a mí, con traje y corbata, y acaricia mi mejilla.

–¿Quieres que me quede? –le pregunto.

–Sí, claro –me contesta Liam.

–Pues entonces me quedo.

Liam me regala una sonrisa:

–Me alegro. Esta noche hablaremos con Marcos de cuánto tiempo quieres y puedes quedarte, antes de ir a la fiesta, ¿de acuerdo?

–¿Qué fiesta? –pregunto alarmada. Con estos chicos, nunca se sabe.

–Una fiesta por un lanzamiento. Marcos también está invitado. ¿Por qué no te pones el vestido que compramos antes de ayer? Lo único que queda por decidir es

cómo te presentamos, igual como prima lejana o algo por el estilo.

–¿A las mujeres que conviven con vosotros, siempre os las lleváis a las fiestas? –le pregunto-. Pues entonces tenéis que tener muchas primas.

Liam se ríe.

–No, de hecho no lo hacemos nunca, pero a ti, tengo ganas de llevarte. De todas formas, contigo todo es diferente.

No estoy segura de si pretendía ser un cumplido. A mí me encantan las fiestas y tampoco me importa quedarme unos días más en esta fantástica vivienda. Además, empiezo a acostumbrarme a estos inquilinos extravagantes.

–De acuerdo, pues nos veremos después. Que vaya bien la reunión –le digo.

–Gracias, te deseo un buen día. Y pórtate bien con Marcos.

–¿Cómo de bien quieres que me porte? –pregunto chula.

–Eso, lo decides tú. –Liam me guiña un ojo-. De todas formas, tan bien que luego no se me queje. ¿Te crees capaz?

Asiento con la cabeza:

–Creo que sí. –Liam se ríe, satisfecho. Me da un beso en la frente y desaparece.

En el fondo, Marcos es muy amable, me digo a mí misma. De acuerdo, tiene un problema de dominancia. Pero sabe bailar y cocinar. Y el beso tampoco fue nada mal, y por lo demás...

Por vez primera me imagino los tres hombres juntos y a la vez en este piso. La idea me excita tanto que decido tomar una ducha fresca. En esta casa es imposible pensar en otra cosa que no sea sexo.

Después de la ducha me siento lo suficientemente despierta para desayunar. Ayer tarde comí muy poco de lo que había preparado Marcos; estaba demasiado distraída. Ahora mi estómago protesta con furia. Me preparo dos tostadas y abro la nevera para buscar un yogur. De Marcos, ni rastro. Probablemente esté durmiendo todavía. Es un buen momento para navegar un poco en Internet. Puede que descubra más sobre Liam. Si realmente tiene tanto éxito en el ámbito económico tiene que haber numerosos artículos sobre él. Busco mi bolso y saco mi móvil. No hay llamadas perdidas. Menos mal, esta vez, mi madre parece atenerse a mi petición de dejarme en paz.

Me siento a la mesa del comedor con mi desayuno y aprieto el icono del navegador. En el buscador tecleo ‘Guillermo Aldeconde’ y me aparecen un sinfín de resultados. Rastreo las páginas y leo un artículo sobre la familia de Liam. Después de la segunda guerra mundial, sus abuelos, muy hábiles para el comercio, construyeron todo un imperio de empresas. El hijo, padre de Liam, se hizo cargo de la empresa que hoy en día lleva Liam. Parece no tener hermanos, al menos no encuentro información al respecto. En otro artículo se destaca su compromiso con una organización para la ayuda a la infancia, para la que ha asumido el patrocinio. Todos destacan su imagen de hombre rico y exitoso, pero con una acentuada vena social.

Sin embargo, sobre su vida privada no encuentro nada, absolutamente nada. Nada sobre ex novias, aficiones u otros intereses, nada de nada. En cuanto a su vida privada, Liam parece un fantasma.

Suspiro, decepcionada. El buscador no me ha aportado nada.

–Hola, buenos días. ¿Qué haces? –La voz de Marcos me saca de mis pensamientos. Rápidamente cierro el navegador de mi móvil. No quiero que se de cuenta de que estoy buscando información sobre la vida privada de Liam.

–Buenos días –le contesto, girándome hacia él-. Solo he mirado mis mails.

–¿Algo importante?

–No, solo publicidad –le miento. Me propongo controlar mis mails de verdad en cuanto tenga ocasión, aunque no cuento con recibir correos interesantes.

Normalmente, solo me llegan e-mails de publicidad.

Marcos se desplaza descalzo hacia la nevera y saca un yogur y un vaso de agua. En sus bóxers, su torso desnudo y el pelo rubio revuelto, es muy apetecible.

–¿Liam ya se ha ido? –quiere saber Marcos.

–Sí –le contesto, sonriéndole-. Me ha encargado que te trate bien.

Marcos dibuja una sonrisa:

–¡No lo lograrás nunca!

–Bueno, tengo todo el día para intentarlo.

–Me alegro de que te quedes un poquito más.

–¿Pues, entonces estás de acuerdo?

–Sí, pero entonces, tarde o temprano te tocará. Lo sabes, ¿verdad? Lo de ayer no vale –opina Marcos y se sienta a la mesa, a mi lado.

–¿Ah no? –pregunto, arqueando una ceja.

–No, claro que no, no me he acostado contigo.

–Vaya –rebato- ¿y por qué será? Ah sí, es verdad, te corriste demasiado pronto.

–Ves, no eres capaz de portarte bien conmigo ni cinco minutos –constata Marcos y sacude la cabeza, aparentando estar enfadado.

–¿Qué, te pones a llorar? –le pregunto insolente.

–No, pero tú sí –contesta Marcos. Agarra su vaso y me tira el agua a la cara, sin preaviso.

–¡Ey! –me quejo-. ¡Qué idiota eres! –El agua chorrea por mi cara, empapando mi prenda de arriba.

Marcos me observa, guasón.

–¡Oh, perdona! No quería. Es que el vaso se me cayó de la mano. ¡Lo siento!

Qué canalla, pienso para mí.

Por lo visto, no soy capaz de portarme bien con él. Tiene una manera de ser que me provoca.

–¿Quieres que te cuelgue tu camiseta en el baño? –pregunta Marcos, inocente-. Pero tendrás que desnudarte.

–¡Ya te gustaría, ya! –bufo.

–Ayer, cuando estabas estirada en esta mesa, con tus nalgas al aire, me gustabas más –rebate Marcos-. No estabas tan guerrera.

Noto como me sonrojo, sin embargo tengo una contestación para él:

—Y tú, también me gustaste más ayer en esta silla, tan amable y calladito.

—*Touché* —se ríe Marcos—. ¿Qué te parece si vamos al centro deportivo y medimos nuestras fuerzas jugando un partido de bádminton? ¿Tienes ropa deportiva en tus cajas?

La idea no está mal. Quedarme todo el día con Marcos a solas en este piso, a la larga podría ser cansino. Y probablemente también peligroso.

Además, me gusta jugar al bádminton. En mi ciudad natal jugaba a menudo, y durante una época, hasta jugaba en un club deportivo.

—Muy buena idea —le contesto—. Vámonos. Dame el tiempo para buscar mi ropa deportiva y ponerme algo seco. Sabes, algún idiota me acaba de mojar.

—Qué bicho más insolente. Ya te dejaré más mojada jugando a bádminton.

¡Ya lo veremos!

A decir verdad, pensaba que Marcos saldría del garaje con un coche deportivo o tendría también un coche con chofer. Pero me quedo sorprendida al ver que se para delante de un pequeño coche eléctrico.

—¿Este es tu coche? —pregunto asombrada.

—Sí, ¿algo en contra? Para la ciudad, me gusta más un coche eléctrico. Es más ecológico.

—Bien hecho —le comento y dejo mi bolsa de deporte en el maletero.

En general, Marcos parece ser mucho más abierto que Liam. Sé que baila bien, que le gusta cocinar y el deporte, y que se preocupa por el medio ambiente. Esto es más de lo que sé sobre Liam. Cierto, Marcos es un macho, pero no un libro con siete sellos como Liam. En cuanto se presente la ocasión, le preguntaré a qué se dedica.

—Maldita sea, no me has dicho nada de lo bien que juegas a bádminton —se queja Marcos hora y media más tarde, calmando su sed con un largo trago de su botella de agua.

Me quito el sudor de la frente y sonrío, satisfecha. Marcos resultó ser un adversario difícil, pero al final, he ganado yo.

—Ah, ¿no te lo había comentado? —le rebato.

—Pues no, no me lo habías comentado. Además, no me gusta perder —gruñe Marcos.

—Lo siento, la verdad —le digo, tintineando con las pestañas—. Duchémonos y luego, como compensación, te invito a un café.

No puedo tirar el dinero sin más, pero creo que dos cafés, aún me los puedo permitir.

Estoy recogiendo mis cosas tras la segunda ducha del día, cuando oigo un pitido de mi teléfono. La pantalla me informa de un mensaje nuevo; le doy al icono.

¿Y qué? ¿Seguís vivos u os habéis matado ya?

El SMS de Liam me hace sonreír. La pregunta es más que fundada. Le contesto rápido:

*Yo sigo viva. Pero acabo de rematar a Marcos jugando al bádminton.
Oh, no le sentará bien. No le gusta perder.*

*Ya me he dado cuenta. ;-) ¿Cuándo vuelves?
Alrededor de las 16h. Mientras tanto, podrías acostarte con Marcos, así volverá a estar contento.*

*¿Lo dices en serio?
¡Sí, disfruta! Luego esta noche me toca a mí ;-)))*

*¡Ya veremos!
Claro que sí ;-), no puedes resistirte. Hasta ahora, angelito.*

Vuelvo a guardar el móvil, algo perpleja. Que el hombre con quien me acuesto no tenga nada en contra de que lo haga también con otros, es algo a lo que me tengo que acostumbrar todavía.

Me quedo pensativa: ¿Sería diferente si Liam y yo fuéramos pareja? Tal vez haya compartido también sus parejas con Marcos y Álex o tal vez no haya tenido nunca una pareja hasta ahora.

No puedo negar que me guste Liam. Es más, me gusta mucho. Pero no puede ser más que esto: 'gustar mucho'. De momento, no es cuestión de tener una relación. La separación de Tobias es aún muy reciente y aunque me empeño en odiarle, no lo logro siempre. A parte de esto, Liam no parece estar interesado en una relación, en absoluto. Por eso creo que no está mal si me ocupo un poco de Marcos. Ensimismada, me pongo mis zapatos, empuño mi bolsa y busco a Marcos.

Marcos está sentado en un sofá acogedor en la entrada y está hojeando un magazín para hombres. Al acercarme, levanta la mirada:

–¿Lista?
Asiento con la cabeza.
–¿Conoces una cafetería que esté bien por aquí cerca?
–¿Realmente quieres pagar un café al perdedor? –pregunta, guardando la revista y levantándose del sofá.
–Si te apetece. A no ser que no te queden fuerzas para mantener una taza –le provocho. Me encanta tomarle el pelo, tanto, que me es difícil parar. Y creo que esta manera de tratarnos también le gusta a él.
–Qué mala eres –me contesta, dándome un empujoncito. De golpe, dibuja una sonrisa–. Tengo una idea mucho mejor de lo que podemos hacer ahora.
–Déjame adivinar: ¿quieres sexo?
–No. –Marcos sacude la cabeza, riéndose–. Aunque estoy dispuesto casi siempre a ello, hay una cosa que es tan buena como el sexo.
–Que sería...
–No te lo voy a decir. Ya lo verás. Tengo curiosidad por ver si luego todavía sigues siendo una bocazas.

Miro a mi alrededor, asombrada. Mientras tanto, hemos salido de la ciudad y seguimos un camino de bosque, rodeado de viejos robles gruesos. La carretera es estrecha y mal reforzada.

«Espero que el coche eléctrico lo aguante, me digo a mí misma. Y sobre todo espero que llegue la electricidad.»

Imaginarme sola con Marcos, tirada en medio del bosque, me espanta un poco. De repente entro en pánico. No sé nada de este hombre, todavía no he tenido tiempo de preguntarle nada personal. ¿Tal vez sea un asesino en serie y yo, su próxima víctima?!

Desde siempre tengo una fantasía exuberante, pero ahora me está jugando una mala pasada proyectándome las imágenes más atroces. ¿Tal vez sea mejor saltar del coche, aunque esté en marcha?

–Ey, ¿Cómo es que de repente estás tan calladita? ¿Tienes miedo de los árboles? –me pregunta Marcos y me mira de reojo, desconcertado–. ¿O crees que te llevo al bosque para matarte?

Miércoles, ¿por qué es tan fácil leerme el pensamiento?

–Me estaba preguntando adónde me llevas –contesto con una voz lo más inmutable de la que soy capaz.

–No te preocupes, no tenía pensado enterrarte en el bosque. Me perdería lo mejor –me guiña un ojo–. Casi estamos. Este camino es un poco más pesado, pero mucho más corto del que hubiera sido seguir la carretera.

El bosque se aclara y se nos va abriendo la vista a una explanada. Marcos conduce el coche directamente a la llanura, en cuyo lado derecho se entreven algunos aviones.

Un aeródromo. Espero que Marcos no quiera llevarme a dar una vuelta en avión.

No me gusta nada volar, tengo mucho miedo a las alturas. Y si no me queda otra, desde luego no con una de estas avionetas, son las que se estrellan continuamente.

–¿Qué hacemos aquí? –pregunto cautelosa–. ¿Es que tienes un avión y me quieres impresionar con tus dotes de piloto?

–No –Marcos sacude la cabeza–. No tengo carné de piloto. ¡Haremos otra cosa mucho mejor!

–¿O sea?

–¡Saltar en paracaídas!

–¡No! –dejo escapar un grito, horrorizada–. ¡Olvídate, yo no salto de un avión!

–Venga, no seas gallina. Yo salto contigo. Tengo la formación de paracaidismo, tú estarás unida a mí. No te pasará absolutamente nada. Créeme, es lo que te da el chute definitivo, es casi tan bueno como el sexo.

–Pero es que tengo miedo de altura. –contesto con voz aguda.

–¡Ya lo sabía! –Marcos me mira despectivo–. ¡Mucho ruido y pocas nueces!

Touché. No es que no quiera ceder a la primera, pero saltar de un avión, eso es pedir demasiado.

–Venga Caro, nos cambiamos y subimos. Y si luego no quieres, no saltamos. –Me intenta convencer Marcos.

Intentar convencerme poco a poco, para que luego haga algo que en mi vida haría, parece ser una constante en la táctica de los chicos. De la misma manera me ha intentado engatusar Liam.

He hecho ya tantas cosas en los últimos días que nunca hubiera pensado hacer, que subir a una avioneta de éstas no será gran cosa, ¿verdad?

Una vez en el aire, me arrepentiré seguro, pero por lo menos lo quiero intentar.

¡La nueva Carolina ya no se esconde detrás de sus miedos!

–De acuerdo, pero si finalmente no quiero, volvemos a aterrizar –le contesto.

Marcos asiente con la cabeza.

–Ningún problema. ¡Me encanta que lo quieras probar!

«Dios mío, ¿qué estoy haciendo?» me digo a mí misma cuando el avión de hélice despega poco después. A pesar de llevar un traje de paracaidismo encima de mi ropa, de repente me entra frío. Noto como me vence el pánico.

–Carolina, mírame. No tengas miedo. Concéntrate en tu respiración. ¡Tienes que inspirar y espirar hondo! –me grita Marcos, intentando vencer el ruido del avión.

–¿Qué eres? –grito a mi vez, intentando suprimir el miedo que empieza a brotar–. ¿Un maldito *coach* personal, o qué?

Marcos no contesta, sino que me levanta del suelo y engancha mis arreas a los suyos, luego abre la escotilla del avión.

Me atrevo a dar un vistazo, pero me agarro a mi cinturón, en pánico.

–No –grito–. ¡Para! ¡No quiero!

Sin embargo, Marcos continúa empujándome hacia la escotilla. Con todo su peso se deja caer encima de mí, arrastrándome al vacío, dejando atrás el avión seguro.

–¡Nooooooo!

«Maldito cabrón», es lo que aún puedo pensar antes de que me invada un chute de adrenalina que, de haber estado de pie, me hubiera hecho caer en redondo.

Marcos me coge de las manos y abre mis brazos, luego tira del primer paracaídas.

Dios mío, estoy volando.

No sé si reírme o llorar.

En mi vida lo hubiera hecho voluntariamente, pero tengo que darle la razón a Marcos, ¡es la locura más absoluta!

–¡Cabrón! ¡Canalla! ¡Idiota! –le espeto, tamborileando airada sobre su pecho. Menos mal que hemos aterrizado bien, me acaba de liberar de los cinturones–. Me prometiste que no saltaríamos si no quería.

–¿Ah, pero no querías?

–No, no quería.

–¿Y porqué no me dijiste nada? –me pregunta Marcos, guasón.

–¡La verdad es que eres un cabronazo!

–Gracias por el cumplido. Venga, ¿eso es fantástico o no? A veces hay que superarse para poder experimentar cosas nuevas.

Mis piernas son como de gelatina y mis manos tiemblan, pero me siento bien. De alguna forma, viva y dinámica. Sé lo que quiso decirme Marcos con esta actuación, pero tampoco hacía falta que fuera tan contundente. En los últimos días he hecho muchas más cosas de las que nunca hubiera imaginado. Y sí, me ha gustado. Hasta ahora no hay nada que no me haya gustado de lo que he hecho con Liam o Marcos. Y estoy segura de que Álex también tiene algunas cosas que ofrecer.

–Me lo pensaré –le comento.

–¿De qué hablas? –pregunta Marcos.

–¿Esta fue la razón de todo eso, no? Quieres que me supere, que entre a vivir al piso y firme nuestro extraño contrato.

–No sé de qué me hablas... –dice Marcos, haciéndose el inocente.

–Y sí, el salto me ha gustado, aunque al principio pensaba que me iba a morir –continúo.

–¿Ves? ¡Ya lo sabía! ¡Creo que me he ganado un beso!

–¡Olvídate! ¿Qué te crees, que voy a besar a alguien que me acaba de tirar de un avión?

–¡Por supuesto! Es exactamente lo que harás –rebate Marcos, coge mi cara entre sus manos y me regala un beso. No me resisto, sino que se lo devuelvo. Nos besamos hasta que nos desprendemos uno de otro, jadeando.

–Vamos a casa, rápido. ¡Te quiero desnuda! –gruñe Marcos.

Nada más entrar en el piso, nos lanzamos a abrazarnos. Marcos ha sido capaz de que me olvide de Liam. En este momento solo le quiero a él, solo a él. El pequeño juego de poder es lo que más me excita. El aire entre nosotros es pura energía.

Mi nivel de adrenalina sigue tan alto que estoy flotando. Beso a Marcos, mordiéndole levemente los labios.

–¡Venga, desnúdate! –me exige.

–¡Tú también! –le rebato, quitándome el jersey. Luego abro mis pantalones y los dejo caer al suelo. Marcos también se ha quitado el jersey y el pantalón, así que está plantado delante de mí en bóxers. Con el índice sigo la línea de los abdominales hasta llegar al dobladillo de los canconcillos. Masajeo con cuidado su polla, a través de la tela fina, y noto como se endurece por mis caricias.

–Ven conmigo. –Marcos me coge de la mano y se dirige hacia la habitación de invitados. Abre la puerta, me levanta y me pone encima de la cama. Luego abre mi sostén, tirándolo a un rincón. Sus labios acarician mis pezones, suben el cuello, besan mi boca para bajar otra vez hasta mis pezones. Su lengua sigue el contorno de mis pechos, luego de mis pezones, hasta que se endurecen. Cada roce es como una pequeña descarga eléctrica en mi piel. Noto como me humedezco. Hundo mis manos en la melena rubia y revuelta de Marcos y le tiro de la cabeza.

–Ahora me toca a mí –le susurro.

Marcos sonríe y se da la vuelta para quedar boca arriba. Dibujo con mi lengua las formas de sus abdominales, beso la parte interior de sus muslos y finalmente le bajo el dobladillo de sus bóxers. Su pene ahora está durísimo.

–Quítate esto y date la vuelta hacia mí –me dice Marcos con voz tomada y señala mi tanga.

Me lo quito y le alcanzo mis nalgas para formar un ‘69’ al revés.

Marcos deja ir un gemido cuando le lamo la primera gotita de su pene para luego encerrarlo en mi boca. Mientras masajeo su pene con la boca y los dedos, él me besa la parte interna de los muslos, acaricia mis labios y me penetra con la lengua. Me alcanza una ola de deseo en todo el cuerpo. Mis labios vaginales se hinchan enseguida. Las manos de Marcos agarran mis nalgas y acarician mi ano. Luego penetra mi culo con un dedo, mientras que continúa estimulando la vagina. Ahora soy yo que gimo, mientras aumento la velocidad de mi masaje.

–Para –jadea Marcos, ronco–. No me quiero correr todavía. ¡Siéntate encima de mí!

No hace falta que me lo diga dos veces. Mi vagina palpita de deseo. Quiero sentir su polla grande y dura dentro de mí. Me doy la vuelta y me pongo encima. La punta de su pene acaricia mi vagina y mi cuerpo tiembla de deseo. Me dejo deslizar lentamente, engullo su masculinidad pulsante. Marcos me deja un momento para que me acostumbre a su tamaño, luego me agarra de las caderas y empieza a moverse debajo de mí. Yo me adapto a sus movimientos, dejándome penetrar lo más profundo posible.

–¡Mírame! –me susurra.

Le miro a los ojos, le cabalgo mientras el me cabalga a mí. La energía salvaje entre nosotros me hace estremecer. Noto como mi bajo vientre se contrae preparándose para el orgasmo.

–¡Venga Carolina! –me exige y me clava más, con fuerza–. ¡Córrete para mí!

Dejo ir un grito ronco cuando por fin me corro.

Nos quedamos exhaustos.

–Nada mal, para empezar –dice Marcos guasón, acariciando mi espalda.

–Lo mismo digo –refunfuño, todavía algo aturdida por la intensidad de mi orgasmo–. ¿A qué te dedicas cuando no estás ligando con mujeres? –le pregunto.

–Soy ginecólogo. Todos los ligues son estudios en personas –contesta Marcos, perspicaz.

–Eso no te lo crees ni tú –le rebato–. Mientes como un bellaco.

–Tienes razón. De hecho, no trabajo mucho. He heredado bastante dinero y participo en varias empresas, como Liam. Pero no llevo las empresas, a diferencia de él, sino que me gusta trabajar de lo que soy capaz.

–Que sería...

–Acostarme con bellas señoras, disfrutar de la vida y de vez en cuando, implicarme en alguna acción social.

–¿No te aburres con el tiempo?

–Para nada. Si te acuestas con mujeres guapas es imposible aburrirse. Me encanta disfrutar de mi vida y si de vez en cuando compartes la vida con personas que

necesiten de tu ayuda en las partes más pobres del mundo, te das cuenta de qué bien estamos nosotros y qué significa gratitud verdadera.

–¿Y en qué partes has estado? –le pregunto, disfrutando de sus dedos en mi piel.

–Bueno, he visto bastante: He estado en Etiopía, Congo, Bolivia, Perú... pero lo que más me impactó emocionalmente fue un programa de ayuda infantil en Uganda.

La fundación que presido hizo construir un orfanato y yo estuve mucho tiempo ahí. Si has tenido la ocasión de mantener un huérfano en brazos que no se quiere separar de ti, sabes de qué hablo: Se te rompe el corazón.

Sacudo la cabeza. Marcos es capaz de sorprenderme una y otra vez. La imagen de heredero rico que vive su vida divirtiéndose me cuadraba con la primera impresión que tuve de él. Sin embargo, no me hubiera imaginado nunca que tuviera un corazón para huérfanos. Parece que no sea tan superficial como pensaba inicialmente.

–Tenemos que ir preparándonos para la fiesta –constata, dejando de acariciar mi espalda.

Como Liam, pienso algo frustrada. Cuando la conversación se vuelve íntima, Marcos responde con evasivas. Probablemente ni uno ni otro sea capaz de llevar una relación normal. ¿Álex también será así?

–¿Pero dónde se ha metido Liam? –pregunto mientras me visto–. ¿No debería haber vuelto hace rato?

–¡Mira, léete esto! –dice Marcos, alcanzándome su móvil–. Acaba de enviar un mensaje de texto al grupo. Me parece que te llegó a ti también.

Hola a los dos, ¿qué tal? Espero que sigáis vivos y estéis disfrutando ;-). A mí se me hará más tarde de lo previsto. Nos vemos en la fiesta. Hasta ahora, L.

«¡Hala! Esto deber haber costado una fortuna» pienso cuando Marcos y yo cruzamos la entrada del edificio iluminado. Parece que el organizador de esta fiesta haya alquilado todo el hotel de lujo en el que nos encontramos. Candelabros enormes emanan una cálida luz, las paredes están cubiertas por lonas impresas, esculturas de fantasía adornan la entrada y doncellas vestidas de sílfides se mueven sigilosamente dando la bienvenida a los huéspedes que van llegando.

–¿Qué tipo de fiesta es esta? –Me siento algo fuera de lugar en mi vestido de cóctel rojo. Los demás invitados en sus atuendos elegantes no parecen encajar del todo en este mundo de fantasía tampoco. «Alguien debería habernos avisados de que se trataba de una fiesta de disfraces» me digo a mí misma.

Marcos me señala una lona ubicada encima de la entrada de un gran salón de actos, en que pone, en letras mayúsculas

EL MUNDO DE LAS ALMAS – EL RETORNO

–Es la fiesta de lanzamiento del nuevo juego de la serie *El mundo de las almas*, de AmaroGames.

–Ajá, –comento–. ¿Y qué pintáis vosotros en todo eso? ¿Uno de vosotros es el dueño de la empresa?

–¡No! –contesta Marcos–. Venga, busquemos a Liam. Espero que nos haya reservado asientos.

Quiero preguntarle de qué asientos me habla, pero Marcos me coge de la mano y me arrastra consigo. Con mis tacones, tengo dificultad para seguirle.

–¡Eh! –me quejo–. No puedo ir tan rápido.

–Pues apúrate, quiero un asiento en primera fila –me contesta poco cortés, dirigiéndose hacia la entrada del salón.

–Y yo que creía que si os acostabais dejarais de pelearos de una vez –dice una voz detrás de mí. Dejo ir la mano de Marcos y me doy la vuelta.

–¡Liam!

Nos mira guasón.

–¿Cómo lo sabes..? –empiezo.

–No lo sé. Pero no puedo imaginarme que te resistieras a Marcos por mucho tiempo. Y él a ti, tampoco.

No sé qué contestarle, por eso solo hago un gesto con la mano, para quitarle importancia al asunto.

–Lo importante es que os hayáis divertido –añade Liam, guiñando un ojo.

–Bueno, no estuvo mal –contesta Marcos chulo.

–Oye tú. –Mis ojos brillan de ira.

–¡Basta! –zanja Liam cogiéndome del brazo–. Venga, vámonos que está a punto de empezar.

Entramos juntos al salón que está muy lleno ya. Los invitados, sentados en varias filas, miran con expectación hacia el escenario de tamaño considerable. Tanto el salón como el escenario están, igual que la entrada del hotel, adornados con coloridos motivos de fantasía. En el escenario hay una gran pantalla y delante de ella, un gran piano de cola blanco. Sílfides y seres fabulosos zumban por la sala ayudando a los invitados a encontrar su sitio. Liam se dirige hacia las primeras filas. Yo me coloco entre los dos chicos, expectante. No estaría de más que empezara la función, sea cual fuere, esto me permitiría relajarme. El día con Marcos ha sido extremadamente excitante, pero también un poco agotador. Todavía estoy bastante aturdida por la experiencia del paracaidismo y por el sexo explosivo con Marcos.

–¿Qué tal tu día? –pregunta Liam, pasándome amigablemente el brazo encima del hombro.

–¿Dónde empezar? –reflexiono y frunzo el ceño–. Primero batí a tu amigo jugando al bádminton, por lo que decidió tirarme desde un avión. Después de haber esquivado por poco este atentado intentó enmendarlo con cariño físico que tampoco le salió del todo bien.

–¡Bicho! –comenta Marcos, pellizcándome levemente el muslo–. Aparentemente, he sido aún demasiado bueno contigo.

–Ay.

Liam se ríe.

–Sois realmente una pareja divertida. ¿Qué le has hecho hacer, Marcos? ¿Paracaidismo?

Marcos dibuja una sonrisa y asiente con la cabeza.

–¡Creí que era hora de que se atreviese a hacer cosas!

–¿Qué era hora de que me atreviese a hacer cosas? Ya me parece bastante osado pasar el tiempo con dos tíos raros como vosotros –le rebato, enojada.

Liam se lleva el índice a los labios, indicando hacia el escenario:

–A callarse, está a punto de empezar.

–Es que me excita pelearme contigo –me susurra Marcos al oído, mientras acaricia mi muslo–. Ahora prefería estar en la cama contigo y follarte hasta dejarte inconsciente.

Sonrío, tiene razón. A mí también me divierte mucho. Si Marcos fuera mi pareja, seguro que me pondría muy nerviosa, pero en esta situación me excita. Tampoco me importaría cambiar este salón lleno de gente por una cama y compartirla con Marcos y Liam. Solo de pensar en la velada de anoche noto un cosquilleo agradable en mi bajo vientre. Dios mío, al final me volveré adicta al sexo.

¿Por qué seguimos aquí si podríamos pasar la noche de otra forma? Ya no me queda mucho tiempo con estos tíos locos, aunque muy atractivos.

Antes de poder formular la pregunta, hay movimiento en el escenario. Un señor, probablemente el jefe de la empresa de videojuegos, explica algunos detalles sobre el nuevo juego de *El mundo de las almas*. Bostezo, los juegos de consola no me interesan en lo más mínimo y en el piso de los chicos tampoco vi ninguna consola. Tampoco se parecen a esos tíos que no hacen otra cosa que jugar a la videoconsola todas las noches. ¿Qué estamos haciendo aquí, pues?

La pregunta se contesta por sí sola: de repente aparece otro señor, vestido de negro, que se coloca delante del piano de cola. ¡Pero... si es Álex!

–¿Es Álex verdad? –le pregunto a Liam, susurrándole al oído.

–Sí, es por él que hemos venido –contesta–. Álex ha compuesto la música del juego *El mundo de las almas*.

Al final, mi suposición de que Álex trabajara en el ámbito de la música no fue errónea.

Me alegra verle. Fue muy amable conmigo. A ver de lo que es capaz, pienso, y me acomodo en la silla. En la pantalla se proyectan diferentes escenas del juego y Álex empieza a tocar.

Cierro los ojos y disfruto de la música. Es fantástica.

La música de Álex es tan sensible que me llega hasta el alma. Noto como se me pone la piel de gallina.

–Bonito, ¿verdad? –susurra Liam.

–Sí, mucho. –Asiento con la cabeza.

–Es por eso que he querido que vinieras, para que oigas esto. Álex siente la música, es la persona más bella y comprensiva que conozco.

Sé muy bien porqué Liam me llevó a esta fiesta y porqué me dejó a solas con Marcos todo el día. No soy tonta, quería hacerme la boca agua con sus amigos. Tengo que admitir que lo ha conseguido. La sensación de no tener que decidirme por uno de los chicos, sino de poderlos tener a los tres, es indescriptible. Jamás me lo hubiera podido imaginar, pero ahora me siento más fuerte y atractiva que nunca. En los últimos meses, Tobías prácticamente ni se daba cuenta de mi presencia. Por lo que aun disfruto más de la atención de los chicos.

—Para ti —me invita Liam, pasándome una copa de *Prosecco*.

Después de la función nos hemos trasladado a otra sala, en la que se ha montado un bufé monumental. Comemos algunas *delicatessen* alrededor de una mesa de pié, en un rincón tranquilo.

La actuación de Álex ha sido todo un éxito y la gente no dejaba de aplaudir. Obviamente, la ovación era también para el videojuego, pero al salir oía gente entusiasmarse por la música.

—¿Eh, qué tal? ¿Os ha gustado? —De repente, Álex se planta delante de nosotros. No parece muy sorprendido de verme.

—¡Ha sido fantástico! —le digo.

Álex me da un beso en la mejilla.

—Qué bien que hayas podido venir. Esperaba volver a verte. Me alegro de que estés planteándote venir a vivir con nosotros.

¿Me pregunto de dónde habrá sacado toda esta información? Arqueo una ceja y miro a Liam.

—Le he comentado a Álex que de momento estás viviendo con nosotros. Tenía que preguntarle por si estaba de acuerdo y tú me prometiste que te lo pensarías.

Siento un nudo en el estómago. Todavía no he solucionado el problema de la vivienda. Sé que tarde o temprano tendré que decidirme: O me adapto a las reglas de los chicos y me quedo o cojo mis cuatro cosas y me voy a un hotel, o peor todavía, vuelvo a casa de mis padres.

—Tendrás que decidirte —le secunda Marcos—. Lo mejor sería esta misma noche.

Qué descarado, presionarme de esta manera. Imaginarme que a partir de mañana tengo que vivir con mis cuatro cosas en un hotelucho y buscar desesperadamente un trabajo, me hunde. Además, si acabo de empezar a sentirme mejor y reconstruir mi ego herido, no puedo irme todavía.

—¿Pero qué pasa con nosotros dos? —me dirijo a Álex, buscando apoyo—. Apenas nos conocemos. Puede que con el tiempo no nos aguantemos. ¿No puedo quedarme dos, tres días más con vosotros, así, sin más?

Liam sacude la cabeza.

—No, no puedes. Ya hemos incumplido demasiadas de nuestras reglas. Y lo de conocerse un poco mejor lo podemos remediar ahora mismo.

Me enseña una tarjeta.

—¿Qué es esto? —pregunto.

—La llave de una habitación. Acabo de reservar una habitación en este hotel.

Trago saliva.

—¿Nos quedamos a dormir aquí?

—No, no pasaremos la noche aquí. Solo queremos festejar y tal vez follar un poquito —contesta Liam con voz ronca.

Me ha cogido completamente por sorpresa. ¡El canalla lo ha planificado todo! Y yo, necia de mí, he caído en la trampa, como una boba.

¿Pero, no me he metido yo solita? Hasta ahora, ninguno de los tres chicos me ha obligado a hacer nada. Liam es muy bueno manipulando a la gente. Ha logrado que la idea de quedarme sola las próximas semanas me provoque más malestar que quedarme con ellos. Nunca he vivido tantas cosas en tan poco tiempo y hacía mucho que no me sentía tan bien, como si estuviera colocada permanentemente. No sé si aguantaría pasar un mono ahora.

—¿Qué dices Carolina? —Liam me mira directamente a los ojos—. ¿Te has decidido? Al coger esta tarjeta, prometes quedarte con nosotros y firmar el contrato. Si no, mañana mismo buscamos un hotel.

—Pero si ni siquiera he visto el contrato —contesto, algo desesperada. Tengo la sensación de que las personas de nuestro alrededor siguen nuestra conversación, aunque eso es imposible. Estamos demasiado lejos.

—Pues te dejamos la oportunidad de leértelo ahora. Llévate la tarjeta, lo encontrarás en la habitación, en el escritorio. Te dejaremos un poco de tiempo. De todas todas, Álex tiene que conversar con algunas personas. Digamos que subimos en una hora, entonces queremos escuchar tu decisión.

Miro a Liam con ojos como platos. Ahora entiendo porque tiene que tener mucho éxito en su profesión. Parece tan frío y calculador, para nada tan amable y atento como en otras ocasiones.

—¿Y qué? —pregunta, enseñándome la tarjeta.

Alcanzo la tarjeta, vacilando.

—¡Trae!

Me miraré el contrato. Siempre estoy a tiempo de salir corriendo.

Mientras atravieso la sala, con la tarjeta llave en la mano, mi corazón late a mil. En mi espalda, noto las miradas de los tres hombres.

—¿De verdad crees que se va a la habitación? Tal vez salga corriendo —susurra Marcos, tapándose la boca.

Le oigo de todos modos.

Preferiría caminar más rápido para que me perdieran de vista, pero me obligo a caminar lenta y erguida. No quiero que vean lo confusa que estoy. Quiero acabar rápido con todo esto y leer el contrato antes de que pierda el valor y salga corriendo de verdad. Cómo he podido llegar hasta aquí y reflexionar seriamente sobre la posibilidad de entrar a vivir en este piso de locos. Así como al principio estuve horrorizada al oír la finalidad del piso compartido, ahora tengo tanta o más curiosidad para ver lo que se avecina. Ya he cruzado el límite de lo 'normal'. Nada es ya normal desde que conozco a los tres chicos, y eso es exactamente lo que empieza a gustarme.

Compruebo el número de la habitación en la tarjeta llave, entro al ascensor y aprieto el botón del tercer piso. Las puertas están a punto de cerrarse cuando una pareja entra corriendo el ascensor. Parecen pertenecer a la plantilla de la empresa de videojuegos: Los dos llevan una chapa que reza: *AmaroGames Staff*.

—¡Qué fiesta más guay! ¿Verdad? —dice el hombre.

Asiento con la cabeza.

—Esa música. —Se apasiona su acompañante, una chica guapa de pelo oscuro—. Álex Guillén es realmente un genio. Ha sido muy divertido trabajar con él.

—¿Te gusta o qué? —bromea el joven.

—Pues no lo echaría de mi cama. Tiene un carisma increíble. ¿Usted qué opina? —La pregunta va dirigida a mí.

Me encojo de hombros.

—Oye, tú. —Su novio le da un empujoncito—. ¿Estás loca o qué? ¿Quieres ponerme celoso?

—No, no. —se ríe su novia—. Solo quería cabrear un poco. No se ha interesado para nada por mí. Creo que solo vive para su música.

«Si supieras» pienso, saliendo del ascensor.

Pero la chica tiene razón: Álex realmente tiene un carisma muy especial, sobre todo cuando está en su elemento. Qué dirían si supieran que me quiere a mí, y que no es el único...

Y mis amigas, ¿qué dirían de toda esta situación? No sé si lo quiero saber.

Sopeso llamar a una de ellas y explicárselo todo. Pero ¿y luego, qué? Al final, soy yo quien tengo que decidir y puede que sea mejor que nadie sepa nada de todo eso.

Me paro delante de la habitación 311. Es aquí. Respiro hondo una vez más. Luego me incorporo, abro la puerta con la tarjeta llave y entro en la habitación.

Está decorada con muy buen gusto: una cama gigante, un televisor negro de pantalla plana, un tresillo pequeño y un escritorio sobre el cual posan un sobre negro de tamaño A4, un bolígrafo y una cajita negra. Paso del sobre y voy primero al baño para comprobar mi imagen en el espejo.

Todo en orden. «Que guapa eres» me digo a mí misma.

El vestido rojo que compré con Liam para fastidiar a Tobías realmente me favorece. Unas cuantas manchas en el escote dan fe de mi excitación. Por lo demás, no se me nota nada mi tensión, al menos no exteriormente.

Alivio mi vejiga. Decido mirar qué hay en el minibar antes de abrir el sobre de color negro.

«Brr, qué amargo» hago una mueca, asqueada.

¿A quién diablos le gusta el whisky?

Agarro esa botellita porque es la que tiene más porcentaje de alcohol, pero el líquido amarillento no me gusta nada.

«Venga, Carolina, no te distraigas. Abre el sobre», susurra mi mente.

Estoy un poco mareada al acercarme al escritorio. El sobre no es que pese mucho.

Lo abro con mano trémula y extraigo el contenido.

¡Respira hondo, Carolina!

Cierro los ojos un momento y empiezo a leer la primera página, una nota de Liam, escrita a mano.

Querida Carolina:

Me alegro mucho de que hayas abierto este sobre.

Léelo con tranquilidad y decide luego. No te obligamos a nada.

Pero, en caso de que lo firmaras, te prometo que no te arrepentirás.

Liam

P.D. Sé que tienes problemas en aceptar nuestro dinero (ya me lo has comentado varias veces), por eso he adaptado el apartado en cuestión. Te pagaríamos para ocuparte del piso e ir de compras de vez en cuando y no por ciertos extras (aunque se sobreentiende que vayan incluidos;-)). Tal vez así te sea más fácil. La cajita negra es un regalo para ti, pero solo cuando hayas firmado.

Dejo de lado la carta, me siento en la cama y empiezo a leer el contrato.

Ufff..., tengo la cabeza como un bombo, necesito más alcohol. Me acerco al minibar, saco una botellita de vino blanco, abro el cierre de rosca y bebo el contenido a morro.

El contrato es más extenso de lo pensado. Uno de los puntos más importantes es la confidencialidad: No puedo hablar con nadie sobre los tres chicos, ni decir como se llaman ni que vivo con ellos ni todo lo que hacen conmigo. Obviamente lo entiendo, no se pueden permitir publicidad negativa, ninguno de los tres.

Otro punto es el compromiso de hacer el amor siempre que ellos quieran. Solo tengo derecho a decir que «no» si, por ejemplo, no me encuentro bien. Menos mal que no he encontrado ningún apartado que hable de juegos sadomaso. Si firmo me comprometo a quedarme cuatro semanas. Una rescisión anticipada es posible solo bajo circunstancias especialmente adversas y solo con el consentimiento de las dos partes. Al leer el siguiente apartado me quedo sin aliento. Para “mantener el piso” recibo al finalizar las cuatro semanas 30.000 euros, esto es 7.500 euros por semana, para quedarme a vivir en una vivienda de lujo y acostarme con los hombres más atractivos e interesantes que he conocido jamás.

«Estarías loca de atar si no firmaras eso», me advierte mi feminidad.

El dinero me solucionaría todas mis preocupaciones. Podría amueblar un piso nuevo, buscarme un trabajo y empezar de nuevo. Tengo el pulso a cien. Respiro hondo y alcanzo el bolígrafo.

«Maldita sea –pienso– lo haré». Paso las hojas hasta llegar a la última página y pongo mi firma.

¡Dios mío, lo he hecho!

Me tiemblan las manos cuando alcanzo la cajita negra, me siento con ella en la cama y tomo otro trago de la botella de vino.

Abro el cofrecillo.

En el, un anillo de plata con una piedra azul, colocado en medio de un cojín de color blanco. A su lado, otra hoja doblada. La abro y empiezo a leer:

Querida Carolina:

Te has decidido al fin. ¡No sabes cuánto nos alegramos!

La piedra del anillo es un diamante azul. Estas piedras son extraordinarias, tan extraordinarias como las mujeres por las que nos decidimos. Lleva el anillo durante el tiempo que estés con nosotros y después, siempre cuando te apetezca. Eres una persona muy especial, no lo olvides nunca.

Liam, Marcos y Álex

Se me escapa una sonrisa. A su manera extravagante, los tres chicos son muy dulces. Saco con cuidado el anillo de la cajita y lo deslizo sobre mi anular. Parece hecho para mí. ¿A cuántas mujeres les habrán regalado un anillo de estas características? Mejor no darle más vueltas.

¿Habrá escogido un anillo a propósito?

Me acuerdo de un conjuro de *El Señor de los anillos*:

Un Anillo para gobernarlos a todos

Un Anillo para encontrarlos,

Un Anillo para atraerlos a todos

y en las tinieblas atarlos.

(Fuente: El Señor de los anillos)

¿Habré vendido mi alma también? ¿No sería mejor envolver otra vez el anillo, destripar el contrato y desaparecer cuánto antes?

Unos golpes en la puerta me sacan de mis pensamientos.

¡Demasiado tarde! Se ha acabado el tiempo de reflexión. Ya he firmado. Dios, he firmado el contrato. ¿No hubiera sido mejor leerlo con más detenimiento? ¿Qué pasará ahora? ¿Qué me espera?

La adrenalina me invade todo el cuerpo. Mi corazón va a mil.

Antes de poder levantarme y dirigirme hacia la puerta, se abre de par en par.

Confusa, miro primero el anillo, luego la puerta.

–¿Estás bien? –Tres hombres en traje negro me están observando.

Liam enseña una tarjeta llave:

–La otra llave –refunfuña, su mirada se posa en el anillo en mi mano.

–¿Te has decidido? –pregunta incrédulo.

Asiento con la cabeza.

Se me acerca y me abraza, tempestuoso:

–¡Eso es fantástico!

–Has ganado tú –le digo en voz baja.

–No te arrepentirás –me rebate–. Te lo prometo.

De eso, no estoy del todo convencida, pero me complace ver que todos se alegran.

Marcos y Álex también me abrazan. Marcos levanta una botella de champán.

–Para empezar, ¡un brindis! A la fantástica actuación de Álex y a nuestra nueva compañera de piso.

–Buenos días cariño –Liam me acaricia la espalda–. ¿Has dormido bien?

–Hm. –refunfuño. No me hubiera podido imaginar poder dormirme después de la velada de anoche, pero mi cuerpo estaba tan exhausto que me quedé dormida en el acto.

Al acabar la botella de champán, me quedé tan hecha polvo que Liam llamó a la limusina para que nos llevara a casa. Menos mal que mis compañeros eran de la opinión de que el día ya había sido lo suficientemente excitante para mí y que era mejor que me fuera a dormir. Casi por costumbre, decidí volver a dormir con Liam.

El mismo que está estirando sus músculos y me mira sonriendo:

–No veo la hora de que se haga de noche –me susurra al oído.

–¿Y eso por qué? –pregunto cautelosa.

–Porque festejaremos tu iniciación.

–¿Mi qué?

–Pues tu estreno como inquilina de nuestro piso.

–¿Y eso qué significa? –pregunto alarmada.

–Es lo que dice el contrato. Tal vez hubieras tenido que leerlo con más detenimiento –me contesta divertido.

«Oh no –me digo a mí misma–. ¿Qué vendrá ahora? »

–¿Me harías el favor de explicarme qué quieres decir con “estreno como inquilina”? –insisto.

–Me encanta que seas tan inocente –opina Liam, besándome la frente, y desaparece hacia el baño, sin contestarme.

«Maldita sea», pienso y saco las piernas de la cama.

Busco mi bolsa de viaje y empiezo a revolverla. En algún sitio tiene que estar el contrato. Me acuerdo vagamente que anoche lo puse en esta bolsa.

¡Aquí está!

Saco el sobre, desenfundo el contrato y busco el apartado que mencionó Liam.

El texto solo dice algo sobre “Introducción de la inquilina a la convivencia, un día después del día de la mudanza”. No hay más aclaraciones sobre el tema.

¿Qué quería decir Liam? Me quedo pensativa, mordiéndome los labios.

–Hola pequeña tigresa. ¿Por qué frunces el ceño? ¿Es que te ha hecho enfadar Liam? –Marcos está apoyado en el marco de la puerta, una taza de café en su mano, observándome. El pelo rubio lo tiene aún un poco mojado, parece haberse duchado. Una gota de agua se busca la vía a través del pecho desnudo y musculoso hasta caer encima de los vaqueros.

Trago saliva. Parece un modelo sacado de un spot publicitario para vaqueros. Extremadamente sexy.

–Estoy buscando un apartado en el contrato. Liam me acaba de decir que le hace mucha ilusión festejar mi iniciación esta noche. Quiero saber a qué se refiere –contesto, esperando a que Marcos revele más.

Pero éste solo me regala una sonrisa, encogiéndose de hombros.

–Lo siento, pero en esto no te puedo ayudar. De todas formas, en el contrato no encontrarás ningún detalle al respecto. Además, sería aburrido. ¿Por qué no te dejas sorprender?

Maldita sea, siempre estos secretos.

–¡Gracias por tu ayuda! –le espeto, tirándole un cojín que estaba en el suelo. Marcos esquiva el cojín con destreza, coloca la taza de café en el escritorio de Liam y empieza a acercarse. Me levanta del suelo, me atrae a su pecho desnudo y me agarra del pelo.

–A ver si esta noche también estás tan arisca –me susurra al oído, y me besa. Yo le devuelvo el beso, brevemente, para luego morderle el labio. ¡Él se lo has buscado!

–¡Ay! –se queja Marcos, pasándose la lengua encima del sitio que le acabo de morder–. ¡Qué bicho eres! Tienes suerte de que tenga reuniones y no me pueda pasar el día contigo.

–¿Por qué? ¿Si no qué?

–Ya lo verías. Ahora que vives con nosotros tendremos la oportunidad de desfogarnos.

–¿No sois capaces de juntaros ni dos minutos en un espacio sin pelearos, verdad? –comenta divertido Liam al volver.

Se está secando el pelo aún mojado con una toalla, completamente desnudo. Fijo mi mirada primero en él, luego en Marcos. Los dos saben muy bien como meterse en escena. Me siento como en un concurso de modelos masculinos. Todas y cada una de mis amigas se volverían verdes de envidia. A mí tampoco me deja indiferente. Pienso en las últimas experiencias sexuales con Liam y Marcos y noto como se me expande un agradable cosquilleo en el bajo vientre.

–Más tarde tengo una reunión –me informa Liam, mientras se viste–. Hoy te hará compañía Alex. Me parece más que correcto, al fin y al cabo, todavía no habéis tenido ocasión para pasar tiempo juntos. Nos veremos todos esta noche para tu iniciación. –Se ríe indecentemente.

Hago una mueca.

–Te gustará, ya verás, angelito –Liam me guiña un ojo y me estampa un beso en la frente–. Disfruta del tiempo con Álex y ponte cómoda en la habitación de invitados. Ahora es la tuya.

–Entonces, ¿a partir de ahora ya no dormiré contigo? –le pregunto.

–Si quieres puedes seguir haciéndolo, pero créeme, habrá días que necesitarás tu espacio.

Marcos asiente con la cabeza:

–Liam tiene razón. Cuando se comparte piso, es importante tener un sitio donde retirarse –opina, cogiendo la taza de café–. He preparado el desayuno para todos. Si los señores están listos, les invito a acompañarme a la cocina.

–¿Estás bien? –pregunta Liam, en cuanto Marcos sale de la habitación.

Me encojo de hombros:

–Sí, en un principio sí.

–No te preocupes, no haremos nada que no te guste. Relájate. Estoy seguro de que disfrutarás del tiempo que estés con nosotros –concluye Liam y me vuelve a regalar un beso en la frente.

–Si tu lo dices... –Sigo sin estar convencida. Es cierto que hasta ahora me ha gustado todo lo que me han propuesto, pero ¿seguirá la tónica?

Lo que me preocupa un poco es que no sé como es Álex. Me cae muy simpático, pero hasta ahora no he tenido ocasión de conocerle mejor. Es una sensación extraña saber que me quedará sola con él y que querrá acostarse conmigo. Es que no soy una de estas mujeres escogidas por los chicos. Hasta ahora ni me lo podía imaginar que existiera una cosa así, ahora formo parte de ella.

–Escúchame Caro, si creyera que no encajas con nosotros, no te habría hecho venir a vivir con nosotros –rebate Liam–. Si quieres, podemos definir una palabra clave. Así, si hubiera algo que no te gustara para nada, dices la palabra clave y nosotros pararemos enseguida.

No suena mal. Si Liam, Marcos y Álex se atienen a este acuerdo, al menos tengo una vía de escape.

–¿Esto de definir una palabra clave, lo hacéis siempre? –pregunto.

–Si las mujeres así lo desean, sí. Pero hasta el día de hoy ninguna ha tenido que emplearla. Le damos mucha importancia a que nuestras damas estén contentas, creo que has tenido la posibilidad de comprobarlo.

–¿Y cuántas mujeres han vivido ya en este piso?

–Olvidate –se ríe Liam–. No voy caer en la trampa. Ya te comenté que con las mujeres actuales no hablamos sobre las que han estado aquí anteriormente. Si no, la cláusula de confidencialidad en el contrato no tendría ningún sentido.

–Pero por lo menos me podrías explicar cuántas han sido. No tienes que decirme nombres –le rebato.

–Déjalo correr, Carolina. Concéntrate en tu estancia. No tiene que interesarte lo que fue con las demás.

«Sin embargo, me interesa, y cómo». Pero esto solo lo pienso y no lo digo en voz alta. Tal vez tendría que intentar obtener la información de Marcos o Álex, puede que sean más comunicativos que Liam. No me doy por vencida tan fácilmente.

–Cómo quiera el señor –le contesto. Me visto con unos vaqueros y un suéter sencillo.

–¿Por qué no me creo que lo digas en serio?

–Ni idea –rebato.

Se me acerca y me mira a los ojos:

–Me prometes que intentarás disfrutar de tu estancia, ¿sin hacer preguntas constantemente?

Asiento con la cabeza, no tengo ganas de pelearme con Liam.

De todas formas, no voy a renunciar a mis pesquisas. Que se olvide de ello. La curiosidad, al final, siempre me vence.

Cuando entramos en la cocina, Marcos ya ha puesto la mesa.

Qué buena pinta tiene todo. Detengo mi mirada en las delicias que ha preparado Marcos. Cocinar y presentar la comida parece gustarle mucho: Pequeños platos con macedonia, salmón, una tabla de quesos, panecillos y zumo de naranja natural recién exprimido, invitan a disfrutar del manjar.

No me acuerdo de cuando fue la última vez que un hombre me preparó un desayuno así. Tobías pertenecía más bien al bando «Eso es cosa de mujeres», por eso ahora disfruto tanto que me mimen.

–Marcos, ¿te puedo ayudar en algo? –pregunto.

–Podrías despertar a Álex –contesta.

¡Álex, es verdad!

Faltaba alguien.

Al oír su nombre, me sube la adrenalina. ¿Como será pasar el día con él sabiendo que muy probablemente querrá acostarse conmigo?

Hace solo unos días, no me podía ni imaginar como sería vivir en un piso con tres chicos y acostarme con cada uno de ellos.

Es algo extravagante, y muy sexy.

–De acuerdo –asiento con la cabeza–. Voy a ver si se ha levantado.

La habitación de Álex está al fondo, justo al lado de la de los invitados. Llamo a la puerta, pero no se mueve nada.

–¿Álex? –llamo en voz baja.

No hay respuesta. Abro poco a poco la puerta y entro en la habitación.

¡Vacía! La habitación está vacía, la cama bien arreglada y las cortinas recogidas. Tal vez esté en el baño. Vuelvo a cerrar la puerta y le busco en el cuarto de baño. Pero tampoco está ahí.

Vuelvo a la cocina, encogiéndome de hombros.

–Álex no está.

–¿Ah no? –Marcos arquea una ceja–. ¿Has mirado en el baño?

–Sí, pero no estaba tampoco y su cama está hecha. ¿Tal vez volvió a salir anoche?

–No lo creo –opina Liam, mientras nos sirve café–. No querrá perderse el día contigo. Probablemente se haya levantado muy temprano y esté preparando algo. Con Álex nunca se sabe. ¿No ha dejado ninguna nota?

Niego con la cabeza:

–No creo, al menos yo no he visto nada.

–Ya aparecerá. Empecemos a desayunar. No tengo mucho tiempo, en media hora tengo que salir –invita Liam y se sienta en la mesa del comedor.

–Yo también tengo que salir de aquí poco. Parece que tendrás tiempo para arreglar tu habitación. Seguro que volverá –comenta Marcos, sorbiendo su café–. Como muy tarde, esta noche para celebrar tu iniciación. Lástima que no tenga tiempo, si no, ya empezaría a calentarte follándote un poco–. Me regala una sonrisa lasciva.

–A mí también me gustaría cambiar –suspira Liam y acaricia mi muslo–. Ya sé qué haría contigo.

Noto como mis pezones se endurecen. Los chicos son capaces de poner en marcha una película en mi cabeza que no me deja pensar en otra cosa que no sea el sexo. Menos mal que no está Álex, así puedo disfrutar de un poco de tranquilidad. Quién sabe lo que me espera esta noche...

–Hasta esta tarde, angelito –Liam se despide poco después, besándome otra vez con tal intensidad que me quita el aire–. Disfruta del día.

Asiento con la cabeza, aturdida. Liam besa tan bien. Cada vez que lo hace me fallan las piernas.

Se pone la chaqueta, me tira un beso y desaparece hacia el pasillo.

Marcos está apoyado en la barra de la cocina y sonríe.

–¿Qué pasa? –pregunto, de mala gana.

–Liam te gusta, ¿verdad?

–Pues claro, ¿estaría aquí si no?

–Y yo, ¿también te gusta?

–No –le rebato fresca–. A ti solo te aguanto para poder acostarme con Liam.

–Qué cabrona –gruñe Marcos, atrayéndome hacia su pecho–. Tienes suerte de que no tenga tiempo, si no te zurraría un poco.

Me besa el cuello mientras su mano se queda quieta en mis nalgas ostensivamente.

–Qué lástima –contesto respondona.

–Déjate sorprender –dice Marcos sonriendo. Me regala un beso en la mejilla como despedida–. ¡Hasta luego! –me saluda, saliendo del piso.

Me quedo sola y me siento un momento en el sofá. Mi corazón va a mil. Las continuas alusiones al extraño ritual de iniciación me ponen muy nerviosa. ¿Qué tendrán planeado? Por supuesto, no consentiré ningún tipo de juego sadomaso. Es más, espero que ni siquiera lo estén sopesando, porque en el contrato, no he visto nada de que esté obligada a participar en juegos de este tipo. Pero claro, el concepto es de sentido muy amplio, y cada uno lo puede interpretar a su manera.

Además, me desconcierta la desaparición de Álex, sin decir nada a nadie. ¿Tal vez vuelva para pasar el día conmigo? Y si así fuera, ¿querrá también acostarse conmigo?

Estoy muy confusa, por eso decido hacer algo normal y guardar mis cosas en la habitación de invitados. Tal vez me ayude a distraerme.

«Increíble, solo hace un par de días que pasé la noche aquí» pienso al entrar en la habitación de invitados.

Durante mi primera visita a este piso, en ningún momento pensé en entrar a vivir con ellos. Todo lo que he vivido desde entonces me crea la sensación de que han pasado varios meses, no algunos días.

Como el resto del piso, la habitación de invitados está amueblada con mucho gusto. El suelo es de madera oscura, las paredes pintadas en color pastel y la enorme cama Box Spring invita a acurrucarse.

Con bastante dificultad, balanceo la primera caja a la habitación y la dejo delante del armario blanco. Madre mía, ¡Cómo pesa!

«De hecho, los chicos hubieran podido ayudarme y llevar las cajas a la habitación –me digo a mí misma–. A nadie parece habersele ocurrido la idea».

¡Hombres! Convives con tres ejemplares fuertes, pero al final todo lo haces solita, incluso cargar con las cajas. Me sacó los mechones de pelo de mi cara y respiro hondo. De acuerdo, vamos: ¡A por la próxima!

Al pasar por delante de la cama, me llama la atención un objeto.

¿Qué es esto?

Encima de la colcha hay un sobre negro. No me había fijado en él, con tanto trajín.

Me acerco intrigada:

Carolina

Pone en una letra muy masculina. ¿Qué será? ¿Un saludo de bienvenida?

Abro el sobre con curiosidad y saco un papel de tina, de aspecto caro. Quienquiera que fuera el autor, antes de escribir la nota ha perfumado el papel. Huele vagamente a cedro, mezclado con un olor a ante: muy masculino y muy sexy.

Despliego la carta, expectante.

Carolina:

Me alegro mucho de que compartas nuestra vivienda con nosotros. Por lo visto, Liam y Marcos ya te han convencido de que vale la pena pasar el tiempo con nosotros. Yo también quisiera ofrecerte una experiencia inolvidable y por eso te pediría que me acompañaras a almorzar. El chofer te recogerá a las 13.00h.

Tengo ganas de verte,

Álex

Con manos temblorosas vuelvo a doblar la carta. Hubiera sido demasiado fácil pasar el día por mi cuenta y encontrarme con Álex por la noche.

Recuerdo las palabras de Liam de esta mañana cuando dijo que no se podía imaginar que Álex quisiera perderse un día conmigo.

Me parece que tendrá razón, aunque un almuerzo promete ser más bien inofensivo.

Entonces, ¿por qué estoy tan nerviosa?

Probablemente porque no sé si la cosa se quedará en una comida. Con los chicos, nunca sabes qué están tramando. Esto lo aprendí rápido, aunque haya pasado muy poco tiempo con Liam y Marcos. Muy probablemente, Álex sea de la misma cepa. Me cayó simpático desde el principio, pero de hecho, no sé nada de él. Es lo que hace que me corra sangre por las venas y lo que más me excita: La incertidumbre de lo que vendrá y las ideas alocadas de mis compañeros de piso. Con ellos, nada es normal.

Tal vez sea mejor que me prepare y averigüe qué encuentro en los diferentes buscadores sobre Álex. El intento de hallar más información sobre Liam en Internet fue un fracaso. Quizá tenga más suerte con Álex.

Decido posponer arreglar mis cosas. Hasta las 13h faltan más de tres horas todavía, tiempo suficiente para ocuparme primero de mis pesquisas.

Con la firma del contrato he consentido también una cláusula de confidencialidad, pero en ningún momento se habla de que no pueda hacer averiguaciones. Liam me pidió de no seguir indagando, pero no se le pregunto a él, si no a Internet.

A la larga, nadie puede prohibirme que quiera averiguar más sobre los chicos. Hay unas cuantas cosas que me interesan vivamente. Lo peor que me pueda pasar es que quieran deshacerse de mí. En tal caso no estaría peor que hace algunos días, cuando Tobías me echo de casa. Y si soy lista, no se darán cuenta de que he estado buscando información sobre ellos. Creo que es mi derecho saber más de las personas con las que comparto casa.

Busco mi smpartphone en la habitación de Liam y me acomodo en el salón.

A ver qué pasa si entro “Álex Guillén” en Google. Tecleo el nombre y doy al botón de búsqueda: la pantalla me enseña un número considerable de resultados.

En primer lugar aparece la entrada en Wikipedia, bajo el término “Álex Guillén”. Hago clic en el enlace.

El texto dice que Álex proviene de una familia de músicos. Su padre, ya fallecido, era un conocido autor de canciones, por lo que Álex estaba en contacto con la música desde muy pequeñito. Además, se menciona su año de nacimiento. Según este dato, Álex tiene 34 años. En el caso de que Liam y Marcos sean de la misma promoción, los tres tendrían que tener ahora entre 34 y 35 años. Yo les echaba treinta y pocos. Al menos conozco la edad de mis anfitriones, por algo se empieza.

En el artículo de Wikipedia se menciona una hermana mayor. Sigue un largo listado de títulos compuestos por Álex para diferentes películas de cine y juegos para videoconsolas.

No dice nada sobre su vida privada.

Rastreo los demás resultados y encuentro varios títulos compuestos por Álex, distinciones y premios, pero nada sobre relaciones, líos amorosos, hobbies u otra cosa sobre su vida privada.

Igual que Liam, Álex parece mantener su vida privada en secreto.

«No puede ser» me digo a mí misma. De alguna forma tiene que ser posible encontrar información adicional sobre el ámbito privado de mis compañeros. Si no lo logro a través de Internet, tengo que buscar otra forma.

¿Pero cómo?

Algo frustrada, apago mi móvil y decido poner orden en mi habitación.

No me queda mucho tiempo. He perdido más de una hora con la búsqueda inútil en Internet. Si quiero poner orden, ducharme y cambiarme, tengo que darme prisa.

Trajino lo que queda de cajas y las bolsas de viaje en la habitación de invitados y abro el armario blanco.

¿Pero eso qué es? Una mitad del armario está vacía, pero en la otra cuelgan diferentes vestidos: camisones de encaje, vestiditos muy ajustados que en la vida llevaría para salir a la calle y algún que otro disfraz malicioso.

Saco uno de los vestidos: exactamente mi talla. ¿Tal vez los chicos seleccionen su compañera de piso según la talla?

Abro uno de los cajones y examino la ropa interior sexy que encuentro en él. Esta también tendría que quedarme bien, incluso los sostenes son de mi talla. Todas las prendas están pensadas para estimular la fantasía masculina. Sin embargo, no es que me excite tanto la idea de que estas cosas las llevaran otras mujeres anteriormente. No tengo nada en contra de la ropa de segunda mano, ¿pero ropa interior? Esta claro que no la llevaré nunca.

Vuelvo a cerrar esta parte del armario y guardo mis cosas en la otra mitad.

Sentada en el salón, estoy esperando al chofer. Me acabo de arreglar, llevo una falda negra y una blusa semitransparente de chifón. Solo con pensar que de aquí poco estaré a solas con Álex, siento un cosquilleo en el estómago.

«Contrólate, Carolina» me digo a mí misma. ¿Si ya me pone nerviosa esto, cómo estaré esa tarde, cuando festejemos mi iniciación?

Tengo que encontrar urgentemente una técnica para dominar mi excitación.

El timbre de la puerta me saca de mi ensimismamiento y me provoca un pequeño subidón de adrenalina.

Tiene que ser el chofer.

¿Cómo será mi primera cita con Álex?

Respiro hondo una vez más, controlo mi imagen en el espejo del pasillo, empuño mi bolso y abro la puerta.

Me encuentro al chofer que ya nos llevó a Liam y a mí. Parece que Liam y Álex comparten la limusina y el conductor.

«¿Qué pensaré de mí?» me pregunto. Noto como me suben los colores.

–Hola –le saludo, algo cohibida.

El chofer insinúa una reverencia:

–Buenos días, *Mademoiselle* López. ¿Está usted lista?

Le miro asombrada. No tenía claro que conociera mi nombre. ¿A cuántas amantes de los chicos habrá paseado en su coche?

–Sí, gracias –le contesto, algo incómoda, agarrándome a mi bolso.

El chofer asiente con la cabeza y llama al ascensor, mientras yo cierro la puerta del piso. Esperamos en silencio a que llegue el ascensor.

Con Liam al lado era diferente. Quedarme a solas con el chofer me es incómodo. No estoy tan impasible como pensaba. Tal vez Liam tenga algo de razón cuando dice que soy mona porque soy inocente. Definitivamente, todavía tengo que acostumbrarme a situaciones como éstas.

«Lo mejor será sentarme en el asiento posterior y subir la mampara» pienso, mientras jugueteo con un mechón. Por otro lado sería una buena ocasión para intentar averiguar más sobre mis compañeros de piso. Si soy hábil en hacerle preguntas, tal vez el chofer de Liam y Álex me proporcionen información.

El ascensor llega y el chofer, muy educado, me deja pasar primero.

–¿Cuánto tiempo hace que trabaja para los señores Guillén y Aldeconde? –pregunto.

Después de un momento de reflexión, contesta:

–Ahora hará casi tres años.

«Tres años... Seguro que se ha enterado de cosas», pienso. Vuelvo a intentar mi suerte:

–¿Y cuánto hace que los señores tienen esta vivienda?

–No sé exactamente –contesta reticente-. De todas formas, desde que trabajo para los señores seguro.

–¿Y desde entonces lleva en limusina también a las señoras de turno? –Insisto, intentando dar a mi voz un tono firme.

–Escúcheme, Señora. Creo que los señores Aldeconde y Guillén están contentos conmigo porque no hago preguntas y hablo poco. Es mejor que usted también se atenga a ello –rebate, indicándome el camino hacia la limusina. Le sigo, decepcionada.

No hace falta que active el botón para subir la mampara, ya lo hace el chofer, nada más haberme sentado. Por lo visto es su manera de decir que no desea mantener más conversación.

Vaya, tampoco me ha aportado mucho más. La única información nueva es que llevan juntos en este piso desde hace por lo menos tres años.

«Lástima que el chofer no quiera decirme más» me digo, mientras contemplo el anillo, ensimismada, que me regalaron Liam, Marcos y Álex. Es muy probable que el chofer también haya firmado una cláusula de confidencialidad.

Llegamos a destino veinte minutos más tarde. Observo con interés el inmueble, una pequeña villa antigua, que parece algo perdida entre dos edificios modernos.

Encima de la entrada, pone en letras doradas

“*Carpe noctem*”

¿*Carpe noctem*, aprovecha la noche? Qué nombre más raro para un restaurante. Sin embargo, se trata de un restaurante, lo pone debajo de la escrita dorada.

“*Carpe noctem*”

RESTAURANTE

Suspiro aliviada. Aparentemente, Álex solo quiere comer conmigo. El chofer taciturno me deja a la merced de mi destino, despidiéndose con un escueto:

–El señor Guillén la está esperando.

«De acuerdo –pienso, incorporándome-, a ver qué tal la primera cita con Álex».

Después de la luminosidad de la calle, mis ojos necesitan un momento para adaptarse a la luz débil del interior del restaurante. Me encuentro en una especie de vestíbulo, cuyas paredes están pintadas de negro. No hay ventanas y como única fuente de luz brillan algunas velas.

En la recepción, una señora de mediana edad, estatura baja y pelo marrón me saluda amablemente.

–¡Buenos días, bienvenida a *Carpe noctem*! ¿Le importaría dejar su abrigo en el guardarropa? La están esperando.

–Hola, no, ningún problema –le contesto, preguntándome porqué diablos tiene que llevar unas gafas de sol en este ambiente de penumbra.

–Sígueme por favor –invita la señora, abriendo una enorme puerta de color negro al lado de la recepción. Entreveo una escalera de caracol de piedra que lleva al piso inferior. Al acercarme al vano de la puerta, mis tacones hacen clic clac encima del suelo de madera.

–Mejor si se quita los zapatos ahora –propone la señora, señalando mis pies.

«¿Quitarme los zapatos? –pienso-. ¿Para qué? ¿En qué restaurante hay que descalzarse?»

De acuerdo, la escalera de caracol está muy poco iluminada y parece bastante empinada, pero me creo capaz de bajarla sin problemas a pesar de mis tacones. Ya he logrado subir y bajar otro tipo de escalera.

–¿Usted cree? –vuelvo a preguntar para asegurarme.

–Sí –asiente con la cabeza-. Abajo tiene que descalzarse de todas formas.

Me encojo de hombros. Me descalzo los zapatos, los cuelgo de la mano y pensativa, sigo a la extraña señora con gafas de sol escalera abajo. No había oído nunca que haya que descalzarse en un restaurante, por lo menos no en uno normal. Solo sé de restaurantes japoneses: ahí a veces te dan unas pantuflas bordadas. Pero *Carpe noctem* no me suena japonés, para nada.

La esperanza de que Álex sencillamente quisiera comer conmigo, desaparece del todo cuando mi acompañante abre la pesada puerta de madera que lleva al interior del restaurante.

No veo nada.

Nada de nada.

La sala detrás de la puerta está completamente a oscuras.

–¿Le importaría dejar los zapatos allá mismo? –me dice, indicándome un pequeño zapatero en forma de banquillo, a la derecha de la puerta. Dejo mis zapatos de tacones al lado de unos negros de hombre, probablemente sean los de Álex. No hay más zapatos. ¿Estamos a solas?

–Lo mejor será que se cuelgue de mi brazo, así le puedo llevar a su sitio –me invita la mujer morena de las gafas de sol, alcanzándome su brazo. No parece ni querer pensar en encender la luz.

«Miércoles –me digo a mí misma– ¿Qué es todo esto? ¿Un restaurante a ciegas? Hubiera podido darme cuenta antes, por la poca luz en la recepción y el nombre del restaurante. Y la señora de las gafas de sol muy probablemente sea ciega, por eso no le molesta la oscuridad».

Pasar una comida normal y corriente con Álex hubiera sido demasiado sencillo. Sacudo la cabeza en señal de desaprobación. Me agarro de su brazo y doy un paso tras otro, con cautela.

Todo al contrario que una servidora, mi acompañante se mueve con mucha destreza por la oscuridad.

«Casi como un felino que se desplaza por la tenebrosidad –pienso–. Y yo sería la presa que se lleva a la cueva del león, en mi caso a la de Álex, que me está esperando en algún lado en la oscuridad. ¿Qué estará tramando? Aguzo el oído pero no logro oír a Álex. Quizá haya tomado asiento ya. Espero que los zapatos en la entrada fueran suyos.»

–Ya hemos llegado, es aquí –me dice mi acompañante, colocando mi mano encima de algo tapizado. ¿Un banquillo? ¿O más bien una cama?

–Siéntese por favor. Le deseo una agradable estancia. –Con estas palabras se retira, dejándome sola en la oscuridad.

«Vaya –me digo a mí misma, sentándome con cuidado sobre la tela suave–. Vete tranquila, ya me las apaño. No veo nada, tampoco sé qué es todo esto, pero... como ¡soy una persona muy espontánea!»

–Hola Carolina. ¡Me alegro de que hayas llegado! –La suave voz de Álex, justo a mi lado, me hace sobresaltar.

Tiene que estar muy cerca, pero no logro verle.

–¿Dónde estás? –pregunto susurrando.

–Aquí –contesta–. ¡Estoy sentado a tu lado!

Me quedo sin aliento cuando me pone una mano en el muslo. Todo es muy inquietante. De hecho, no me gusta nada quedarme en la oscuridad absoluta. Me gusta saber dónde estoy y qué está pasando a mi alrededor.

–¿Qué es todo esto? –pregunto–. ¡¿Pensaba que querías comer conmigo?!

–Es lo que haremos –rebate Álex–. Pero a oscuras. Quiero que desconectes tu mente y confíes completamente en tus sentidos. Y eso, se hace mejor cuando no se ve nada.

–Ajá –comento, poco entusiasta.

–Venga Carolina, te gustará, ya verás. Prometido –dice Álex, buscando mi mano para acariciarme el dorso–. Además, tuve que pensar en algo realmente especial. Tanto Liam como Marcos ya han tenido ocasión para estar contigo. Y conociéndolos, seguro que se han empeñado a fondo para seducirte. ¡Ahora me toca a mí!

Suspiro por dentro. Probablemente sea esto lo que lleve a los tres hombres a compartir a una mujer: una competencia interna para averiguar quién es el mejor amante.

Solo espero que el juego al que están jugando acabe bien para mí también.

Hasta ahora no me puedo quejar, nunca antes había tenido sexo tan bueno, pero ¿cómo acabará todo esto?

–¿Ahora qué? –pregunto.

–Relájate –contesta–. Toda la sala es para nosotros y todo lo que necesitamos lo tengo a mi lado.

No tengo ni idea de qué está tramando Álex, pero decido confiar en él. No creo que sea capaz de hacer daño a nadie. Me cayó simpático desde el principio, siempre tan amable y sereno, todo lo contrario que Marcos que es capaz de ponerme al rojo vivo una y otra vez.

–Céntrate en tu respiración. Tienes que dejarte llevar por la oscuridad e intentar sentirla–. La mano de Álex sigue mi cuello y acaricia mi nuca. Al momento, cierro los ojos, automáticamente. Qué buena sensación. Respiro hondo y disfruto de las caricias.

Durante un rato, sus manos masajean mi cabeza para luego deslizarse por mi cara con suavidad y acabar delineando el contorno de mis labios. Sus caricias son tan tiernas que se me pone la piel de gallina.

–Y ahora... abre la boca –me susurra.

Lentamente, despego los labios. Noto como tantea mi cara para ponerme, con mucho cuidado, algo encima de la lengua. Es una sensación extraña, no saber el sabor que te espera.

La muestra en mi boca es espumosa, se deshace en nada en la lengua y tiene un toque dulce a vainilla y café. ¡Muy rico!

–Crema de vainilla –le comento–. Crema de vainilla con sabor a café.

–Correcto –me contesta Álex–. ¿Quieres un poco más? Pues no te muevas, si no, no encuentro tu boca.

–De acuerdo.

Acierta a la primera. ¿Cómo lo hace? Yo no soy capaz de distinguir nada. ¿Tal vez lleve unas gafas de visión nocturna? No sería jugar muy limpio.

–La vainilla es un saborizante especial –explica Álex, mientras me da de comer con la cuchara–. Desde siglos es un apreciado afrodisíaco. Su olor parece químicamente al de las feromonas humanas y dicen que el espresso, mejor dicho, el café turco, alarga la actividad sexual.

–Pues es una combinación excelente –le contesto–. Es riquísimo.

–Lo mismo digo –opina Álex, añadiéndome una pregunta–. ¿Estás lista para algo nuevo?

No estoy del todo segura a qué se refiere: a un nuevo manjar o a otra cosa.

–Sí –le contesto.

–Ahora cambia el sabor –avisa. Yo abro la boca, como una niña buena.

Esta vez, percibo algo de hojas en mi boca. ¿Qué es eso? Mastico lentamente, ¿espinacas? Con una salsa de sabor a nuez moscada.

–Espinacas y nuez moscada –apuesto.

–También es correcto, tienes un paladar muy fino. La nuez moscada es una especie muy afrodisíaca, pero no se puede consumir mucho porque si no, tiene el mismo efecto que una droga.

–¿Me estás introduciendo a la alimentación sexual? –pregunto fresca.

Álex se ríe:

–Bueno, un poquito. Quería preparar el terreno.

–¿Para qué? –quiero saber.

–Para comprobar cómo están tus otros sentidos –responde, acariciándome levemente el muslo.

Noto como el vello se eriza de nuevo. A diferencia de Marcos y Liam, a Álex le parece gustar más lo suave.

«Otra cosa, para variar» pienso intrigada y paladeo el próximo bocado. Tiene sabor a pescado, o ¿tal vez a molusco?

–¿Un molusco? –adivino.

–Tienes razón, es una vieira.

–¿Y para qué sirven? –pregunto.

–Las vieiras aumentan el apetito sexual.

–¿Siempre lo haces así? –Dirijo la pregunta a la oscuridad–. ¿Animar a las mujeres con la comida?

–¡No hace falta, se consigue también de otra manera!

–¿Ah sí? ¿Cómo? –pregunto atrevida. Empieza a gustarme el juego en la oscuridad. Es excitante no poder ver lo que está a punto de hacer Álex. Además tiene razón, tengo la sensación de que la oscuridad agudiza mis sentidos. Saboreo y siento con más intensidad, y su voz baja resuena con más energía.

—De entrada, te recomiendo que pruebes el vino tinto, es realmente exquisito. Quédate sentada así, sin moverte. —Al momento noto una copa en mis labios. Con la mano, lo busco a tientas para beber un pequeño trago.

«Qué difícil es llevar a cabo una acción tan sencilla como beber un poco de vino en la oscuridad » pienso, manteniendo la copa como puedo, sin saber qué hacer con ella ni dónde apoyarla.

—Realmente muy bueno —confirmo. Me tomo otro trago. —¿Y ahora? ¿Nos vamos?

—Todavía no —rebate Álex que me busca para quitarme la copa de las manos—. Ahora es el turno de los otros sentidos.

No llego a preguntarle por qué es capaz de moverse con tanta naturalidad en la oscuridad porque me atrae hacia sí con tan inesperada prontitud que se me escapa un jadeo.

—Te asustas por poco —constata—. Échate hacia atrás y relájate.

Lentamente, me echo de espaldas. El mueble acolchado en el que estamos sentados parece ser una especie de diván o cama, de un tamaño que me permite estirarme sin problema.

Mi corazón late en un *staccato* desbocado, cuando Álex empieza a desvestirme, con mucha prudencia. Cauteloso, busca el camino para abrir los botones de mi blusa, uno a uno. Una verdadera hazaña, si se hace a oscuras. Las yemas de sus dedos se deslizan sobre mi barriga descubierta, acarician mi escote y mi cuello. Levanto un poco la parte superior de mi cuerpo para que pueda abrir mi sostén y liberar mis pechos. Noto como suavemente sopla el aire sobre mis pezones que se vuelven duros casi instantáneamente.

—Quítate la falda y la braga —susurra.

Hago lo que me dice y dejo caer las prendas al suelo, quedando completamente desnuda en la más negra oscuridad. A cambio, tengo mis sentidos en alerta máxima. Empieza a excitar mi cuerpo con pequeñas caricias, deteniéndose brevemente en un sitio, acariciándolo y soplándole aire encima. Nunca sé con qué parte de mi cuerpo seguirá. Con cada roce noto descargas de adrenalina que se van juntando en el centro de mi cuerpo. Mi clítoris empieza a latir aunque Álex no le haya hecho caso todavía. Gimo frustrada.

—¿Qué pasa? —susurra—. ¿Quieres más?

—Sí —cuchicheo.

—Encantado —contesta y se aparta un momento.

Segundos más tarde noto algo suave en mi piel. Me hace cosquillas en mi ombligo sin compasión, baja hasta acariciar mi ingles ¿Qué es eso? ¿Una pluma? ¡Más bien una cuantas!

De repente, Álex pasa el objeto encima de los labios de mi vagina lo que me provoca un grito de placer, luego me excita el clítoris. Gimo atormentada.

Noto sacudidas violentas en mi bajo vientre, no pares, por favor ¡No pares!

Estoy tan húmeda que Álex me podría penetrar en este mismo instante.

Pero Álex no parece estar por la labor. Las plumas me cosquillean sin compasión mientras que los dedos acarician mis muslos.

—¡Por favor! ¡Oh, por favor! —jadeo, alcanzándole mi pelvis.

—Shhh —deja ir Álex, mientras pone una mano encima de mi pubis y me penetra con un dedo. Excita mi punto G, mientras que la pluma continúa torturando mi clítoris.

Me invaden olas de pasión, dejándome sin control sobre mi cuerpo. Tiemblo por excitación, la sangre pulsa con violencia en mi bajo vientre, hinchando mi vagina. Clavo mis talones en el acolchado suave, arqueo mi pelvis y grito mi deseo a la oscuridad.

Incapaz de hablar, permanezco quieta unos minutos en la oscuridad. Todavía siento un cosquilleo en todo mi cuerpo y la piel de gallina aún no remite. Es la primera vez en mi vida que he sentido mi deseo con tanta intensidad y eso, sin ni siquiera haber visto a mi amante.

–¿Todo bien? –pregunta Álex en voz baja.

–Sí –susurro. Mi voz suena a graznidos por el sobreesfuerzo, espero que nadie haya oído mis gritos.

–En tal caso, espero que el almuerzo haya sido de su agrado y que repita con nosotros. –Es imposible pasar por alto del humor en la voz de Álex.

–Pues entonces ¿se acaba aquí nuestro encuentro? –pregunto, esperando que me conteste que sí. Estoy tan sobreexcitada que, si me penetrara ahora, me haría daño seguro.

–Sí, en vista de la velada que te espera, es mejor que te trate con cuidado.

«Es verdad –pienso–, casi se me olvida. A ver qué me espera en la iniciación. Hasta ahora todo lo que hicieron los tres chicos conmigo me ha gustado. Espero que continúe así. Los días con Liam, Álex y Marcos son realmente muy extravagantes, pero al mismo tiempo, asombrosamente sexis».

Me incorporo y, a tuestas, intento encontrar mi ropa, cosa que en la oscuridad resulta algo difícil.

Aunque me empeñe, no logro distinguir otra cosa que la tapicería del diván.

–Escucha... –titubeo.

–¿Qué pasa? –pregunta Álex.

–No encuentro mis cosas.

–Espera, un momento –contesta y de repente, se ilumina el espacio. Ahora me permite ver dónde me encuentro.

El comedor del *Carpe noctem* es bastante pequeño. Hay seis mesas para dos personas además de tres divanes grandes, de los cuales uno lo estamos utilizando nosotros. Menos mal que no hay más personas. Hubiera sido más que embarazoso. Solo con pensarlo me mareo.

La luz me permite también observar detenidamente a Álex. En vaqueros y la camisa blanca, está guapísimo. El pelo negro contrasta con el blanco de la camisa que ciñe su torso también muy desarrollado, pero no tanto como el de Liam. A pesar de ello, es muy atractivo. Sus ojos marrones me observan sonrientes. En la mano tiene un mando para regular la luz.

–¿Lo tenías desde el comienzo? –pregunto, señalando al mando.

–Sí –asiente con la cabeza–. Como medida de precaución, por si te sintieras incómoda en algún momento.

–Qué cariñoso –le contesto, regalándole una sonrisa algo irónica. Empiezo a recoger mis cosas, esparcidas encima del diván y en el suelo.

Justo al lado de Álex, me llama la atención una pequeña vara de color negro, con varias plumas colocadas en uno de los extremos. ¡Debe de ser el objeto con el que me acaba de tormentar!

Álex sigue divertido mi mirada.

–¿Te ha gustado mi juguete? –pregunta.

–Para nada –contesto coqueta–. ¿No se ha oído?

–Es cierto –se ríe Álex–. Estuviste bastante escandalosa. Pero me gusta, tenía la sensación que, con tu cuerpo, estuviste muy cerca de mí.

Me visto refunfuñando. Aún me pregunto como se las ha podido arreglar tan bien en la oscuridad. Por lo visto, los platos con la comida y las copas están colocados en una mesita al lado del diván, pero yo seguramente hubiese volcado todo en el primer intento de alcanzar una copa.

–¿Ya has venido muchas veces, verdad? –me informo.

–No, ¿por qué me lo preguntas? –Álex parece realmente sorprendido–. No había venido nunca. Quería que fuese algo exclusivo, solo para ti.

Me siento halagada, pero no le creo del todo.

–¡Tonterías! –le rebato–. Seguro que has venido antes. ¿Cómo se explica si no que te desenvuelvas tan bien en la oscuridad?

–Al contrario de la mayoría de la gente, no tengo miedo a la oscuridad. A los nueve años, mi hermana mayor tuvo un accidente y perdió la vista. Tuvo que aprender a vivir sin ella. Yo tenía entonces siete años y participé en el entrenamiento de adaptación. Quería saber como era para ella y darle la sensación de que no estaba sola.

Por eso me vendaba los ojos para intentar sentir lo mismo que sentía ella –explica Álex.

–Lo siento –tartamudeo–. No sabía nada.

–No tienes que sentirlo. Mi hermana es la persona más fuerte que conozco. Haber tenido la posibilidad de ver de niña, lo ve como un regalo. Ha sido capaz de desarrollar los demás sentidos de tal manera que es capaz de vivir por su cuenta. He aprendido mucho de ella.

Me acuerdo de las palabras de Liam, que Álex era la persona más comprensiva que conoce. Después de oír lo que me acaba de contar, me lo creo. ¿Cuántos niños serían capaces de hacer algo así por su hermana? No muchos, desde luego.

«Por fin me explican algo personal» pienso, agradablemente sorprendida.

Álex me observa mientras me abotono la blusa.

–¿Te puedo pedir un beso? –pregunta, al verme arreglada, y mirándome con expectación.

–¿Hablas en serio? –Me río–. ¿Primero tienes sexo conmigo y después me preguntas si me puedes besar?

–Sí –asiente con la cabeza–. Exactamente.

Sacudo la cabeza, divertida. Álex es realmente una persona insólita.

–¿Qué dices? ¿Me permites besarte? –Vuelve a preguntar.

–Me parece que te lo debo, ¿no? –le rebato.

–No me debes nada. Pero me alegraría poder besarte. Soy de la opinión que besar a una persona es un acto mucho más íntimo que tener sexo con ella.

No comparto esta opinión. Desde mi punto de vista, el sexo es lo más íntimo que existe. Pero si Álex quiere un beso, se lo doy encantada.

–De acuerdo –le contesto guiñando un ojo–. Te doy un beso, pero sólo uno.

–Gracias –me sonríe Álex, dando palmaditas en sus muslos–. Siéntate.

«Qué persona más curiosa –me digo a mí misma–. Me regala uno de los mejores orgasmos de mi vida y luego arma un escándalo por un beso».

Subo un poco mi falda y me siento en su regazo.

Álex me atrae a su pecho. Con una mano me acaricia levemente la espalda, la otra la deja sobre mi esternón.

–Cierra los ojos –susurra.

Hago lo que me dice y cierro mis ojos. A través de la blusa percibo su calor corporal. Respiro hondo su olor y disfruto de las afectuosas caricias de sus dedos.

El beso de Álex es tan suave como sus caricias: cariñoso y muy sensible.

Su ternura y el orgasmo intenso de antes desencadenan en mí un verdadero caos emocional. En contra de mi voluntad y con su arte de besar, Álex llega hasta mí. Así tendría que besarle alguien que te quiere con todo su corazón. Pienso en Tobías y noto como me están cayendo las lágrimas.

Con todas mis fuerzas intento tragar el nudo en la garganta y reprimir las lágrimas.

–No se puede ser siempre tan fuerte –me susurra Álex, sin dejar de acariciar mi espalda–. Si no trabajas tus emociones, tarde o temprano te consumes por dentro. Sé

de qué hablo.

De repente, se pone en marcha mi mente y me aparto bruscamente de él. Me acabo de dar cuenta qué está intentando hacer: Quiere que le desvele mis emociones. No es así que se hacen las cosas.

¡No lo haré!

Ya está bien que mi cuerpo reaccione tan intensamente a los tres hombres, pero mis sentimientos no son de incumbencia de nadie, tampoco de mis compañeros de piso. Me he propuesto disfrutar de las próximas semanas y divertirme. Eso no funciona si me deajo caer en el sentimentalismo.

Álex parece tener el don de saber tocar las teclas de una persona tan bien como las del piano. Esto lo hace más peligroso que Liam o Marcos.

Y tengo que darle la razón: Un beso, a veces, puede ser más íntimo que el sexo.

–¿Podemos irnos? –le pregunto, mientras me seco las lágrimas con el dorso de la mano.

–Cómo quieras –contesta Álex. Su cara de póker no me deja descifrar lo que está pensando.

¡Maldito sea! ¿Por qué tuviste que hacerme eso?

El viaje de vuelta a casa transcurre en silencio. Con la mirada perdida, estoy sentada en los asientos de detrás de la limusina, al lado de Álex.

–Escúchame Carolina –Álex es el primero en romper el silencio–. Lo siento, no quería herir tus susceptibilidades.

–Entonces no lo hagas –le rebato.

–Sin embargo, creo que no deberías reprimir tus sentimientos. Es absolutamente normal que llores por tu ex novio.

–¿Y de qué me serviría? –pregunto, con los nervios a flor de piel–. ¿Quieres que Liam y Marcos me pillen en casa llorando como una magdalena? ¿Crees que les gustaría verme así? Seguro que les mola.

–Tienes razón, es tu decisión –Álex levanta las manos, conciliador–. Pero si un día quieres hablar con alguien, aquí me tienes. Solo quiero que sepas que a mí me interesa también la personalidad de nuestras compañeras, no solo sus cuerpos.

–Me parece fantástico –le rebato, mirándole directamente a los ojos–. Porque vosotros sois el no va más en desvelar los sentimientos. ¿Tú tampoco eres capaz de explicarme por qué formas parte de esta comunidad, verdad? “Carolina, de esto no hablo”. “Carolina esto no es de tu incumbencia”... imito a Marcos y a Liam.

–Sí que puedo –contesta Álex, por sorpresa mía.

Asombrada, arqueo una ceja, no contaba con esta respuesta. ¿Será que Álex es realmente más abierto que sus dos amigos?

–¿Entonces, cómo fue? –pregunto rápido, antes de que se lo piense y se acuerde de que no quiere hablar de ello.

–A Carina la conocí a través de unos de mis trabajos –empieza Álex. Además de guapa, era inteligente y segura de sí misma, y me enamoré de seguida. Pasamos mucho tiempo juntos y un día me comunicó que estaba embarazada. No tenía previsto ser padre, pero formar una familia con Carina me parecía una buena idea. El nacimiento de Mía fue el mejor momento de mi vida. Durante todo un año, vi crecer a Mía y nunca antes había amado a alguien tan incondicionalmente como a esta personita. En el día de su primer cumpleaños, llegó el mazazo: Llorando, Carina me confesó que Mía no era hija mía. Tal vez lo habría superado, pero Carina decidió dejarme e ir a vivir con el padre de Mía, su ex novio. Quería empezar de nuevo y me prohibió ver a Mía. Hice todo lo que me pidió Carina y no la volví a ver. Pensé que sería lo mejor para la niña. Pero mi vida se me hizo añicos. Marcos y Liam me ayudaron durante este tiempo y en algún momento decidí añadirme a su forma de convivencia. Me pareció una muy buena manera para pasar tiempo con mujeres amables, pero sin compromiso, porque ya no quise juntarme con nadie.

No sé lo que me conmueve más: la sinceridad de Álex o su triste historia. Tiene que ser horroroso no poder seguir viendo a un niño que se quiere y renunciar a él para el resto de la vida. Esto es mucho peor de lo que me pasó a mí con Tobías.

–Lo siento mucho –le digo, poniéndole la mano sobre su brazo.

Álex se encoje de hombros:

–Ahora sabes porqué entré a formar parte de esta convivencia.

–¿Cuántos años tiene Mía ahora? –le pregunto rápidamente, para que no deje de hablar.

–Cumplirá cinco años –me contesta.

–¿Entonces llevas alquilada una habitación en este piso desde hace casi cuatro años?

–Sí, desde hace tres años y medio –me contesta–. En este tiempo he conocido mujeres muy amables y con muchas ganas de experimentar.

–¿Y Liam y Marcos? ¿Por qué fundaron este proyecto de convivencia? –Aprovecho la ocasión para hacerle la pregunta que más me interesa.

–Eso, tienes que preguntárselo a ellos –rebato, dando el tema por acabado.

«Y Álex sermoneando que hay que aceptar sus sentimientos» pienso.

Me ha contado su historia en dos palabras para luego no querer explicar más sobre sus sentimientos. Creo que así no se solucionan los problemas. Pero al menos sé algo más sobre él, por algo se empieza. Intentaré averiguar más en cuanto se presente la ocasión.

Poco después, Álex me indica la entrada al garaje.

–Ya estamos.

En el trayecto hacia el ascensor repaso la cita con Álex, algo trastornada. Fue muy excitante y a la vez sensible, pero también irritante y emocionalmente agotadora. Menos mal que tengo una habitación para mí sola, necesito un poco de tranquilidad urgentemente.

–Me gustaría retirarme a mi habitación y descansar, ¿te parece bien? –le digo al salir del ascensor.

–Ningún problema. Espero que te haya gustado nuestra cita, por lo menos un poco –me contesta Álex, mirándome con expectación.

–Sí, mucho –le rebato sonriendo–. Muchas gracias por el agradable almuerzo. Si me disculpas... –Le doy un beso rápido en la mejilla y quiero irme, pero Álex me retiene de la muñeca.

–Me gustó mucho estar contigo –confiesa, mirándome a los ojos.

¡Qué mirada! Tendría que estar prohibida. Parece la de un cachorro al que adoptarías en el acto. Estoy convencida de que una mirada así solo la pueden tener personas de ojos marrones. No puedo sino abrazarlo otra vez.

–Muchas gracias –le repito.

Álex me devuelve el abrazo. Luego pone su mano debajo de mi barbilla, levantándome la cara para que le tenga que mirar a los ojos. ¡Maldita sea la mirada de cachorro!

Aunque no pensaba besarle más, no me opongo al ver que sus labios se acercan a los míos.

Esta vez, me besa con pasión y noto como vuelve la piel de gallina. Pienso en sus caricias en la oscuridad y cambio de opinión: ya no tengo ganas de descansar.

–¡Veo que vuestra cita ha sido todo un éxito!

Me vuelvo rápidamente al oír la voz. A escasos dos metros de nosotros, está Liam, con los brazos cruzados, que nos mira divertido.

–¿Podrías dejar de acercarte de esta manera? –le gruño, deshaciendo el abrazo con Álex–. Tarde o temprano me dará un ataque de corazón.

–Ya te acostumbrarás –rebato–. A mí me encanta merodear y mirar a los demás, tendrías que saberlo.

Sí, ya me había dado cuenta, pero me irrita: No estoy acostumbrada a que me observen continuamente.

–Hola Liam –le saluda Álex–. ¿Ya estás de vuelta?

Comparado conmigo, Álex no parece para nada irritado. Es como si fuese la cosa más normal del mundo y tampoco parece molestarle.

«Qué frikis», suspiro por dentro, sacudiendo la cabeza.

–Sí, la reunión acabó antes de lo pensado –contesta Liam–. Carolina, ¿y el beso de bienvenida? –pregunta, mirándome con expectación.

Suspiro. Ser la única mujer para tres hombres sí que es un poco agotador. A ver dónde iremos a parar.

–¿Y pues? –Arquea una ceja.

Le doy un besito en la mejilla.

–De momento, este tiene que bastar. –Desaparezco rápido a mi habitación.

–Hasta ahora, angelito. Nos vemos de aquí nada. –Oigo su voz en mi espalda.

Estoy convencida de que en cualquier momento se abrirá la puerta y Liam me pedirá un beso de verdad. Pero no, no aparece. Se habrá dado cuenta de que necesito un poco de tranquilidad. Probablemente me quiera reservar para que aguante la dudosa iniciación. ¿Cómo será? Mejor no darle más vueltas.

Me estiro en la cama, exhausta. Todavía le doy vueltas a la triste historia de Álex. Seguro que hubiera sido un buen padre. Es lo último que pienso antes de caer dormida.

–¿Carolina? ¡Despiértate angelito!

Parpadeo, todavía medio dormida. ¿Dónde estoy? Soñaba que estaba embarazadísima de trillizos y Tobías me comunicaba que quería separarse de mí y que me buscara piso...

¡Qué pesadilla!

Menos mal que no estoy embarazada y que el hombre sentado delante de mí no es Tobías sino Liam, que me saca un mechón de la cara, mirándome con preocupación:

–Angelito, ¿estás bien? Te quejabas en sueños.

–Ahora sí –le contesto, estirando mis miembros cansados–. He tenido un sueño horrible. ¿Qué hora es?

–Son casi las siete. Has dormido más de tres horas.

–¿Cómo? ¿Ya? ¿Por qué no me habéis despertado? –Me incorporo y bostezo con ganas.

–Pensamos que te iría bien un pequeño descanso –comenta Liam, acariciando mi espalda–. Marcos también ha vuelto y lo tenemos todo preparado. Cuando te hayas cambiado podemos empezar.

Frunzo el ceño, confusa:

–¿Empezar con qué?

–Con el ritual de iniciación –contesta divertido.

De golpe, estoy despierta y bien despierta. Las palabras de Liam me provocan un subidón de adrenalina: El corazón empieza a latir por la excitación.

–¿Qué que-quieres que me pon-ponga? –tartamudeo. El centro del habla parece paralizado por el pánico.

Naturalmente sabía que hoy tenía que encarar este dudoso ritual, pero ahora, unos minutos antes, me mareo. Me las apaño con un hombre, también con dos, ¿pero con los tres a la vez? ¿Querrán follarme los tres? ¡Dios mío!

–Encantado de ayudarte a escoger la ropa adecuada –rebate Liam sonriente. Abre el armario y después de un momento de búsqueda, me enseña una bolsita de celofán con un nada de color negro dentro. Me lo alcanza:

–¡Toma, ponte eso!

–¿Solo eso? –Extraigo un ligüero con lengüetas de color negro y medias de encaje–. ¿Nada de braguita o por lo menos un sostén?

–No hace falta nada más. El sostén está de más y la braguita nos molestaría.

Trago saliva.

–No le des más vueltas Carolina. Te gustará, ya verás. Confía en mí.

Espero que tenga razón.

–Dijiste esta mañana que podíamos acordar una palabra clave...

–Sí, si quieres sí.

–Hm.

–Pues piensa en una. Te esperamos en el salón. –Liam se da la vuelta y sale de la habitación.

«Pues muchas gracias por los fantásticos consejos de moda» pienso, mordiéndome los labios.

Necesito urgentemente controlar mis nervios, pero fácil no es.

Si pienso que de aquí nada me voy a presentar medio desnuda en el salón, delante de mis compañeros, siento calor y frío a la vez. La última vez que estuve tan nerviosa fue poco antes de los exámenes de bachillerato, y de esto hace tiempo. En una escala del uno al diez, ahora mismo estoy por encima del diez.

Me quito falda, camisa y braga y con cuidado, me pongo las medias. Hace mucho tiempo que no llevo ligüero y me cuesta conectar las medias a las lengüetas: mis manos tiemblan de excitación.

Me pregunto qué le encuentran los hombres a este tipo de medias. Igual tienen la ilusión de que mujeres con ligüero sean sexualmente más dóciles o sencillamente les atraigan más las piernas vestidas con medias.

Me miro en el espejo grande colgado en la pared. Me gusta lo que veo: Sin sostén ni braga, tengo un aspecto un tanto picante. Paso mis dedos por el pelo, sacando la lengua a mi reflejo.

Se me dispara la mente: «Tú te los has buscado, Carolina. No haber firmado el contrato». Le contesta mi feminidad «¿Y qué? Una cosa así no te volverá a pasar nunca más. ¡Disfrútalo!», mientras que al bajo vientre me llega una pequeña ola de placer. Noto como empiezo a humedecerme.

¡Maldita sea! ¡Esto es de locos!

Así, completamente desnuda, no voy a aparecer, qué digan lo que quieran. Que empiecen ellos primero a quitarse la ropa. Si mal no recuerdo, en el contrato no ponía nada sobre reglas de vestimenta. Tampoco había nada sobre el hecho de que la iniciativa tenía que ser exclusiva de los hombres. Yo también quiero participar en las reglas de juego. Si los chicos se desnudan, yo también. ¡Así de fácil!

Me vuelvo a poner la blusa, abotonándola solo hasta la altura de los pechos. Así llega a cubrirme las nalgas, pero deja entrever el ligüero.

«Muy sexy» pienso satisfecha. De esta manera, por lo menos no me siento del todo desnuda y a la merced de los chicos.

¿Y si me pongo zapatos?

Me calzo los tacones altos y compruebo una vez más mi imagen en el espejo: ¡perfecto!

Respiro hondo y me dirijo hacia el salón.

«¡Alcohol, necesito urgentemente una bebida!»

Al entrar al salón, el escenario que me está esperando, me deja tan desconcertada que mi mente pide a gritos una copa para olvidarme de todo lo que estoy viendo: Todas las cortinas están corridas e innumerables velas emanan cálida luz. Hasta aquí, todo bien. Lo que me inquieta es la cosa que cuelga del techo. ¿Qué demonios es eso?

–¿No te había dicho lo que tenías que llevar? –dice Liam, aparentemente enfadado y señalando mi parte superior del cuerpo–. ¿Por qué te has puesto esta blusa?
–¿Y yo, no te he dicho más de una vez que no hago siempre lo que me dices? –le rebato, intentando darle un tono firme a mi voz. Pero no me sale, se me nota asustada.

–Chula hasta el final –se ríe Marcos–. Así es como te conocemos. De todas formas, a mí también me gustas con blusa. Y las medias te quedan de vértigo. Tengo curiosidad por verte colgada ahí dentro –declara, riéndose indecentemente. Señala al dispositivo colgando del techo.

–¿Estás bien Carolina? –Álex me mira preocupado.

«Al menos uno que tiene un poco de empatía», pienso, negando con la cabeza.

–No del todo. ¿Alguien me explica qué es todo eso?

–Primero te quitas la blusa y luego te ayudamos a colocarte en el columpio del amor –dice Liam– para que pueda empezar la iniciación.

Miro el aparato con recelo. Una vez metida ahí dentro y colgando del techo, estoy a la más absoluta merced de los hombres.

–Pero en esta cosa no me puedo mover –comento.

–Es exactamente de lo que se trata –explica Marcos, de mala gana.

Dios mío.

–¿Si algo no me gusta, puedo decir la palabra clave? –pregunto.

–Sí, claro. No creo que la necesites, pero si de esta manera te sientes más segura, acordamos una. ¿Ya has pensado en una palabra?

«¿Una palabra? –me pregunto–. ¿Qué palabra escojo?»

–Ya sé: ‘luna llena’ –decido espontáneamente.

–De acuerdo –comenta Liam–. Te prometo que cuando digas ‘luna llena’ dejaremos de hacer lo que estemos haciendo.

Álex intenta tranquilizarme:

–No te preocupes, te gustará.

«Carolina, estás completamente loca si te dejas llevar por esto –me digo a mí misma–. Pero me parece que ya es demasiado tarde».

–De acuerdo, entonces me gustaría beber algo y que os desnudarais –decido.

Liam se planta tan rápidamente delante de mí que me encojo por el susto. Me agarra del pelo, tirando de la cabeza hacia atrás y obligándome a alzar la vista hacia él.

–Oye, ¿qué haces? –le regaño.

–Escúchame angelito. Las cosas no van así. Nosotros decidimos qué se hace, no tú. ¡Puedes tomarte una copa, pero luego quiero que te calles de una vez!

Tengo la respuesta perfecta en la punta de la lengua, pero me la trago. Puede que tenga razón: será mejor que me calle. Con mi cháchara estropeo toda la atmósfera erótica. Cuando estoy tan nerviosa como en este momento, tiendo a hablar demasiado. Lo único que ayuda es el alcohol.

Álex ha sido tan amable preparándome una copa. Me alcanza un cóctel multicolor y con pinta de estar caragado de alcohol.

–Tómame esto –me invita–. ¡Te ayudará!

Se lo agradezco y me siento en el sofá, con la copa en la mano.

Marcos está enojado:

–Es lo que pasa por habernos decidido por Carolina. Hubiéramos tenido que seguir con nuestras reglas. Las demás chicas estarían colgando desde hace tiempo, expectantes de lo que vendría, sin hablar tanto. Carolina piensa demasiado.

–Déjala un momento –intenta calmar Álex–. Todo es nuevo para ella.

–A propósito, ¡ELLA está presente y os oye muy bien! –rebato, mirando con ira a Marcos.

Es capaz de provocarme tanto que me enfado de verdad. Por despecho, bebo el resto del cóctel de un trago y decido dejar de pensar. ¡Qué disfrute mi cuerpo! ¡Qué te den, Marcos!

–De acuerdo, ¡ya estoy lista! –comunico, levantándome del sofá. *Oh lalá*, qué cóctel más rico. Noto como el alcohol inunda mis venas y me tranquiliza. Por mí, podemos empezar. Aun estoy muy nerviosa, pero el enfado con Marcos me afecta más. Y si hacen algo que no me gusta, basta con decir la palabra clave.

–¿Segura? –pregunta Álex.

–Sí, segurísima. ¡Estoy aquí para divertirme, no para pensar! –contesto, mirando directamente a los ojos de Marcos, que me devuelve la mirada, esbozando una sonrisa irónica. Le enseño el dedo del medio y empiezo a desabrochar lentamente mi blusa.

–Así me gustas mucho más –murmura Liam, cuando me ve en medias y liguero, tal como me había pedido–. Quitate los tacones y acércate. Te ayudo a subir al columpio.

Asiento dócil y me descalzo. ¡No pienses, Carolina, sobre todo no pienses!

Cuando estoy delante de Liam y el aparato estrambótico tengo un subidón de adrenalina, en contra de mi voluntad.

«Respira: inspira y expira profundamente, Carolina» intento tranquilizarme a mí misma.

Liam agarra mi mano derecha y coloca la muñeca en uno de los lazos colgando del techo. Repite la maniobra con la mano izquierda.

–Siéntate –me dice y coloca otro lazo debajo de mis nalgas desnudas y dos más alrededor de mis tobillos. Estoy sentada en el columpio, con las piernas espataarradas, agarrándome por las cuerdas.

–Hm –gruñe Liam–. De entrada, no está mal.

Se coloca entre mis piernas. Con sus dedos, acaricia mis pezones, formando círculos. Mis pezones se endurecen al momento.

Se acercan Marcos y Álex y segundos más tarde noto sus manos en la espalda y en mis nalgas. Acarician con delicadeza mi piel mientras que Liam se mete un pezón en la boca. Lo empuja levemente con la lengua y lo estimula con movimientos circulares. Mientras tanto, sus dedos se deslizan hacia la barriga y las ingles. Treinta dedos están acariciando mi cuerpo y cada uno de ellos toca el lugar correcto para estimularme. Me alcanza una ola de pasión y cierro los ojos.

–Abre los ojos –oigo la voz de Marcos muy cerca de mi oído. Se le nota excitado–. Quiero que veas lo que está pasando.

Hago lo que me dice y vuelvo a abrir los ojos.

Marcos ha dejado de acariciarme. Ahora está delante de mí, justo al lado de Liam. Empieza a desvestirse, muy lentamente. Se quita la camiseta y se desabrocha los vaqueros hasta que se queda plantado delante de mí, solo en bóxers negros, muy ajustados. El relieve suave indica que su polla empieza a crecer. Liam también se quita la camiseta. Trago saliva: son demasiados estímulos visuales. Los dos hombres son realmente muy sexis.

–¿Todo bien, angelito? –pregunta Liam con voz ronca.

Asiento con la cabeza.

–Bien, pues déjanos cambiarte de posición. –Da una señal a los otros dos.

Marcos que ha vuelto a colocarse detrás de mí, me agarra de la cintura y me levanta sin problemas, mientras que Liam y Álex se dedican a la complicada colocación de los lazos del columpio. Aunque no tengo la menor idea de qué están tramando los chicos, intento no moverme.

Unos instantes más tarde estoy tendida boca abajo, con la parte superior del cuerpo levemente elevada. Mis manos están fijadas con lazos delante de mí, y mis piernas, desparramadas. Lo único que puedo mover es la cabeza. Mi corazón late a mil por la excitación: en esta posición estoy a la absoluta merced de los tres hombres. No tengo ni idea de qué tienen planeado. Es muy sexy y peligroso a la vez. Espero que mis compañeros mantengan su promesa y no hagan nada que me perjudique.

–Sst, tranquila –me serena Liam, acariciándome mi espalda desnuda–. No tengas miedo, no te pasará nada. ¿Estás bien así? –pregunta, colocándose delante de mi cara para esperar una respuesta.

«Qué amable por preguntar» pienso, dibujando una sonrisa irónica.

–Por el momento, sí –contesto vacilando.

–Bien. –Liam parece satisfecho con la respuesta.

Le hace una señal a Álex. Este se coloca a su vez delante de mí y empieza a desnudarse.

Desabrocha su camisa, botón tras botón, muy lentamente. Su torso no es tan musculoso como el de Liam, pero aún así, es muy apetecible. A este punto, Liam empieza a quitarse los pantalones.

«Esto es mucho mejor que un show de los *Chippendales*», me digo a mí misma.

Tanta piel masculina desnuda y atractiva, pone en marcha el cine en mi cabeza: los pezones se endurecen y mi vagina empieza a latir levemente.

–¿Te gusta lo que ves? –pregunta Marcos con una sonrisa indecente que, mientras tanto, se ha juntado a los otros dos.

–Bueno, no está mal. Pero creo que todavía lleváis demasiada ropa –le contesto, girando la cabeza hacia un lado. Mi valentía hasta me sorprende a mí. Aunque mi pulso está desbocado por la excitación, mi labia sigue funcionando perfectamente.

–Eres realmente única. Solo te queda por mover la cabeza y sigues tan fresca –se ríe Liam–. Creo que tendríamos que premiar la valentía de Carolina. ¿Qué opináis?

–Si la señora lo desea, nos desnudamos del todo –comenta Álex sonriendo. Con un único tirón, se deshace de sus bóxers.

Lo que veo ahora, me quita el aliento de espanto. Para mi gusto, Liam y Marcos ya están bien dotados, pero Álex les gana a los dos. Su pene solo está poco erecto, pero ya alcanza un tamaño de vértigo. ¿Cómo será de grande en todo su esplendor?

«Eso, en cuanto a la relación entre masa muscular y tamaño del pene: no tiene nada que ver» pienso, notando un leve escalofrío. Liam y Marcos tienen más músculos que Álex, pero en una competición de pollas, Álex sería el ganador absoluto.

No estoy muy segura de si alegrarme o tener miedo, ante un ejemplar de tal extensión. En mi situación momentánea, no tengo mucha libertad de decisión: ¡no puedo salir corriendo!

Cómo último recurso, siempre me queda la palabra clave.

Liam se acerca lentamente, hasta quedarse muy cerca de mi cabeza:

–Creo que es hora de tapar tu boquita tan mona. –Levanta mi barbilla, y refriega mis labios con la punta de la polla–. ¡Abre! –me ordena.

Hago lo que me dice y me meto su pene en mi boca, con cuidado. Liam me agarra de la cabeza y, con la ayuda del columpio, regula el ritmo. Yo le chupo la polla y noto como se hace más grande.

Con el rabillo del ojo veo como Álex nos está observando. Parece que le guste lo que está viendo: poco a poco su pene se pone erecto. Con este tamaño, sería la estrella de cualquier película porno. Observo con preocupación que su pene sigue creciendo.

Mientras tanto, Marcos entra a participar: Con las puntas de los dedos baja mi espalda, acariciándola, hasta llegar a mis nalgas. Se para un momento, levanta el brazo y deja caer con fuerza su mano, zurrando mi culo.

Ahogo un gemido. Por el espanto, casi muerdo a Liam. Pero estaba al tanto porque saca su polla de mi boca justo en el momento en que Marcos planta su mano en mis nalgas. Marcos levanta la mano y me pega una vez más.

–¡Eh! –bufo indignada.

–Qué bien –suspira– llevo todo el día queriendo hacer esto.

No tengo manera de quejarme más del trato rudo, porque la polla de Liam reconquista mi boca, mandándome callar.

Mis nalgas queman por el aumento del riego sanguíneo, y noto como una agradable tensión se extiende por mi bajo vientre. Me siento completamente a merced de ellos, con la polla de Liam en mi boca y mi culo que arde, pero me excita enormemente. Mi clitoris empieza a latir y noto como me humedezco.

–Pero Marcos, ¿por qué tienes que ser siempre tan tosco –opina Álex y acaricia mi culo excitado. Sus dedos continúan el camino, acariciando con presión leve mis ingles y el alrededor de mi vulva.

El pene de Liam en la boca me impide gritar.

Álex toquetea mis labios para concentrarse en mi clitoris. Lo masajea con mucha destreza hasta que toda mi parte baja empieza a contraerse. Liam se retira de mi boca mientras que me cae otro azote. Se me escapa un grito:

–¡Ah!

–¿Decías algo? –Oigo la voz de Marcos detrás de mí.

Sacudo la cabeza, sin decir nada.

Mientras que Liam se coloca de rodillas delante de mí y me besa, los otros dos juegan a poli bueno, poli malo.

Álex me excita mi clitoris con verdadero arte, mientras que Marcos se ocupa de mis nalgas, asegurando una buena circulación. Los golpes leves, combinados con la estimulación de Álex y el beso intensivo de Liam me excitan tanto que todo mi cuerpo empieza a vibrar.

–Que alguien me folle –ruego, en el momento que Liam se retira–. ¡Que alguien me folle, por favor!

Quiero, no, necesito sentir uno de ellos dentro de mí. No aguanto más, todo mi cuerpo está sobreexcitado.

–Me ocupo yo, con mucho gusto –contesta Liam y desaparece de mi visión. Cuando por fin me penetra, suspiro aliviada. Me agarra de la cintura y deja que el columpio vaya y vuelva, bamboleándose. Me dilata penetrándome con fuerza, lo que provoca una ardiente pasión dentro de mí. Noto como estoy llegando al orgasmo.

Pero, de repente, poco antes de correrme, Liam se aparta de mí.

–¡No! ¡Por favor, continúa! –imploro.

–Te toca a ti. –Sin hacer caso a mis súplicas, Liam deja mi cuerpo en manos de Marcos. Pero este no piensa en penetrarme, sino acaricia con el glande mi vagina. Frustrada, intento alcanzarle mis nalgas, pero los lazos del columpio me impiden moverme.

–¿Quieres que te follen? –pregunta Marcos con voz ronca.

–¡Sí, por favor! –gimo. Mi feminidad está talmente excitada que casi no aguanto. Quiero mi orgasmo: ¡ahora!

–¿Liam, podrías hacer que Carolina se calle de una vez? –gruñe Marcos.

–Ningún problema –le contesta Liam y se vuelve a poner delante de mí. Casi me penetran a la vez. Mientras que Marcos estimula mi punto G sin piedad, la polla de Liam conquista mi boca. Me envuelve otra ola de deseo que hace palpitar mi clitoris. Me siento a la merced de los chicos, pero es talmente excitante.

Marcos tampoco me deja llegar al orgasmo. Me sigue follando hasta unos momentos antes de correrme. Entonces da una señal a Liam y los dos se retiran a la vez.

–¡No! –Me saltan las lágrimas por la frustración–. ¡No paréis!

–Bueno, ¡creo que está lista! –dice Liam y empieza a liberarme de la maraña de los lazos del columpio del amor.

–¿Pero qué haces? –me quejo.

–Liberarte para poder continuar –contesta Liam y me ayuda a deshacerme de los últimos lazos. Mis piernas son como gelatinas.

–¿Y ahora qué? –pregunto cautelosa.

–¡Te callas, Carolina! –ordena Marcos, levantándose sin problemas encima de sus hombros–. Si no, te llevo a tu habitación y te quedas sin orgasmo. ¿Es lo que quieres?

–No –susurro.

Marcos me lleva de hombros hasta llegar a la puerta de al lado del baño. Todavía no había entrado en esta habitación. Hace poco, yendo hacia el baño, quería ver qué había, pero la puerta estaba cerrada. Pensaba que detrás se escondía un cuarto de limpieza. En cuanto Álex abre la puerta, me doy cuenta de que me había equivocado.

Antes estaba tan ocupada conmigo misma que no me había dado cuenta de que Álex había salido del salón. Parece haber preparado el espacio y nos estaba esperando.

Marcos me lleva a cuestras hasta cruzar el umbral y me deja en el suelo de la habitación.

Observo el lugar con curiosidad. A pesar de la tenue luz puedo ver que el suelo está cubierto por colchonetas de color negro, que de todas las paredes cuelgan espejos y que ese excitante olor proviene de unas velas perfumadas.

«Qué huerta de amor más fantástica» pienso.

Me bajo el vientre, aún sin satisfacer, late por lo que le espera. Ahora que ya no cuelgo del techo yo también quiero participar en el juego.

Pero al intentar acariciar el pecho desnudo de Liam, este me agarra de los dos brazos.

—Lo siento, angelito, pero ahora le toca a Álex. Creo que estás bastante abierta para él.

«Dios mío» pienso, mirando de reojo el puñal de amor de Álex. Menos mal que no está del todo erecto.

—Dale Carolina, ayuda un poquito —me incita Marcos, señalando al pene de Álex con un gesto indecente.

Álex se coloca sobre las colchonetas y yo me arrodillo encima de él y masajeo su polla, alternando la boca y los dedos, mientras que Marcos, con la punta de su lengua, mantiene distraída mi vagina. Liam nos observa, estirado tranquilamente sobre un lado y con la cabeza apoyada en una mano. Las paredes de espejos reflejan la vista panorámica.

Dios mío, qué bonito. Los tres hombres desnudos son guapísimos. ¿Qué mujer tiene una vista así, solo para ella?

—¡Bien, ahora ponte boca abajo! —exige Álex, cuando su polla llega a su máxima erección.

Miro con recelo al pene enorme de Álex y sacudo la cabeza.

—Venga, date prisa —me incita Marcos, agarrándome de las piernas y dándome la vuelta en un santiamén.

—No sé si cabe —dudo, buscando a Liam para que me ayude.

—Sí que cabe —me contesta, colocándose un cojín debajo de mi pelvis—. Relájate. —Coloca sus manos en mi espalda, manteniéndome fija.

—No te preocupes, tendré cuidado —me susurra Álex al oído. Y ya noto su glande en mis labios.

Cuando me penetra, me quedo sin aliento.

Álex mantiene su promesa y se mueve con cuidado. Mi interior se dilata poco a poco bajo los vaivenes lentos del pene gigantesco. Me siento como si me desgarrara, tanto me llena la polla de Álex. Intento encabritarme, pero Liam y Marcos me tienen agarrada. Es una sensación entre deseo absoluto y miedo al dolor que me desactiva el cerebro, dejando solo la imagen del pene de Álex dentro de mí. Noto cada una de las fibras nerviosas de mi vagina y cuando por fin me penetra del todo, dejo ir un grito de animal. Con movimientos lentos y rítmicos me folló hasta dejarme casi inconsciente. Liam y Marcos me acarician la espalda desnuda. Noto como un dedo se busca el camino entre mis nalgas y me penetra el ano.

La sensación es indescriptible: La polla enorme de Álex en mi vagina y el dedo dentro de mi ano, moviéndose en círculos, me estimulan tanto que mi pelvis empieza a contraerse sin control. Una vez más estoy a punto de correrme, pero tampoco Álex me permite llegar al orgasmo.

—¡No! ¡Por favor no! ¡No pares, no! —Mi parte baja sigue contrayéndose aún después de que Álex haya salido de mí. Nunca antes me había sentido tan vacía. Lo que están haciendo los chicos es una forma moderna de tortura.

—No puedo más, por favor, quiero correrme, ahora —me quejo.

—¿Te quieres correr? —pregunta Liam con voz ronca.

—Sí, sí —le grito.

—De acuerdo, ¡pero con nuestras condiciones! Quédate cómo estás. ¿Lista?

—Sí. —No me sale más que un gemido.

Haría lo que fuera para que me dejaran correr. El vacío dentro de mí es insoportable. Mi clitoris palpita y mis labios están tan hinchados que tengo la sensación de que voy a explotar en cualquier momento.

Sin embargo, no estaba preparada para lo que venía: De repente, noto un líquido frío en mi región anal y luego algo caliente.

—No —susurro.

—Sí —contesta Liam—. ¡Respira hondo! —ordena y me penetra el culo con un único movimiento.

—Ah —grito, más por susto que por dolor.

—Respira —exige Liam. Se queda quieto un momento para que el recto tenga tiempo de dilatarse.

«Hubiera tenido que decirles que no tengo mucha experiencia con el coito anal —es lo que me pasa por la cabeza—. Solo lo hice una vez y no fue muy buena experiencia».

—Luna lle... —empiezo.

—Tonterías —me interrumpe Liam—. Espérate un momento y continúa respirando. De aquí poco estarás mejor.

—Pero...

—Shht.

Inspiro y expiro hondo. Liam tiene razón, así se relaja la sensación de tensión. Ya no es tan desagradable.

—¿Cómo va? —me pregunta.

—Hm. —La sensación no está nada mal, pero mi vagina se queja de que no le hagan caso.

—Bien, entonces nos damos la vuelta. —Me agarra de la cintura y se gira sobre su espalda. Ahora estoy de espaldas encima de su abdomen, con su polla en mi culo.

Liam me besa el hombro desnudo:

—¿Todo bien?

—Hm.

—Pues entonces toca la disciplina reina —comenta, en voz rota.

En el momento que Marcos se pone entre mis piernas entiendo lo que quiere decir con eso.

—No, no quiero, prefiero que no —refunfuño nerviosa. No me puedo imaginar que funcione lo que están intentando hacer sin que me hagan daño.

—Mírame —me dice Álex, colocándose al lado.

Giro la cabeza y le miro a los ojos.

—Danos una oportunidad y confía en nosotros. Te gustará seguro. Y si no, dices la palabra clave y paramos. ¡Prometido! —me dice Álex. Se me acerca y me da un beso en la boca. Juega con mi lengua regalándome uno de estos besos que te roban el alma y por el que le había condenado esta tarde. Pero de esta manera logra despistarme y hacer que esté lo suficientemente relajada para que Marcos me penetre lentamente.

«Dios mío» es lo último que logro pensar antes de que la mente se desactive por completo y el cuerpo tome el control.

Sentir a Liam y a Marcos dentro de mí a la vez, es una sensación que no se puede describir. Me siento como si fuera a desgarrarme, tan llena estoy. Y aún así, se apodera de mí un deseo nunca antes sentido. Cuando los dos hombres empiezan a moverse de manera sincronizada, dilatándose y follándome rítmicamente, Álex deja ir mi boca. Una ola de pasión nunca antes vivida, me arrastra hasta la inconsciencia, haciéndome sentir cada una de las células de mi cuerpo. Grito desde lo más hondo, más fuerte de lo que he gritado nunca, me dejo engullir por la ola, llegando por fin al tan deseado orgasmo.

Poco después, estirada sobre las colchonetas de amor y con los ojos cerrados, intento volver en mí. Mis tres compañeros de piso están estirados a mi lado, acariciando suavemente mi cuerpo desnudo. Estoy absolutamente agotada, pero al mismo tiempo tan sexualmente satisfecha y tan llena, como no lo había estado nunca antes. Las manos masculinas sobre mi cuerpo y el estado de absoluta satisfacción desencadenan una sensación de seguridad y de protección. Me siento entendida y querida, aunque sé que solo es una ilusión.

Es lo más intenso que he vivido nunca. No obstante me pregunto si para ello acabo de vender mi alma. ¿Realmente valió la pena?

–Ves como no te hacía falta la palabra clave –me susurra Álex al oído mientras me quita un mechón de la cara.

–¡Es que no me has dejado la posibilidad de decirla, me estabas tapando la boca con un beso! –le contesto.

–A veces, hay que obligar a las personas a que disfruten –rebate Liam sonriendo–. No tenía la sensación de que estuvieses sufriendo. Todo al contrario, creo que incluso estabas gozando, ¿o me equivoco?

–Hmm... –le contesto. Casi no logro mantenerme de pie y me siento magullada por tanto follar, pero el ritual me ha gustado, al menos mi vagina está más que contenta.

–Tienes cara de agotada. Si quieres, te llevo a la cama –me propone Liam.

–Encantada –susurro–, creo que necesito descansar un poco.

–Buenas noches, bichito. La verdad es que no estuviste nada mal –se despide Marcos, dándome un beso en la punta de la nariz.

Le doy un leve codazo:

–Idiota.

–Gracias, que sueñes con angelitos.

Álex también me da un beso de buenas noches antes de que Liam me levante del suelo y se me lleve de la habitación.

–¿Duermes conmigo o prefieres ir a tu habitación? –Quiere saber cuando estamos en el pasillo.

Asustada, abro los ojos de par en par.

–No tengas miedo. –Se rie–. Sé que no puedes más. Te dejo en paz, al menos para esta noche –añade, sonriendo socarrón.

–Pues, entonces duermo contigo –contesto más tranquila y me dejo llevar a su habitación. Hace mucho tiempo que no estaba tan agotada, pero no quiero quedarme sola ahora, después de esta vivencia.

Liam me coloca con delicadeza en su cama. Estoy rendida, pero no creo poder dormirme ahora: estoy demasiado turbada de la experiencia sexual con los tres chicos.

–¿Siempre lo hacéis de la misma manera? Quiero decir, ¿vuestro ritual iniciático tiene el mismo guión? –pregunto, a punto de dormirme.

–Rendida y bien follada, pero tan guerrera como siempre –opina Liam, sacudiendo la cabeza incrédulo–. ¿Por qué te interesa tanto lo que hacemos con otras mujeres? Por esta vez contestaré a tu pregunta, pero sólo porque esta tarde te entregaste a fondo. Sí, el ritual siempre es el mismo: primero el columpio, luego el sexo en la huerta del amor, con todos nosotros.

–Ajá –murmuro–. ¿Y cuántos de estos rituales iniciáticos habéis tenido hasta ahora?

–Olvídate, no diré más –rebate Liam–. Será mejor que te duermas o me lo pienso y te follo otra vez. Aún no me he corrido. Mejor que no me provoques.

«Mejor que no me provoques» le imito mentalmente. Decido seguir su consejo, estoy demasiado cansada para juegos de poder.

Me arrimo al pecho de Liam, inspiro su fantástico olor masculino y al instante, me quedo dormida.

Al día siguiente me despierto a media mañana. Estoy sola.

Parece que Liam ya se haya levantado. En vez de su cuerpo desnudo me encuentro una nota y un sobre.

Despliego la nota y empiezo a leer:

Buenos días angelito:

No quería despertarte. Tengo reuniones de trabajo y no vuelvo hasta mañana por la tarde.

Álex tampoco estará en los próximos días, o sea que estarás a solas con Marcos.

Espero que no os matéis.

Tienes a disposición a mi chofer. Su número de móvil está en la cocina. ¿Tal vez tengas ganas de ir de compras?

Me pondré en contacto contigo más tarde.

Hasta pronto,

Liam

Jolines, eso de que estaría fuera unos días me lo hubiera podido decir ayer por la noche.

De alguna manera, me siento abandonada. Después de la experiencia de ayer me hubiera gustado pasar el día con Liam. Me sorprende ver que esto me irrite tanto.

Parece que la presencia de Liam me importe más de lo admitido hasta ahora. También estoy algo decepcionada de Álex. Después de la fabulosa cita y la buena conversación de ayer, me hubiera gustado seguir hablando con él. Pero por el contrario, me dejan a solas con Marcos, cuando saben que no nos llevamos muy bien: Somos como perro y gato y es bastante agotador.

Intento deshacerme de los pensamientos negativos y abro el sobre.

Lo que encuentro en el interior no ayuda a mejorar mi humor: ¡dinero! Liam me ha dejado 1000 euros, junto a una breve nota:

Un pequeño adelanto...

Que disfrutes yendo de compras ;-)

Liam

Probablemente quería darme una alegría, pero ha conseguido todo lo contrario: Me siento mal y, de alguna manera, utilizada.

Es cierto, el sexo de anoche fue lo más increíble que he vivido nunca. Pero no me gusta la sensación de que, para los chicos, solo sea un polvo comprado. No estoy acostumbrada a esto. Puede que a otras chicas no les molesta, pero a mí sí, y mucho.

Me levanto con un nudo en la garganta y me dirijo hacia mi habitación, arrastrando las piernas. Recojo mis cosas y desaparezco al baño. Menos mal que no me tropiezo con Marcos, no tengo ganas de verle.

Me pongo debajo de la ducha y dejo que el agua corra sobre todo mi cuerpo. Al bajar el agua entre mis piernas, noto ardor en la vagina. Anoche le exigieron mucho.

«Liam probablemente sabía que no podría follarme en los próximos dos días –pienso amargada–. Por eso no se ha quedado. ¡Todos los hombres son iguales!»

Disgustada, me seco el pelo y me visto con unos vaqueros y un suave jersey de lana. A pesar del mal humor tengo mucha hambre y me dirijo a la cocina. Mi cuerpo necesita energía en forma de alimentación. Probablemente se cree en un estado de guerra y por esto, como previsión, pide comida. La verdad es que las reacciones físicas de ayer por la tarde tenían algo de ambiente de combate.

–Hola, buenos días –me saluda Marcos con una sonrisa insolente. Está sentado en la mesa del comedor, armado con un portátil.

–Hola –le saludo murmurando, de mala gana. Esperaba que también hubiese salido o por lo menos estuviese en su habitación. De momento, no tengo ganas de compañía masculina y menos aún la de Marcos. Parece que lo esté notando, aunque normalmente no sea muy espabilado en percibir estas cosas.

–¿Qué te pasa? Haces una cara de perros –pregunta, levantándose de su asiento y barrándome el paso–. ¿Qué tal un beso de buenos días?

–¿Es necesario? –pregunto malhumorada.

–Pues claro –contesta, agarrándome por los brazos–. Por aquí no pasas sin beso de buenos días.

Pongo los ojos en blanco, molesta:

–¡Déjame en paz, por favor! –le exijo.

–¿Cuál es tu problema? –me pregunta con mirada inquisidora.

–Da igual –murmuro, haciendo un gesto con la mano para quitarle importancia al asunto. ¿Cómo explicarle qué tengo, si ni siquiera yo lo sé exactamente?

–¿Es por Liam?

¡Toma! Me sacude un pequeño chute de adrenalina. ¿Tanto se me nota lo que pienso?

–¿Por qué me preguntas eso? –comento, como si la cosa no fuera conmigo.

–Maldita sea –gruñe Marcos enfadado y deja ir mis brazos tan repentinamente que me desplaza del sitio–. Lo sabía, nunca habíamos tenido que aceptarte en nuestro piso.

–No sé bien a qué te refieres –le rebato cautelosa.

–¡Sí que lo sabes! ¿Has vuelto a pasar la noche en la habitación de Liam, verdad? Liam nunca deja dormir a las chicas en su cama. ¡Nunca! O duermen en la habitación de invitados o a veces conmigo o con Álex. No sé que hay entre vosotros dos, pero quiero que no te olvides que éste solo es un piso de convivencia con algún extra. No hay sitio para otra cosa, ¿entendido? Desde un principio, yo estaba en contra de dejarte entrar a vivir aquí, pero Liam me ha mareado tanto que al final me he dejado convencer. No tengo nada en contra de ti personalmente, Carolina. Eres mona. Un poco naif y a veces demasiado tocacojones, pero simpática. Pero no eres ninguna profesional. Las otras chicas nunca permitirían que aflorasen sentimientos, más allá de los amistosos.

Las palabras de Marcos me hieren. Por la ira, se me forman manchas rojas. Realmente, es capaz de llevarme a mil en un santiamén.

–¿Quién te crees? –le bufo.

–Ves como tengo razón. De otra forma, no reaccionarías tan agresiva. Tienes que ser capaz de controlar tus sentimientos, si no, será mejor que dejes el piso.

–¿Por qué eres tan cabrón? –le espeto alterada. Se me ha quitado el hambre. No pienso pasar ni un minuto más con Marcos. Necesito salir y airearme las ideas.

Empuño mi bolso, me pongo la chaqueta y salgo corriendo.

–¿A dónde vas, Carolina? ¡Vuelve! –Oigo su voz en mi espalda–. No quiero hacerte daño, solo aclarar unas cosas.

–¡Qué te den! –refunfuño y abro la puerta del piso. No quiero esperar al ascensor, tarda demasiado, quiero salir ¡AHORA!

Una vez en la calle, respiro hondo un par de veces. No sé muy bien porque las palabras de Marcos me han sacado de quicio. ¿Tal vez porque sea un inútil, emocionalmente hablando? ¿Tan difícil es mantener una conversación amable conmigo y preocuparse un poco por mí? Precisamente porque no soy una profesional y porque la noche de ayer me ha dejado más confusa de lo imaginado.

¿Y qué quería decir con que no sabía lo que había entre Liam y yo? Nada serio, ¿no? ¿Verdad?

... *Liam nunca deja dormir a las chicas en su cama. ¡Nunca!*

... *Tienes que ser capaz de controlar tus sentimientos, si no, será mejor que dejes el piso...*

¡Maldita sea! Igual sería mejor salir del piso. Probablemente, no estoy preparada para tener sexo compartido con unos frikis emocionalmente mutilados.

Mientras estoy cavilando sobre lo que ha dicho Marcos, se para un bus a pocos metros. Subo sin pensarlo dos veces. A la mierda la limusina de Liam, no tengo ganas de compartir espacio con un chofer lacónico y que muy probablemente me considere una mujer fácil.

–Hasta el final del trayecto –le digo al conductor.

–¿Ida y vuelta? –me pregunta.

Me encojo de hombros:

–No lo sé todavía.

–En tal caso le recomiendo una tarjeta de día, le sale más barato.

–De acuerdo. ¿Cuánto vale?

–7,20 euros –contesta el conductor.

«Uf, carillo» pienso, alcanzándole un billete de 20 euros, mi último dinero. Lo que me devuelva tiene que bastar para desayunar.

El dinero de Liam no lo he tocado, el sobre sigue encima de su cama. Quiero que sepa que no quiero que me trate de este modo. Si solo tuviera un poco de inteligencia emocional tendría que saber que el dinero me molesta. Ya le he repetido muchas veces que no soy una prostituta y que no quiero que me paguen por el sexo. Y la escena que acaba de montar Marcos. Obviamente me gusta Liam, pero no estoy enamorada ¿o sí?

Puede que Marcos simplemente esté celoso. Tal vez no esté acostumbrado a que exista una mujer que no esté a sus pies y le adore.

Sin hablar de Álex. Primero me trata como una reina durante nuestra primera cita, me explica cosas muy íntimas para luego desaparecer el día siguiente. Ni siquiera me ha dejado una nota.

La verdad es que los tres están como una cabra y no sé si soy capaz de aguantarlos durante las próximas semanas. El sexo es fantástico, pero ¿vale la pena? El dinero obviamente me iría bien, pero el ‘adelanto’ de Liam me ha confirmado una vez más que no me gusta que me paguen por mis ‘servicios’.

«Ay Carolina –pienso–, siempre te metes en algún lío.»

–Señorita, tiene que bajar, es el final de trayecto y yo tengo pausa. –El conductor está delante de mi asiento y me mira incitante.

–¿Ah, hemos llegado ya?

Estaba tan ensimismada que no me había dado cuenta de que ya habíamos llegado a destino. Soy la última, todos los demás han salido ya.

Me levanto rápido de mi asiento, le deseo un buen día al conductor y bajo del autobús.

Desubicada, miro a mi alrededor.

Por dios, ¿dónde me he metido? Parece un pueblecito de campesinos. Me encuentro en lo que parece ser la calle principal. Delante de mí, muchas casas coloradas y más allá, campos y más campos. Hay tres tiendas, una pegada a la otra: una de electrodomésticos, un pequeño supermercado y una panadería.

«Vaya, tengo para escoger. ¿Por qué no me habré llevado el dinero de Liam?» pienso irónica.

Hoy no es mi día. Suspiro y me dirijo a la panadería. Espero que tengan un buen café y una mesita para desayunar con tranquilidad.

La panadería es pequeña y oscura, y no tiene asientos. Me compro un bocadillo y un café para llevar, y me siento en un banco delante de la tienda. Menos mal que hoy no hace tanto frío, hasta se hace ver el sol. Sorbo mi café y como mi bocadillo mirando a la nada. Anoche, después de la increíble experiencia sexual, me sentía invencible y también un poco amada. Hoy, solo me siento fatal. ¡Qué diferencia!

Enciendo mi móvil: un nuevo mensaje y veinte correos electrónicos desde mi última conexión. Primero miro los correos electrónicos. Tardo bastante en hacerlo, la conexión a Internet en este pueblo no es de las mejores. La mayoría de los e-mails es de publicidad, algunos son de mis amigas, uno es de mi madre preguntando por las últimas novedades y otro es de Tobías. ¡Vaya morro! Pero obviamente quiero saber qué dice. No logro ignorar el mail, tengo demasiada curiosidad. Echo una ojeada a lo que escribe, sacudiendo la cabeza, incrédula: Se disculpa de mil maneras y declara nunca haber estado enamorado de Ana. Lo del embarazo fue un accidente. Además me pregunta si nos podemos ver.

«Pobre Ana, –pienso– embarazada de un idiota como Tobías». Me es imposible odiarla, es más, me sabe mal por ella. ¿Quién quiere un padre así para sus hijos?

En la segunda parte del mail, Tobías me advierte de tener cuidado con Liam. Hay que ver: ÉL me previene A MÍ.

He oído que es una persona muy difícil y que su trato con las mujeres es extraño... ¡Ten cuidado!

Creo que Tobías es la última persona con derecho a opinar sobre otros. Es cierto que Liam, en el trato con las mujeres, es difícil y bastante raro. Me gustaría saber por qué forma parte de esta convivencia. ¿Qué le ha llevado a querer tener solo amantes y además, compartirlas con sus amigos?

Y, si es cierto lo que dice Marcos, que Liam normalmente no deja que ninguna mujer duerma en su habitación, ¿por qué se comporta de manera diferente conmigo?

Elimino el mail de Tobías, escribo unas palabras tranquilizadoras a mi madre y a mis amigas. Luego abro por fin el SMS.

Hola angelito:

Siento haber tenido que salir tan temprano, tengo reuniones muy importantes.

Te deseo un buen día y me hace mucha ilusión verte mañana por la noche. Prometo hacerte olvidar mi salida repentina □

*Liam :-**

Guardo mi móvil en el bolso, sin contestarle. Después de acabar mi desayuno, tiro el vaso de papel y el resto del envoltorio en un cubo de basura.

Doy una vuelta al pueblo: casitas bonitas con jardines bonitos de personas bonitas que seguramente se quedarían de piedra si supieran en qué lío me he metido. Mi cabeza me da vueltas y vueltas. Tampoco me va a solucionar nada. Tengo dos opciones: o sigo con mi estancia en el piso o lo dejo todo. Pero si me decido por esta última posibilidad, lo tengo que hacer ya. Si no fuera por mi feminidad que se queja de mi sentido común. Ella no parece tener nada de escrúpulos.

Después de vagar durante una hora, vuelvo a la parada de la calle principal para esperar el autobús. De momento, tengo que volver sí o sí. Espero que Marcos se

haya tranquilizado y que no me vuelva a sacar de quicio. Y espero que no se le ocurra querer acostarse conmigo.

–Buenos días señorita. ¿Le puedo ayudar? –La señora mayor me mira con cara de curiosidad.

Estoy sentada en las escaleras delante del edificio de nuestro piso, jugueteando con mi pelo, aburrida.

He tocado varias veces el timbre, pero Marcos no me ha abierto. O todavía está con morros y no piensa abrirme o realmente no está en casa.

Mala suerte no tener llaves de casa. Tampoco tengo el número de móvil de Marcos, ni quiero llamar a Liam.

–He olvidado las llaves de casa –le contesto, señalando la puerta de entrada.

–Ah. ¿En qué piso vive? ¿O está de visita? No le he visto nunca. –Me mira con detenimiento, por encima de sus gafas.

–En el último piso, pero solo por poco tiempo.

–¿Con los tres jóvenes?

–Sí, exactamente –le contesto titubeante. Aparentemente, la señora mayor es una vecina de mis compañeros de piso. Quién sabe de todo lo que se entera. Noto como me suben los colores.

–¿Entonces es la nueva ama de llaves? –pregunta–. Conocía a su predecesora. La conocí el día que tuve un pequeño accidente: resbalé en la acera y caí. Nicole me ayudó a levantarme y se ocupó de mí durante unos días, a escondidas. No quería que los tres hombres se dieran cuenta. No sé porqué, pero los tres señores parecen algo complicados. Ejecutivos... En fin, Nicole es una chica muy maja. Muy callada, pero muy dispuesta a ayudar.

Le regalo toda mi atención. Nicole tiene que ser una de las chicas. ¿Será esta la oportunidad de saber más sobre los tres chicos?

–Sí, se me podría definir como la nueva ama de llaves –le contesto rápido–. ¿Y mi predecesora, qué explicaba del trabajo?

–No mucho –me contesta la señora, encogiéndose de hombros–. Solo que trabajaba durante un periodo para mis vecinos, pero solo con un contrato temporal.

Aparentemente, los tres jóvenes solo contratan a suplentes, todas muy guapas, pero ninguna se queda mucho tiempo. He encontrado a algunas en la escalera, pero excepto un “buenos días” no decían nunca nada. Tal vez eran todas extranjeras. ¿Usted es extranjera?

–No –le contesto cautelosa. No creo que mis compañeros de piso quieran que hable con los vecinos. Aparentemente, todas, excepto Nicole, se atuvieron a ello.

–Siempre pienso en llamar a Nicole para preguntarle cómo le va y qué hace, pero después se me olvida. Sabe, a veces olvido cosas.

–¿Tiene el número de teléfono de Nicole? –pregunto nerviosa.

–Sí, poco antes de irse, me dejó su número de móvil.

¡Quiero este número! Me invento una historia sobre la marcha.

–¿Me podría dejar el número de Nicole? Es que hay unos aparatos que no sé muy bien como funcionan, sabe, cosas muy modernas. Tal vez me pueda ayudar.

–¿Por qué no? Entre y le dejaré el número.

Entro a la casa, exultante, siguiendo a la señora amable. Menos mal que vive en el entresuelo, no creo que oiga nada de las actividades nocturnas del ático. Espero no encontrarme nunca a las personas que viven en el piso debajo del nuestro.

–Entre, señorita....

–Carolina, me llamo Carolina –le contesto, entrando en la vivienda de la señora.

Media hora y dos infusiones más tarde, vuelvo a salir del piso de María, la señora amable, con el número de teléfono de Nicole en mi bolso. Prometí a María de volver pronto, a cambio, me dio la palabra de no decir nada a los chicos:

–Los hombres son algo caprichosos. Por eso le agradecería que no sepan que nos conocemos. Como en el caso de Nicole. No quiero problemas –le expliqué.

En estos momentos, intentar localizar a Marcos para entrar al piso, es lo último que me interesa.

Me alejo unos quinientos metros, me siento en un muro, saco el papel del bolso y llamo al número.

Mis nervios están a flor de piel. Dejo que suene un buen rato. Cuando estoy a punto de colgar, oigo una voz femenina:

–¿Sí?

Casi se me cae el móvil por el susto.

Respiro hondo. Ahora o nunca.

–¿Hablo con Nicole? –pregunto nerviosa.

–Sí. ¿Y usted, quién es?

–Me llamo Carolina. El número de teléfono me lo dio una conocida que tenemos en común – ¡María!

Después de unos segundos, vuelve la voz de Nicole:

–¿De dónde conoce a María? –La voz suena desconfiada, demasiado desconfiada.

–Digamos que es mi vecina. Yo vivo en el último piso –contesto valiente.

Al otro lado de la línea no se oye nada, silencio absoluto.

–¿Hola? ¿Nicole? ¿Sigue ahí?

«Por favor, no cuelgues» suplico para mí.

–¿Se ha vuelto loca? ¿Por qué me llama? ¡Ahora cuelgo y le rogaría de no llamarme nunca más! –La voz de Nicole casi suelta un gallo.

–No, por favor –suplico– ¡No cuelgue! ¡Escúcheme, por favor! He entrado a vivir al piso por casualidad y necesito urgentemente algunas respuestas. Usted es la única que me puede ayudar. ¡Por favor!

Aguanto el aliento, en espera. Si Nicole no cuelga ahora, tal vez tenga una pequeña posibilidad de saber más sobre los tres hombres.

–¿Qué quiere decir por casualidad? –La voz de Nicole sigue teniendo un tono desconfiado, pero me parece entreoír también una cierta curiosidad.

–Hace unos días, conocí a los tres chicos en un bar y ahora estoy viviendo con ellos...

–¿Qué? –La voz de Nicole ahora es de espanto–. ¿Usted no ha contestado a ningún anuncio?

–No –le contesto rápido antes de que Nicole cambie de idea y cuelgue de verdad–. Me he metido por casualidad y ahora estoy un poco agobiada. No es que no me guste. Los chicos son amables y una cosa así no la he vivido nunca, pero no sé si a la larga seré capaz de aguantarlo.

–¡Dios mío! No me lo puedo creer. ¿Eres una principiante? –Por la excitación, Nicole pasa a tutearme, automáticamente.

–Si se mira desde este punto de vista, sí que lo soy –contesto cautelosa.

–Pues entonces será mejor que salgas cagando leches. ¡Este juego no es para principiantes! –me rebate.

Me parece interesante que Nicole califique su estancia en el piso como juego.

–No es tan fácil –le contesto–. Es que me encuentro en una situación incómoda: no tengo dinero ni trabajo ni piso. La convivencia con ellos es de momento mi vía de salida.

–No es buena idea. ¡Las secuelas son extremadamente importantes!

–¿Qué quieres decir con eso? –pregunto. Empiezo a tutearla también.

–Escúchame. Yo no te puedo ayudar. Conoces el contrato y yo no tengo ganas de tener más problemas. Ya te he dicho demasiadas cosas –concluye Nicole.

–No, por favor, ¡No cuelgues! ¿Sería posible vernos?

–¿Vernos? –me grita espantada–. No tendrías ni que tener mi número. Fue un error dejar mi número de teléfono a María. No contaba con que pasara el número a una de mis sucesoras.

–¡Por favor, Nicole! –la suplico–. No digo nada a nadie. Yo también he infringido las normas por llamarte. ¡Por favor, queda conmigo!

Vuelve el silencio durante unos segundos. Nicole parece reflexionar.

–Envíame un SMS con tu dirección de mail. Me lo pienso y te digo algo en las próximas horas, pero solo porque me parece inadmisibile que hayan acogido a una principiante. Hazme el favor de eliminar mi número de teléfono de las listas de llamadas, y después también el SMS. Por si acaso.

La conversación se termina repentinamente. Espero que Nicole me proponga vernos. Tengo muchas preguntas.

Le envío inmediatamente un SMS con mi dirección de correo electrónico. Después elimino el SMS de mi lista de mensajes. Descarto también su número de teléfono de la lista de llamadas y el papelito con su número de teléfono lo guardo en un minúsculo compartimiento de mi bolso. Es un escondite tan recóndito que no creo que alguien lo encuentre. Yo misma lo hallé hace poco.

Me quedo un rato más sentada en el muro, pensativa, mirando a unos gorriones peleándose por un trozo de pan.

«Qué sencilla y fácil tiene que ser vuestra vida» pienso suspirando.

¿Dónde diablos me he metido?

Pensando que me quedo a solas con Marcos hasta mañana, se me pone la piel de gallina. ¡A ver cómo aguantaremos!

No puedo continuar salir corriendo. Será mejor que compruebe si está en casa.

Unos minutos más tarde estoy otra vez delante de la puerta principal. Toco el timbre. Por un lado, espero que Marcos no haya vuelto, por otro, tengo hambre y necesito ir urgentemente al servicio.

–¿Sí? –La voz que sale del interfono delata que Marcos está molesto. Suspiro:

–Sí, soy yo. ¿Me dejas entrar, por favor? No tengo llave.

–¿Por qué debería abrirte? ¡¿No querrás compartir tu tiempo tan valioso conmigo, verdad?! –rebate Marcos.

–Hombre, no seas borde. ¡Ábreme, por favor! –le contesto irritada.

–¿Qué me das a cambio? –pregunta.

–Mi eterna gratitud –le contesto, haciendo rodar los ojos. ¿De los tres, por qué tiene que estar siempre Marcos en casa? Lo cambiaría encantada por Liam o Álex.

–¿Qué te parece un poco de sexo oral como contraprestación? Me gustó tu actuación durante la cena del otro día –resuena en el interfono.

–Shhh. –Le pido callarse, porque justo en este momento está pasando una mamá con un cochecito. Abre mucho los ojos, me mira con cara de espanto y se aleja sacudiendo la cabeza. Debe de haber escuchado las palabras de Marcos. ¡Qué vergüenza!

–¿Lo podríamos hablar en persona? Hay más gente en la calle –contesto en voz baja.

Como respuesta oigo como por fin se abre la puerta.

Al salir del ascensor, Marcos ya me está esperando en la puerta del piso, en los labios una sonrisa irónica.

–¿Qué pasa? –pregunto.

–¡Sabía que volverías!

–¿No me queda otra, no? Si tuviera una alternativa, seguramente no habría vuelto. Al menos no mientras estés solo tú en casa.

–Venga Carolina, porqué te empeñas en portarte mal conmigo. Si te esforzaras un poco, podríamos divertirnos mucho.

–¿Y cómo definirías “portarse bien” contigo? Tal vez así: ¿Querido Marcos, me permites comerte la polla? –le contesto perspicaz.

Marcos rompe a reír:

–¡Por lo menos sería un buen comienzo! ¡No tendría nada en contra!

–Me lo creo, ya –le contesto, haciendo rodar mis ojos–. ¿Me dejas entrar o no?

Asiente con la cabeza, me levanta del suelo, echándome al hombro. Todo pasa tan de prisa que no tengo tiempo para reaccionar. Con una mano le golpeo la espalda, con la otra agarro obstinadamente mi bolso.

–¿Pero qué haces? ¡Haz el favor de bajarme!

–¡Solo si te disculpas! –me contesta. Después de haber pasado el umbral, cierra la puerta con un pie.

–¿Yo tengo que disculparme? ¡Estás loco, no sé por qué debería! –le bufo.

–Tienes suerte que hay que cuidarte hoy, sino te ataría en mi habitación y me turnaría entre follarte y azotarte tu culito –gruñe Marcos.

Aunque Marcos me saca de quicio otra vez, sus palabras provocan una agradable tensión en mi bajo vientre.

¡Qué traidora mi feminidad!

–No me gusta el sadomaso. ¡Bájame, ahora mismo! –le contesto rápido.

–¡Tú no sabes bien todo lo que te gusta! –me rebate arrogante–. Y no llamaría sadomaso a zurrarte un poquito el culo.

Sin pensarlo, le muerdo la espalda, no muy fuerte, pero lo suficiente para que me deje rápidamente al suelo, soltando un grito.

Me mira con ojos airosos:

–¡Qué bestia!

En un santiamén, me doy la vuelta, desaparezco hacia el baño y cierro la puerta con llave. No tengo tiempo para discusiones. Necesito ir urgentemente al baño, mi vejiga está a punto de explotar.

«Uf, como apretaba» pienso aliviada, al notar que la presión desaparece por fin.

Ayer noche mis partes más íntimas aún estaban irritadas, pero ahora ya no noto nada. Ni ardor ni hinchazón. Los chicos estuvieron muy cautelosos, quien lo hubiera dicho. Muy probablemente podría mantener relaciones otra vez.

«Si Marcos supiera...» sonrío irónica.

De hecho, creía que me perseguiría o al menos llamaría a la puerta del baño, pero no oigo nada fuera.

Abro la puerta con precaución y miro a un lado y a otro del pasillo, por si está Marcos, pero no, no le veo. ¿Tal vez esté enfadado porqué le mordí? Pero tampoco fue tan fuerte, y él me provocó.

«Menos mal que Marcos no es mi pareja, me volvería loca» pienso, encaminándome hacia la cocina. Necesito urgentemente un café como dios manda. El café diluido que me tomé en la panadería en todo caso era suficiente para regar las plantas, no para despertar a nadie.

–De acuerdo, sí. Intentaré venir. Tal vez me acompañe alguien. ¿Cómo? ¡No, no, de ninguna manera! –Oigo la voz de Marcos en el salón. Arriesgo una mirada y le veo cerca de la ventana, hablando por el móvil. Parece molesto, no sé si por mí o por la llamada. Decido ignorarle, saco una taza de café del armario de la cocina, meto una cápsula en la máquina de café y le doy al botón de inicio. Pero, en vez de sacarme café, la máquina empieza a silbar y bufar.

–¿Pero qué haces? –De repente está Marcos a mi lado, apretando uno de los botones de la máquina de café; al momento se paran los ruidos.

«Qué chisme más tonto» pienso.

–¿A ti qué te parece? –le contesto–. Pensaba hacer saltar por los aires vuestra cocina, ¿no lo oías?

–¡Calla! –Marcos me mira a los ojos, llevando un dedo a su boca.

–¡¿Cómo que calla?! –quiero saber.

–Deja de provocar. ¡Me estás dando la lata!

–¿Yo te estoy dando la lata? Si has empezado tú, recriminándome. ¡Y solo porque estás celoso!

–¿Yo? ¿Por qué iba a estarlo?

–Porque me entiendo mejor con Liam y Álex. ¡Sabes qué te digo: el culpable eres tú! Te comportas fatal, eres eres eres un macho idiota. –Empiezo a tartamudear por la agitación.

–¡Venga, ven conmigo! –Marcos me agarra de la muñeca y me arrastra consigo.

¿Y ahora qué? ¿Querrá acostarse conmigo? Noto como se erizan los pelos de la nuca. No quiero contacto físico con Marcos ahora, estoy demasiado agitada. Además, de momento me cae de todo, menos simpático.

Sé que, al consentir las condiciones del contrato, me he comprometido a acostarme con ellos siempre que lo deseen. Pero tengo el derecho de decir que “no”, por ejemplo cuando no me encuentro bien. Y Marcos acaba de decirme que tengo que cuidarme. Pues qué le den...

–¿Qué pasa? ¡Déjame! –le riño.

–De acuerdo –Marcos me suelta tan repentinamente que me tambaleo y me tengo que apoyar en la pared para no caer.

¡Idiota!

—¿Serías tan amable de ponerte una chaqueta? Vamos de excursión.

—¿Qué tipo de excursión? —pregunto alarmada.

Durante nuestra última excursión me tiró de un avión. ¿Qué está tramando esta vez? No volveré a saltar de ningún avión, tampoco de un puente. Ni acariciar una tarántula o nadar con pirañas o vete tú a saber qué más cosas raras pueda haber.

¡Que no cuente conmigo!

Me planto delante del pequeño coche eléctrico de Marcos y cruzo mis brazos, ostensivamente:

–¿No subo si no me dices adónde vamos!

–Déjalo Carolina –gruñe Marcos, molesto.

–¿Estás loco, o qué? No soy ningún perro “Calla Carolina”, “Déjalo Carolina”. ¿Qué hay de mal en decirme adónde vamos?

–Las hay que hablan demasiado y de repente desaparecen en un garaje. –Los ojos de Marcos brillan peligrosamente mientras se me acerca.

De hecho, nadie lo notaría si me hiciera desaparecer aquí y ahora: En el garaje, no hay ni un alma.

«Socorro –pienso–, ahora sí que se está volviendo loco. Desde el principio que me parecía un poco psicópata».

–¿Qué quieres decir con eso? –pregunto insegura, colocando mi bolso delante de mi pecho, como si fuera un escudo. Busco mi móvil y miro la pantalla: no tengo cobertura, ni una línea. ¡Maldito garaje! ¿Tal vez funcione la llamada de emergencia? Probablemente tampoco...

–¿Deja tu bolso en el suelo y date la vuelta! –me ordena, empujándome hacia su coche.

–¿Qué, qué quie-, quieres? –tartamudeo.

–¿Tú qué crees? –rebate, desabrochando lentamente sus pantalones–. Te follaré un rato y me da igual si te duele todavía. De otra forma, no hay manera de que nos entendamos. Tal vez estarás más mansa después.

–¿Y si no quiero?

–¿Y si me da igual?

Por un momento pienso si no dejarle jaque mate con una única patada en sus partes blandas y salir corriendo. Pero se me adelanta, aparta mi pelo hacia un lado, dejando el cuello libre, y empieza a besar mi nuca. Sus dedos buscan el camino a mi escote y acarician suavemente mis pezones.

Aunque a veces mi mente le deteste, mi cuerpo reacciona de seguida a sus caricias. Noto como se desvanece la tensión y mis pezones se endurecen.

–Ves como si –refunfuña Marcos, mordiéndome levemente en el lóbulo de la oreja. Su aliento caliente y su voz erótica derriten mi última resistencia. Con una mano tanteo detrás de mi espalda y frote levemente la punta de su pene ya medio erecto.

Marcos gime en voz baja. Decido que ha llegado el momento de cambiar el reparto de poderes. ¡Ahora las riendas las tomo yo!

Me doy la vuelta tan rápidamente, que no tiene ninguna posibilidad de agarrarme, me arrodillo delante de él y meto su polla en mi boca.

–Qué.. –Empieza, pero no logra decir nada más, porque yo, ya he empezado con el juego. Mi lengua juguetea con su glande mientras que, con la boca y mis dedos, le masajeo el tronco.

–Déjalo –gime–, ¡si no me corro ya!

–¿De acuerdo! –Me aparto de él en un santiamén, me levanto sonriendo y me dirijo hacia la puerta del copiloto–. ¿Nos vamos?

–¿Qué cabrona! –gruñe Marcos–. ¿No te crearás en serio que te dejaré ir sin más?

–Sí, es lo que creo –le sonrío, haciendo una señal hacia el ascensor. Marcos me sigue la mirada.

–Maldita sea –se queja, abotonándose rápidamente sus vaqueros. Justo a tiempo, porque en este momento se abre la puerta del ascensor de la que sale un señor mayor. Al vernos, nos desea el buenos días. Yo levanto la mano como saludo, Marcos hace lo mismo con una cabezada. Cuando me abre la puerta del coche, sus ojos brillan peligrosamente.

–Gracias –le sonrío, tomando asiento en el lado del acompañante.

Gracias al señor mayor, el resultado es 1:0 a mi favor.

–¡No te rías con tanta autosuficiencia! No hemos acabado aún, tú y yo. Hoy te toca sí o sí –gruñe Marcos unos minutos después.

Estamos parados delante de un semáforo en rojo, esperando que se ponga verde. Creo que es mejor que me calle. Si no me quiere decir a dónde vamos, tengo que aceptarlo. Pero esta vez no me dejaré convencer para hacer una cosa que no quiero. Es cierto que he firmado el contrato de convivencia, pero no he renunciado a mi libre albedrío.

«Espero que vayamos a un sitio con mucha gente». Imaginarme estar a solas con Marcos me hace sentir incómoda. Si interpreto bien sus miradas, ahora mismo me enviaría al diablo. Visto como está física y emocionalmente, mejor no quedarse a solas con él. Podría ser peligroso para mi bajo vientre.

Marcos bufa molesto una vez más, luego se reincorpora:

–No tenemos tiempo para jueguecillos. En cuánto lleguemos, quisiera que nos tratásemos amablemente. Espero que sea posible. Te presentaré como una antigua compañera de estudios. No digas nada sobre el piso o cualquier cosa relacionada con él, ¿de acuerdo?

Asiento con la cabeza.

«No estaremos solos –pienso aliviada–. Aunque será más difícil comprobar mis mails. Espero que Nicole dé alguna señal de vida».

Poco después paramos delante de una grande villa de obra vista roja. El jardín que la rodea es enorme, con un campo de fútbol para niños, columpios, trepadores y cajones de arena.

¿Qué será? ¿Una escuela? ¿Un parvulario?

–¿Es dónde vamos? –pregunto maravillada, señalando al edificio–. ¿Una escuela? ¿Qué hacemos aquí?

–No, no se trata de una escuela –contesta Marcos, sacudiendo la cabeza–. ¡Ven, tenemos que darnos prisa!

Ya ha salido del coche y se dirige rápido hacia el edificio. Le sigo algo confusa. ¿Qué se le ha perdido aquí?

–Venga Carolina, date prisa que llegamos tarde. Todavía tenemos que cambiarnos. –Me apresura Marcos.

¿Cambiamos? Mi cara es un signo de interrogación.

Marcos le da la vuelta a la villa y se para delante de una pequeña puerta de madera.

¿La puerta de atrás? ¿O tal vez la del infierno?

–Un momento –dice Marcos, buscando algo en el bolso de sus pantalones–. ¡Aquí está! –Triunfante, me enseña una llave con la que abre la puertecita.

¿Por qué tiene una llave de esta casa? ¿Y qué querrá decir con ‘cambiarse’? Espero que no estemos entrando a uno de estos clubs eróticos extraños. ¿Con juegos para niños en el jardín? Creo que sería demasiado de locos, hasta para Marcos. Entro expectante, pero también con un poco de recelo.

Nos encontramos en una entrada a un sótano que da a dos puertas más. En el cuarto hay unas cuantas bicicletas de niños y patinetes. En una esquina se amontonan juguetes de arena y del techo cuelgan bolsas de red que contienen pelotas de básquet y de fútbol.

«¿Tal vez sí un parvulario? Al menos no es ningún club erótico raro-pienso aliviada–. ¿Pero qué quiere Marcos en un parvulario? ¿Y qué pinto yo?»

Marcos abre con ímpetu la puerta a su derecha y me indica que le siga.

El cuarto en el que nos encontramos ahora está tan repleto de cosas que solo podemos girarnos sobre nosotros mismos, y aún así, con mucha dificultad. Está lleno hasta el techo: Aquí se amontonan cosas de bricolaje, juegos y libros antiguos. Tres cajas de madera ocupan todo el lado frontal del cuarto. Marcos abre una de ellas.

–Ah, aquí están. Sabía que todavía teníamos guardadas las cosas en algún lugar. –Del arca, Marcos saca un sombrero de copa negro, una capa, una peluca y un disfraz brillante.

–¡Toma, ponte esto! –me dice, alcanzándome el traje de lentejuelas. Me lo miro con asombro.

–¿Para qué? –pregunto–. ¿Quieres hacer teatro conmigo? ¿O se trata de algún extraño numerito sexual de disfraces?

–Nada de todo esto. Aunque no tendría nada en contra de un extraño numerito sexual –me contesta riéndose–. El increíble Magnus necesita tu ayuda... como asistente.

–¿El increíble Magnus?

Marcos se cubre con el sombrero de copa y se inclina delante de mí

–Perrrrrrmitame presentarrme: Soy Magnus, el mago increíble.

Tengo que reírme, su acento suena realmente divertido.

–En serio Carolina, necesito tu ayuda.

Arqueo una ceja.

–Se trata de un centro de menores y hoy los niños celebran una fiesta –explica Marcos–. Daniel, el que normalmente hace de mago, me llamó antes. Tuvo un pequeño accidente, nada grave, pero le impide actuar. El mago siempre es el plato fuerte del programa, por esto tenemos que reemplazarlo.

–¿Tenemos? –Sonríe. No me hubiera imaginado nunca una excursión de este tipo. Me parece divertido actuar con Marcos en un programa de magia. Me gustan los niños y tampoco tengo problemas para hacerlos reír. Solo espero que Marcos, mejor dicho *Magnus*, conozca algún truco realmente extraordinario, porque no tengo ganas de hacer el ridículo delante de los niños.

–De acuerdo, haré de tu asistente –le confirmo, alcanzando el disfraz–. A cambio me debes algo.

–¡Qué bien! –Marcos parece aliviado, luego me guiña un ojo–. Te daré las gracias más tarde.

Yo hago ver que estoy irritada, poniendo los ojos en blanco.

–¿Ayudas a menudo? –pregunto, mientras me pongo el traje–. ¿O por qué tienes una llave?

De repente, Marcos se pone muy serio:

–Trabajo de voluntario y también apoyo al centro con mi dinero. Los niños son muy importantes para mí, conozco a cada uno de ellos.

–Me encanta –le contesto, mientras abotono el traje de lentejuelas y arreglo mi pelo en un moño. Aunque me cae muy antipático a veces, el compromiso para con los niños me parece extraordinario.

Tendría que aprovechar la ocasión de estar a solas con Marcos para intentar saber más sobre él.

Intento que mi próxima pregunta suene de paso:

–¿Qué relación tienes con este centro de menores?

Marcos parece reflexionar.

–Liam tiene razón –continúa–. Haces demasiadas preguntas. ¡Normalmente, nuestras compañeras de piso no tienen tanta curiosidad!

Suspiro.

–Pero yo no soy como vuestras compañeras ‘normales’. El sexo no lo es todo. Me interesáis también como personas. Me gusta conocer un poco más a la gente con la que estoy tratando. ¿Qué hay de malo en ello?

Marcos me mira directamente a los ojos, como si buscara una respuesta. Sus ojos me hacen estremecer un poco, pero le aguanto la mirada.

Después de unos segundos, las comisuras de sus labios empiezan a contraerse.

–Pocas veces me he tropezado con una pequeña canalla testaruda como tú –me dice, visiblemente divertido–. Te propongo un trato: Si me ayudas y no hacemos el

ridículo delante de los niños, te contesto algunas preguntas. A cambio, yo también te haré unas cuantas. *Quid pro quo*, ¿de acuerdo?

–De acuerdo.

–Bueno, pues vámonos –me incita Marcos, dejándome en la mano un cajón con utensilios de magia–. No nos queda mucho tiempo para preparar el escenario. La función empieza de aquí a quince minutos.

–Yo lo sé, yo lo sé...

«Dios, ¡por qué no te callas!» pienso, fulminando al niño pesado de la primera fila.

Marcos se esfuerza para entretener a los aproximadamente treinta niños reunidos entorno al pequeño escenario del comedor. Efectivamente, conoce unos cuantos trucos de magia: Los ha dejado boquiabiertos con uno de naipes, uno de monedas y otro con un billete y un bolígrafo. Menos mal que mi rol durante el espectáculo se limita a alcanzarle y guardar objetos. Tampoco tengo que hablar, aunque en este momento me vendría muy bien para hacer callar al sabelotodo de la primera fila que me pone muy nerviosa. A Marcos no parece molestarle la interrupción. Todo lo contrario: Invita al pelmazo a subir al escenario para que le asista durante el próximo truco. Me asombra la capacidad de Marcos de llevarse bien con los niños, el pequeño le está comiendo de la mano y se calla por fin.

Parece que Marcos tenga una afinidad muy especial hacia los niños. ¿Por qué es tan raro con las mujeres? ¿Por qué no es capaz de relacionarse de una forma normal también con las chicas?

El Marcos sobre el escenario no tiene nada que ver con el engatusador que conozco yo. Parece muy distendido y tiene pinta de pasárselo bien. Me gusta mucho más Magnus el Mago que Marcos el Macho.

¿Tal vez pueda pedir que se hechice a sí mismo y quede tan amable y divertido?

Marcos presenta cinco trucos más, luego me toca con su varita mágica:

–Ahora podéis pedir que mi encantadora asistente Carolina cante algo para vosotros. La acabo de transformar en reina del pop. ¿Quién quiere proponer una canción?

¿Cómo? No me puede hacer eso, ¡odio cantar!

Los puntos de simpatía que acababa de ganar se deshacen en nada.

–¿Estás loco? –le refunfuño–. Si hay una cosa que no sé hacer, jeso es cantar!

–No te pongas así, tenemos que improvisar. No conozco más trucos. Ahora te toca a ti.

–¡Olvídate! –le gruño en voz baja.

–A ver, ¿alguna propuesta? –pregunta Marcos en voz alta, ignorando por completo mi respuesta.

Se levantan por lo menos veinte dedos.

«No, –pienso horrorizada –no me puede hacer eso».

Desde que iba a primaria, odio cantar en público. La culpa la tiene el profesor de música que estaba convencido de que todo el mundo sabe cantar y que me obligó a cantar delante de todos los padres. Pero yo no sé cantar, nunca lo he sabido hacer. Doy con las notas pero siempre medio segundo más tarde, lo que confiere a mi canto un tono bastante estrambótico. Y que mi canto no gusta, lo sé desde que vi las caras apenadas de los padres.

Le he asistido encantada en sus trucos de magia, pero que ahora tenga que ser segundo plato y cantar, es pedir demasiado.

–Ana, ¿qué quieres que cante Carolina? –Marcos señala con el dedo a una pequeña niña rubia de la primera fila.

–¿Sabe cantar *We will rock you*? ¡Es que me encanta esta canción!

–¡Seguro que lo sabe! –Marcos me regala una sonrisa, tocándome ligeramente con su varita mágica–. Abracadabra, Carolina cantará para vosotros.

«Qué bien que se hable de mí en tercera persona» pienso indignada.

–Es que no me sé muy bien el texto –le gruño en voz baja.

–Ca-ro, Ca-ro... –Marcos me ignora y empieza a tocar las palmas.

–Ca-ro, Ca-ro... –le imitan los niños, mirándome expectante.

Yo fulmino a Marcos de una mirada. Qué cabrón. Yo le saco de un apuro y a cambio, me pone en evidencia. Me parece que no podré librarme de esta.

Pero de repente, se me ocurre una idea. De hecho, la pequeña Ana no hubiera podido escoger mejor canción.

–Si queréis que cante, necesito vuestra ayuda. Yo empiezo y vosotros me seguís, ¿de acuerdo?– Empiezo a marcar el ritmo de *We will rock you*: Doy dos palmadas encima de los muslos y una en las manos. Dos veces muslos, una vez manos.

Los niños se dejan llevar entusiasmados.

«Menos mal» me digo contenta.

Con el ruido que hay en el comedor, a nadie le llamará la atención si me equivoco en el texto y aún menos, como canto.

Al acabar, me inclino galante.

El aplauso de los niños me hace sonreír. Uf, agradezco a Ana su elección.

–Y ahora –empiezo rápidamente para que a Marcos no se le ocurra hacerme cantar otra vez–. El gran Magnus hechizará a uno de vosotros. ¿Quién quiere?

–¡Eres imposible! –le espeto a Marcos, enfadada.

Después de haber transformado algunos niños en reinas y reyes del pop y más tarde, en diferentes animales, cerramos nuestro espectáculo. Los niños están con sus monitores en el jardín haciendo una gincana, mientras que nosotros guardamos los utensilios mágicos.

–No sé por qué te enfadas tanto. Creo que fuimos muy buenos. Al menos parece que a los niños les gustó.

–¡Tal vez a los niños, pero a mí, no! Odio cantar. Y sobre todo delante de público. Y detesto que me obliguen a hacer una cosa que en el fondo, yo no quiero hacer.

–¿Ah sí? –rebate Marcos, mientras dobla su capa–. Yo creo, que solo así te permites salir de tu estado de cohibición. Cuando se te obliga...

–¡Esto es el colmo! –le rebato yo, indignada–. ¡Encima me insultas!

–Eres muy mona cuando te enfadas, ¿lo sabías? –Marcos se ríe socarrón–. ¡Me encanta fastidiarte!

Antes no me creía capaz de hacer daño a alguien de un arrebato, pero creo que voy a cambiar de opinión: Lo estrangularía ahora mismo. Aparentemente se ha dado cuenta de que sería mejor no pasarse de la raya, porque me pone el brazo encima del hombro, susurrándome al oído:

–Vayamos a casa. Como recompensa por tu ayuda, te contestaré algunas preguntas. ¡Y después, te quiero desnuda!

–Ya sé como puedes resarcir tus impertinencias. –Estoy sentada en la mesa de la cocina, saboreando un *latte macchiato*, y observo a Marcos que está preparando un tentempié. Me da la espalda y visto desde atrás, también es de buen ver. No me deja ayudar, lo que tampoco me molesta: después del agotador programa con los niños, creo que me merezco una pausa.

–¿Cómo? –me pregunta Marcos.

–Observar tu espalda es interesante, pero sería más bonito si te quitaras tu camiseta.

–¡Ah! ¿Y tú crees que te lo mereces?

–¡Eso y más! –le contesto–. Ya que estás, ¡podrías quitarte también los pantalones!

–¿O sea que te gustan hombres que sepan cocinar y lo hagan semidesnudos?– pregunta Marcos, sonriendo.

–¿Ya estamos en la ronda de preguntas y respuestas que prometiste? –pregunto a mi vez.

–No, déjanos comer primero –contesta Marcos, removiendo en una de las cazuelas.

–¿Y cuándo empiezas a desnudarte? Los he visto más rápidos –le sonrío insolente.

–¿Ah, pero iba en serio? ¿Quieres que te haga un striptease cocinando?

–¡Sí! Al fin y al cabo, yo canté para ti, cosa que normalmente no hago nunca.

–De acuerdo. Lo hago para darte las gracias por haber colaborado conmigo y cantado, a pesar de todo.

Marcos manipula su iPad y de repente, de los altavoces colocados en la ventana, resuenan los primeros compases de *You can leave your hat on*, la no va más en canciones para los striptease.

Estallo en una risa: A veces Marcos sí que tiene humor.

Empieza a moverse a ritmo de la música. Sube lentamente su camiseta, enseñándome sus abdominales. Su mirada es tan lasciva que me suben los colores.

Sé que Marcos baila muy bien, lo vi bailar el otro día, pero no me hubiera imaginado nunca que fuera tan bueno haciendo striptease. Mis amigas se volverían locas si lo pudiesen ver. Hasta podría hacerle sombra a Channing Tatum, y esto son palabras mayores. Su striptease en *Magic Mike* nos ha alegrado más de una velada entre amigas. Y yo tengo la suerte de tener delante de mí un ejemplar similar, en vivo y en directo. ¡Fantástico!

Mientras tanto, Marcos se ha plantado delante de mí, con el torso desnudo.

¡Realmente un buen mozo, al menos para los ojos! «Si baila tan sexy y mantiene la boca callada, podemos vernos a solas más a menudo» pienso, tomando otro sorbo de café. De repente, mi boca se ha quedado muy seca.

–Ya que estamos, lo hacemos bien –oigo murmurar a Marcos, mientras saca algo de la nevera.

–¿Estás de broma? –le digo, cuando veo lo que tiene entre manos.

–¡Claro que no! –rebate sonriendo, enseñándome un bote de nata en spray–. Has pedido el show completo.

–¿Lo haces a menudo? –le pregunto, quitándole el bote de las manos.

–Solo para un público selecto –me contesta, sacándose un mechón rebelde de la cara–. ¡Venga, empieza! –me invita. Tengo el torso desnudo tan apetecible todo para mí.

No hace falta que lo diga dos veces. En un bar de striptease, el numerito con la nata me haría sentir vergüenza ajena. Pero aquí, con un tipo tan bien plantado para mí sola, me parece muy sexy.

Sacudo el bote y aplico un poco de espuma dulce y blanca en el pecho desnudo de Marcos. La reparto con la punta de un dedo y empiezo a lamerla con fruición.

Marcos me observa mientras me pongo el dedo en la boca para acabar de chupar el último resto de la nata. Lo hago muy lentamente, a propósito, para que se ponga en marcha su imaginación.

–¿Por qué no te desnudas del todo? –le invito–. Conozco un sitio dónde esta de aquí tiene mucho más sabor.

–¿Ah sí? –Marcos mantiene mi mano firme y empieza a chupar mi dedo.

Mmm...

–¡Desnúdate! –le ordeno, señalando sus vaqueros.

Marcos sonríe mientras abre sus pantalones, botón tras botón. Sus ceñidos bóxers negros dejan entrever una leve erección.

Probablemente es mejor si con Marcos me comunico exclusivamente a nivel sexual. Así me gusta mucho: su cuerpo y su manera de bailar, combinado con su sonrisa socarrona, pone en marcha mi feminidad.

Finjo indignación, arqueando una ceja, y señalo sus bóxers:

–¿Qué pasa con éstos? ¡Fuera!

Niega con la cabeza.

–No, primero te toca a ti. ¡Quítate el jersey! Quiero probar si la nata todavía está buena.

De un tirón, me quito el jersey de lana.

–El sostén también –ordena Marcos, señalando mi sujetador de encaje gris.

–Esto lo tienes que hacer tú: he comprado el número completo –le contesto fresca.

–¡Cómo quieras! –Marcos se coloca entre mis piernas y con la punta de su lengua sigue mi cuello y acaricia el principio de los pechos. Luego abre el sostén con destreza, dejándolo caer al suelo. Me masajea con delicadeza mis pechos hasta que se endurecen los pezones para luego colocarles un poco de nata. Empieza por mi pezón derecho, lamiendo lentamente la nata, hasta que no quede rastro de ella, y luego lo chupa suavemente. Entrelazo mis piernas alrededor de su torso y noto su erección entre mis piernas que se hace cada vez más grande. Mi cuerpo reacciona inmediatamente y un dulce hormigueo se extiende por mi bajo vientre. Más, mi feminidad exige más.

Marcos pasa a dedicarse a mi pezón izquierdo y yo gimo levemente.

Con cuidado le bajo los bóxers, liberando su pene erecto de la estrecha prisión de tela.

–Ahora me toca a mí. Ven conmigo –le susurro, pasándome lascivamente la lengua por los labios. Me aparto un poco, agarro el bote de nata y voy al salón. Marcos me sigue como Dios lo trajo al mundo.

–¡Acuéstate! –le ordeno, señalando el sofá.

Marcos deja ir un gruñido, pero por una vez, hace lo que le digo y se coloca encima del sofá.

Vuelvo a sacudir el bote y le pongo una porción de nata encima de su pene erecto. Hundo mi dedo en la masa blanca y lo chupo con fruición. Lo quiero mantener en vilo durante más tiempo.

–¡Qué cabrona eres! –Me agarra del pelo con las dos manos y acerca mi cabeza a su erección. Le hago el favor, abro la boca y lamo con cuidado la nata de su polla, luego me la meto toda en la boca y la chupo.

Marcos gime y me clava sus dedos en el pelo:

–Si lo dejas otra vez, ¡te mato! –me avisa con voz ronca.

–Pues no te quedará otra –le rebato y me incorporo sonriendo. Adoro tomarle el pelo. Si hay alguien que se merece que le torturen un poco, este es Marcos.

–Espero por tu bien que ya estás lista otra vez –gruñe, bajándome de un tirón vaqueros y tanga. No me defiende, sino que me quito la ropa que estorba y me estiro a su lado. Adoro lo juegos de poder, me excitan.

Marcos me quita la nata de las manos y con ella, el poder.

–Ahora me toca a mí. –Coloca nata encima de mi pubis. Me relajo y disfruto del juego de su lengua. Me lame la nata de la parte íntima, juega con los labios, excita mi clitoris y me penetra con la lengua. Gimo. Estoy tan húmeda que a pesar de los esfuerzos de anoche, estoy lista otra vez.

Marcos se arrodilla entre mis piernas y frota su pene por mi clitoris.

–¿Te portarás bien? –pregunta.

Qué malo. Me podría pedir cualquier cosa, le diría que sí a todo. Lo que quiero es que me folle.

–Excepcionalmente –susurro, alcanzándole mi pelvis.

Me penetra sin ningún problema. Gimo aliviada. Se mueve con fuerza dentro de mí, exigiendo más. Le clavo mis dedos en sus nalgas, me acoplo a sus movimientos y me dejo llevar por la pasión.

«Marcos y yo, lo único que tendríamos que hacer juntos es follar, no hablar». Es lo que pienso antes de que sus despiadadas clavadas me lleven al orgasmo y al fin me corro.

Satisfechos, nos quedamos estirados en el sofá escuchando música *chill out*. Marcos me acaricia la espalda con cariño.

Entre nosotros es un poco como en una tormenta. Antes de que estalle, el aire está inquieto y se carga eléctricamente, durante la tormenta está todo revuelto y después, de entrada reina una agradable quietud. El problema con las tormentas es que, con el tiempo, nadie las aguanta. El hombre necesita sol para sentirse bien.

Lástima que entre nosotros no haya química. Tal como está Marcos ahora, me gusta mucho: desnudo, relajado y callado. No tengo nada en contra de que se quede así un ratito más.

De repente, me llega un olor desagradable. ¿Que es esto? Olfateo y hago una mueca:

–¿Qué es lo que huele? –pregunto, incorporándome.

–Oh, miércoles. ¡La comida! –Marcos se levanta de un salto y corre a la cocina. Yo le sigo.

Llegamos demasiado tarde, la comida está carbonizada. Rápidamente, Marcos quita las ollas del fuego y abre las ventanas para que corra el aire.

–¿Pizza o sushi? –pregunta con media sonrisa, enseñándome folletos de diferentes comidas a domicilio.

–¡Pizza!

–Esto sí que no me ha pasado nunca –dice Marcos, sacudiendo la cabeza–. Me he olvidado completamente de la comida. Es culpa tuya, me has dejado completamente desconcertado.

–Encantada –le contesto dulzona, alcanzando el menú de las pizzas.

Ahora me apetece una pizza con jamón y mucho queso. El sexo con Marcos me ha dejado hambrienta.

–¡Me habías prometido contestar a mis preguntas! –Estoy sentada en la mesa de la cocina, acabada de arreglar y vestida decentemente, disfrutando de los últimos trozos de mi pizza.

–De acuerdo. –El también se ha vuelto a vestir y acaba de comerse su pizza. Nuestro *intermezzo* erótico le ha dejado también con hambre.

–¿Qué quieres saber? –pregunta, dejando de lado su plato vacío y mirándome a los ojos.

–Bueno, tal vez me puedas explicar por qué te importan tanto los niños del centro de menores.

–De acuerdo. –A Marcos no parece entusiasmarle la pregunta. Con aire ausente, agarra una servilleta y la estruja entre los dedos.

–Cuando tenía ocho años, mis padres murieron en un accidente de coche. Mi niñera y yo fuimos a vivir con mi abuela. Pero se cansó rápidamente de mí. Se hizo cargo de gestionar mi fortuna, pero no quiso ocuparse de mí. –La voz de Marcos tiene un tono amargo–. No tenía a nadie, excepto a Erica, mi niñera. Poco después de mi décimo aniversario, se fue a ver a su familia para unos días. Mi abuela aprovechó su ausencia para deshacerse de mí. Me envió al internado, en el que más tarde conocí a Liam y a Álex. Durante días lloré por la soledad y esperé que Erica me viniese a visitar. Pero no me escribió ni una carta. Mucho después me enteré de que mi abuela la despidió cuando aún estaba con su familia y que se negó decirle dónde me encontraba.

–Dios mío. –Horrorizada, dejo de lado mi último trozo de pizza, ya no tengo apetito–. ¡Pero qué encanto de persona, tu abuela!

–Mi abuela murió hace diez años. Fue una persona bastante mala. Odiaba a mi madre y la culpaba de la muerte temprana de su único hijo. Fue mi madre quien conducía el coche con el que se salieron de la carretera los dos. Para mi abuela, ella mató a mi padre. A mí también me odiaba porque me asemejo mucho más a mi madre que a mi padre. Además, que todo el dinero de mi padre fuera a parar a los hijos de mi madre, es algo que no superó nunca. Logró engañar a todos y despilfarrar gran parte de mi herencia, pero aún así quedó mucho. A mí nunca me importó el dinero, provoca demasiada envidia. Por eso intento hacer algo con él que tenga sentido, invirtiéndolo en una buena causa.

–¿Como el centro de menores, por ejemplo?

–Sí, exacto. El centro al que hemos ido hoy lo fundó Erica.

–¿¿Qué dices?! ¿Cómo has vuelto a encontrarla?

–Fue ella quien me localizó. Se gastó todo su dinero en un detective privado para que me encontrara. Un día, nueve meses después de haber entrado en el internado, me la encuentro en el despacho del director. Después de enterarse de la visita por el director, mi abuela obviamente hizo de todo para evitar que me volviera a ver, pero Erica me escribió muchas cartas de las que mi abuela nunca supo nada. Ni el director ni los demás profesores nunca le dijeron nada. A algunos profesores no les caía bien mi abuela y se dieron cuenta de que, para mí, el contacto con Erica era muy importante.

–¿Y en algún momento Erica fundó el centro de menores? –continuo indagando.

–Sí. –Marcos dibuja una sonrisa melancólica–. Tenía una debilidad para criaturas abandonadas.

–¿Tenía? –pregunto. Noto como se me hace un nudo en la garganta. De hecho, prefiero no oír la respuesta.

–Sí, se murió hace cuatro años de cáncer de cérvix. Se lo diagnosticaron tarde. Siempre pensaba primero en los demás y no se cuidaba mucho. Creo que no fue ni una vez a una visita ginecológica.

Marcos parece estar muy triste así que extendiendo la mano y le acaricio suavemente el brazo.

–Lo siento mucho –le digo sin saber a qué me refiero exactamente: a la muerte de sus padres, a la abuela horrorosa o a la pérdida de la única persona que parece haber querido de verdad. Todo esto es muy triste.

¡Pobre Marcos!

No es de extrañar que sea incapaz de llevar una relación normal. Tiene que tener un miedo a la pérdida muy acentuado.

Hace tiempo leí un artículo sobre la fobia al compromiso y mucho de lo que se explicaba coincide con la manera de ser de Marcos. No quiere depender de una pareja, ni cumplir con expectativas, manteniéndose siempre a una cierta distancia para no ser herido. No hay que ser un terapeuta para ver que la convivencia en este piso es una buena solución para él. Se compra, por así decirlo, una relación que puede deshacer después de poco tiempo y que comparte con sus amigos para no enamorarse de la persona. ¿Quién se enamora de la mujer con la que se acuestan también sus mejores amigos?

Muy astuto y muy triste a la vez. En este caso solo podrá ayudar un buen terapeuta.

Creo que Marcos no quiere mi compasión. Se sacude brevemente, aparta mi mano de su brazo y se levanta rápidamente.

–Me hago un café. ¿Otro para ti?

–Sí, gracias –le murmuro con voz tomada, mirándolo aprensiva.

¿Dónde me he metido?

Mis compañeros de piso serían la alegría para todos los psicólogos de andar por casa. Creo que tanto Álex como Marcos tienen graves problemas para relacionarse con una mujer. ¿Puede que Liam también tenga una triste historia para contar? Muy probablemente sí. ¿Por qué debería ser el único normal? Normal, lo que se dice normal, tampoco lo es la comunidad del piso. ¿Y cómo serán las demás mujeres que se comprometen con estos chicos?

Miro de reojo mi bolso. Espero que Nicole me contacte. Siento curiosidad por ver qué tipo de mujer es y qué más me puede explicar de los chicos.

–Sabes Carolina, todavía no estoy seguro de si fue buena idea dejar que vinieras a vivir con nosotros –comenta Marcos, mientras me sirve el café–. No me gusta hablar de mi pasado. A ninguno de los tres. Y tú, tú prácticamente nos obligas a hacerlo. Las demás mujeres no eran tan complicadas, a ellas no les importaba. Lo importante era divertirse en la cama.

–Pues, haberlo pensado antes –le contesto, aguantando su mirada–. A veces, hablar ayuda.

–¿Ah sí? –rebate frunciendo el ceño–. Pues entonces me toca a mí. ¿Por qué no has tenido el valor de terminar la relación con tu ex novio? ¿Por qué dejaste que te tratara de esta manera?

Tiene razón, no es fácil contestar a ciertas preguntas. Y las tuyas no me gustan para nada. ¿Pero, cómo quieres conocer a alguien, si no se puede preguntar algo de su pasado?

–Creí que solo estábamos teniendo un bajón en nuestra relación –le contesto, removiendo el café, ensimismada.

–¡Tonterías! No me vengas con éstas, de que no te habías dado cuenta de que ya no funcionaba– me espeta Marcos.

–Puede ser que me hubiera dado cuenta, pero que no quisiera admitirlo –le contesto vacilando.

–¿Lo ves? Por eso prefiero no tener relación alguna. Todo es muy complicado. A mí, me gusta nuestra comunidad: no hay compromiso, las mujeres no se quedan tanto tiempo como para acostumbrarse a ellas y aburrirse mutuamente. ¡Todos se divierten y al final te despiden respetuosa y amablemente, y no te vuelves a ver nunca más!

Toma ya. No sé por qué, pero la última frase de Marcos me afecta tanto que casi dejo caer la taza del café.

...al final te despiden respetuosa y amablemente y no te vuelves a ver nunca más...

Obviamente, los tres chicos nunca intentaron guardar en secreto que nuestro tiempo en común sería limitado. Pero que después no pueda haber ningún tipo de contacto, me molesta más de lo que podía imaginar. La situación es completamente absurda y excéntrica, pero les he cogido cariño a los tres, aunque les conozca desde hace poco tiempo y convivir con ellos sea todo, menos fácil. ¿Tal vez sea eso lo que ha sacado de quicio a Nicole? ¿Qué me meta en estos líos, siendo una principiante? Necesito volver a hablar con ella urgentemente. Si finalmente no me contacta, no me quedará otra que volver a llamarla.

–Creo que hay personas por las que vale la pena invertir más tiempo –digo despacio.

–¿Qué quieres decir con esto? –pregunta Marcos.

–Lo que acabo de decir –le contesto.

–Esta conversación me está empezando a cansar. –Parece que para Marcos se acabe aquí nuestra pequeña entrevista–. Ya te explicado más cosas que a cualquier otra de nuestras mujeres. Me voy a duchar, luego tengo unos recados y además algunas llamadas que hacer. Después me gustaría mirar una película contigo. Hasta entonces, puedes hacer lo que te de la gana. ¡Pero no contestaré a más preguntas! –dice y sale de la cocina.

–Claro, vete –pienso enfadada. A la que una intenta acercarse un poquito a uno de vosotros, echáis a correr. Esto ya me lo conozco.

A veces, reprimir una cosa parece la solución más fácil, pero con el tiempo mata al alma.

¡Estoy convencida de ello!

Si tan solo mis compañeros de piso pensarán lo mismo...

Sacudo la cabeza, frustrada. No estoy nada contenta con el resultado de mis pesquisas. Es cierto que ahora sé un poco más sobre Marcos, pero tampoco me ha aportado muchas novedades.

Tal vez sería mejor seguir el consejo de Liam: *¡Disfruta del tiempo en el piso y deja de hacer preguntas!*

De todas formas, no es mi manera de ser.

Hay que estar muy curado de espantos para convivir con unas personas y acostarse con ellas sin querer saber nada de su vida privada. ¿Seré capaz de olvidar todas las informaciones recogidas hasta ahora y de disfrutar solo de mi vida sexual?

Ensimismada me dirijo al pasillo para buscar mi bolso y me retiro a mi habitación. Marcos fue bastante claro: necesita estar a solas. No tengo nada en contra, tampoco tengo muchas ganas de compañía masculina. Necesito tiempo para reflexionar y quiero comprobar urgentemente mis mails. Tal vez Nicole ya me haya enviado un correo...

Estoy algo nerviosa cuando saco el móvil. Sentada en la cama compruebo la pantalla: una llamada perdida, un mensaje de voz y cuatro correos nuevos.

La llamada y el mensaje de voz son de Liam:

Hola Carolina. ¿Todo bien? ¿Qué estáis haciendo? ¡Qué ganas de verte mañana por la tarde!

Me encanta el tono masculino de su voz, con ese matiz burlón. *¡Qué ganas de verte mañana...*

Suena muy erótico.

Suspiro. Para Liam tiene que ser muy normal ir y venir cómo y cuándo quiera, exigir sexo de sus compañeras de piso, siempre que le apetezca. Para mí, todo esto es muy extraño. Que desaparezca así sin más, el sobre con el dinero...

Me acuerdo de la frase de Marcos: *¡Liam casi nunca deja dormir a las chicas en su cama!*

«Ay Liam –pienso–. Yo no te entiendo a ti ni tú me entiendes a mí. Si solo el sexo no fuera tan bueno...»

Si quiero quedarme, tengo que aprender a pasar de las cosas. Me sacudo y le envío un mensaje breve:

¡Hola! Todo bien entre nosotros, siempre y cuando follemos. Si no, bastante difícil...

Hasta mañana, Caro

Lo envío rápido y paso a abrir los correos electrónicos. «Por favor, que uno de los correos sea de Nicole, por favor» imploro en silencio. Respiro hondo y abro la carpeta de entrada. Dos correos son de publicidad con bonos para sendas tiendas de ropa. Como de momento no tengo dinero, los elimino rápidamente para no hacer disparates y comprar alguna prenda.

El siguiente correo es de mi amiga Mona que envía fotos de su viaje: Seis semanas de mochilera por Estados Unidos. Pregunta como estamos Tobias y yo y dice que le hace mucha ilusión vernos porque tiene muuuucho que contar.

Ay Mona, si supieras todo lo que te tengo que contar yo...

De hecho, solo ha pasado una semana desde que me dejó Tobias y conocí a Liam, Álex y Marcos. Solo una semana... Parece que hayan pasado meses, con todas las cosas que han sucedido.

Le contesto que me alegro de volver a verla. No le digo nada de la separación de Tobias porque no quiero que se preocupe por mí, ni de la convivencia con los chicos porque con mi firma me he comprometido a guardar el secreto.

El último correo en mi buzón de entrada tiene un remitente desconocido: miss.sunshine@mailex.com.

Empiezo a jugar con un mechón de pelo por los nervios y abro el correo.

De: miss.sunshine@mailex.com

Para: Carolina

Mañana 15h, en el café del Museo de Arte

Adjunto el enlace de Google Maps

¿Podrás venir?

¡No te olvides de eliminar el correo!

N.

Uf!

Suspiro aliviada. No me había dado cuenta de que estaba aguantando el aliento por los nervios. No sé muy bien cómo hacerlo, pero tengo que acudir a esa cita como sea.

Hay muchas cosas que no entiendo todavía. Si hay alguien que puede contarme más sobre los tres chicos y tal vez darme algún consejo es alguien que ya haya vivido la misma situación. Tengo que ingeniármelas como sea para quitarme de encima a Marcos durante unas horas mañana por la tarde y verme con Nicole.

En el enlace del Google Maps me pone que el café está a tres cuartos de horas de nuestro piso. Calculo que, entre ir y venir en transporte público y el tiempo suficiente para hablar con ella, estará fuera como mínimo unas tres o cuatro horas.

Miro el correo, dándole vueltas. ¿Qué le cuento a Marcos? Le parecerá muy raro que me ausente unas horas.

Venga Carolina, piensa.

¿Tal vez le pueda decir que tengo una visita médica que no puedo anular?

Tengo que pensar en algo que sea plausible y explicarlo de manera que Marcos no empiece a sospechar. No es tan fácil. Además, no soy muy buena mintiendo, pero he de conseguirlo sí o sí. No tendré otra ocasión como ésta.

De: Carolina

Para: miss.sunshine@mailex.com

Ahí estaré.

C.

No creo que ninguno de los chicos husmee en mi correo. Tampoco entiendo del todo la ‘manía persecutoria’ de Nicole, sin embargo elimino los correos.

Decido distraerme un poco con un baño caliente y una novela romántica. Además, sumergida en una bañera, suelo tener las mejores ideas.

«También tiene ventajas el hecho de llevar a cuestras todos tus enseres » me digo a mí misma al encontrar unos cuantos libros sentimentales. Escojo uno y me retiro al baño, intentando no hacer ruido. No quiero que Marcos me oiga y le de por bañarse conmigo. Con él, nunca se sabe.

Me siento en el borde de la bañera, esperando a que se llene de agua. Relajarme me irá bien, el día con Marcos ha sido bastante agotador.

Cuando está bien llena me quito la ropa y me deslizo en el agua. ¡Ah, fantástico!

–¿Carolina, todo bien? ¿Dónde estás?

Miércoles, ¿ya ha acabado con todos sus recados? Por lo visto, llevo más tiempo en la bañera de lo que pensaba. A veces pierdo completamente la noción del tiempo. Soy capaz de pasarme una hora y media en la bañera, sin aburrirme. Adoro la combinación de agua caliente, sales de baño y lectura ligera. Para evitar que me entre frío vuelvo a rellenar la bañera con agua caliente. A Tobías, mis sesiones de baños le solían sacar de quicio:

«¿Sabes cuánto cuesta llenar la bañera continuamente con agua caliente?» me reñía, estropeándome con regularidad exasperante mi momento de relajación.

Espero que Marcos no empiece también con un sermón parecido. Seguro que le da igual cuánto cuesta, aunque como ecologista tampoco le hará gracia que alguien se bañe durante horas. Pero aún no he acabado, porque todavía no he encontrado la excusa perfecta. Me negaré a salir y ya está.

–¿Carolina? –llama otra vez.

–Estoy en el baño –respondo a regañadientes.

Oigo como se acercan pasos enérgicos y unos momentos más tarde, se asoma la cabeza de Marcos por la puerta del baño.

–Hola, ¿todo bien?

–Hm –refunfuño. Le miro indagándole-. ¿Y tú? ¿Has tenido tiempo suficiente para ti?

–¿Por qué eres siempre tan respondona? –suspira, sentándose encima de la bañera-. Es que no me gusta hablar mucho de mi pasado. ¿Es tan difícil de entender?

–No –me rindo-. No te preocupes. Gracias por haberme contado igualmente algo más sobre ti.

Marcos hace un gesto con la mano para quitarle importancia al asunto.

–Cambieemos de tema. Acabo de recibir una llamada. Uno de mis proyectos no va tan bien como previsto. Mañana tengo que irme a Túnez y para ello necesito cosas que están en mi otro piso. Por esto, no dormiré aquí esta noche. Siento que no haya tarde de tele. Pero muy probablemente volveré el martes y Álex seguramente el lunes. O sea que tienes unos días a solas con Liam. ¡Estarás contenta! –Me mira detenidamente, esperando con impaciencia mi reacción.

No puede ver mi alegría porque desaparezcó debajo de la espuma.

Fantástico, a veces un problema se soluciona por sí solo. Así que mañana tendré tiempo suficiente para verme con Nicole sin tener que buscar un pretexto.

Estoy tan contenta que hasta soy capaz de ignorar su comentario: *„tienes unos días a solas con Liam. ¡Estarás contenta!* ¿Podría ser que Marcos esté celoso de Liam? ¿O simplemente, se trata de marcar territorio? Prefiero no saberlo. Si tengo que preocuparme también de los problemas personales que puedan tener entre ellos, la cosa se complica, y mucho.

Vuelvo a la superficie resoplando:

–Lástima que tengas que irte –le digo, intentando dar a mi voz el tono que correspondería a las palabras.

–Hmm... –me contesta, no del todo convencido-. Ahora vuelvo para despedirme. –Antes de salir del baño, se da la vuelta otra vez y me fija con los ojos semicerrados y una mirada impenetrable.

Uf. Tengo que aprender a controlar mejor mi mímica. Espero que Marcos no se haya dado cuenta de cuánto me alegro de poder pasar tiempo a solas con Liam. Liam es mucho más llevadero y menos agotador que Marcos. Y el sexo con él me encanta. También me gusta acostarme con Marcos, pero con Liam es menos complicado. Y sus ideas son muy fantasiosas y extremadamente eróticas.

En cuanto Marcos sale del piso, me visto con camiseta y pantalones cómodos y enciendo la tele. Es una sensación extraña, quedarse a solas en este piso. Es extraño pero también muy relajante. Me sirvo una copa de vino tinto y busco algo dulce en los armarios de la cocina, pero no encuentro casi nada, excepto una tableta de chocolate negro y la nata en spray. Los chicos parecen seguir una dieta muy sana. Me instalo delante de la tele con el vino y el chocolate, y hago zapping. Uno de los canales repone *Apartamento 23*. Adoro esta serie, sobre todo me encanta el personaje de Chloe. A veces me gustaría ser descarada e insolente como ella. Pero me parece a mí que tengo más de June, su compañera de piso, aunque no soy tan ingenua. La convivencia de los dos personajes también es particular, no tanto como la mía, pero

especial al fin y al cabo. En el episodio que estoy viendo, Chloe está husmeando en las cosas de June.

Esta escena me inspira para rastrear las habitaciones de mis compañeros. ¿Quién sabe cuando vuelva a tener una tarde a solas en este piso? Es muy posible que tenga solamente esta única ocasión.

Acabo el vino, dejo la copa en la cocina y me encamino hacia la habitación de Marcos.

Al pasar el umbral, me siento un poco como cuando era niña y husmeaba en el armario de mis padres para encontrar los regalos de navidad. Me gusta notar el cosquilleo y la expectación de poder encontrar cosas fascinantes. Ya de niña tenía mucha curiosidad y en eso no he cambiado. De hecho, no estoy haciendo nada que esté prohibido ¿no? Después de nuestra primera noche, pregunté a Liam si Álex y Marcos también tenían juguetes eróticos escondidos en los cajones y él me dio, para así decirlo, el permiso de indagarlo. Es lo que pienso hacer ahora.

Miro con interés la habitación de Marcos. Su estilo de muebles difiere claramente del de Liam. A Liam le gustan tonos oscuros y muebles de diseño lo que confiere a su habitación un aire elegante, pero también un poco sombrío.

El dormitorio de Marcos al contrario es una mezcla de espacio de yoga, cueva de surfista y gimnasio. No hay cama, pero en el suelo hay unas esteras de tatami que dan soporte a un colchón. A la derecha del tatami hay una librería repleta de libros sobre yoga, deporte de fuerza, surf y algunos libros de fotos sobre África. En la parte frontal de la habitación hay un aparato de gimnasia, cuyo uso parece bastante complicado. Al lado de la puerta está apoyada una tabla de surf y en las paredes cuelgan varias fotos en las que se ve a Marcos cabalgando las olas. No hay escritorio y todo indica que Marcos trabaje encima de las esteras, hay documentos y material de oficina esparcido encima. Si hay alguna cosa interesante a descubrir estará probablemente en el gran armario blanco.

Abro una de las puertas y dejo ir un silbido de admiración: aunque el mobiliario parezca un patchwork, en el armario rige un orden perfecto: camisetas, pantalones, chaquetas... todo está ordenado y plegado meticulosamente. Toda su vestimenta es de tipo casual deportivo.

Cómo psicóloga de andar por casa diría que su habitación refleja su carácter: le encanta el deporte, tiene una fijación para con su cuerpo y tiene tendencia al caos. De alguna manera anhela también un poco de orden en su vida.

Tampoco encuentro nada interesante en el armario. Me quedan los cajones. Abro el primero y encuentro ropa interior y calcetines doblados con esmero. La ropa interior es sexy, pero tampoco de mucho interés. Vuelvo a cerrar el cajón y abro el siguiente.

¿Qué tenemos aquí? Esto es mucho más excitante. He dado en el clavo: el cajón está repleto de juguetes.

Extraigo una cajita de color rosa en la que leo: “Lubricante con sabor a fresa”. Abro la lata, hundo mi índice en la masa gelatinosa y la saboreo. ¡Tampoco está tan mal!

En otro bote pone “Lubricante retardante”. ¿Qué será eso? ¿Para que el hombre pueda mantener la erección durante más tiempo? Ni sabía que existiera una cosa así.

¡Esto es de locos! Continúo explorando el cajón y saco una caja blanca que abro con cuidado. ¿Y eso? ¿Unos caramelos de menta? Hay un folleto de instrucciones que dice “La *Menta Oral* te regala un placer más intenso”.

¿Caramelos de menta para el sexo oral? Tiene que quemar mucho. No se me hubiera ocurrido nunca, comerme un bombón de menta durante una felación. Pero igual aporta algo nuevo, tendré que probarlo. Abro el cajón un poco más. Marcos está muy bien equipado, la verdad. A parte de dildos de diferentes tamaños y condones de colores variopintos, hallo unas esposas y una venda para los ojos. Hm, sexy. No tendría nada en contra de probar una de estas cosas con los chicos. Lástima que no haya nadie a mano.

Suspirando, guardo todas las cosas y me dirijo a la próxima habitación. A ver qué esconde Álex en sus armarios. El fisgoneo empieza a divertirme.

¡Cerrada! Álex ha cerrado su habitación con llave, ¿en sabia previsión? ¿Tal vez tenga miedo de que le robe sus composiciones? El otro día me asomé y vi un piano de cola. Es muy probable que componga también aquí, en este piso. No hacía falta cerrar con llave, yo de componer sé tanto como un pez de ir en bicicleta. No sé ni leer las notas musicales.

Lástima, me hubiera gustado averiguar qué tiene en sus armarios. ¿También tendrá juguetes eróticos? Y si es que sí, ¿de qué tipo?

Me resulta muy difícil calificar a Álex, he pasado muy poco tiempo con él para poder hacerlo. Nuestra cita fue muy intensa, pero definitivamente demasiado breve. Tal vez tenga ocasión de conocerle mejor la semana que viene. Creo que no tendré problemas al relacionarme con él, me gusta su manera de ser, amable y tranquilo.

En el camino hacia la habitación de Liam, me atrevo a dar un vistazo a la ‘habitación del amor’. Sin embargo, no se ve nada, excepto las colchonetas y unos ganchos en las paredes. Aparentemente, los chicos se llevan sus juguetes según las ‘necesidades’.

«Ay Liam» me digo a mí misma al hallarme en su habitación. Tengo una camiseta suya entre mis manos que llevaba cuando durmió a mi lado. La olfateo: Todavía huele a Liam, a una mezcla de perfume leñoso y su propio olor. Adoro este olor, es muy sexy.

Conozco bien la habitación de Liam, pero todavía no he mirado ni dentro del armario ni en los cajones. Es lo que pienso recuperar ahora.

También el armario de Liam está muy ordenado. Sin embargo, su estilo difiere claramente del de Marcos. En el armario hay muchos trajes y camisas, pero poca ropa de estilo deportivo. Es muy probable que desde aquí vaya a menudo a las reuniones. Excepto la ropa no encuentro nada interesante. En cambio, la mesita de noche, de color negro, contiene más de lo que se podía esperar. A parte de las diferentes fundas y plumas de pájaro que conozco desde nuestra primera noche, tiene también una selección de dildos de diferentes tamaños. Pero ¿dónde tendrá todos sus juguetes técnicos? Tienen que estar por aquí. Me acerco al escritorio y miro con detención todo el material de oficina. Pero tampoco hay nada interesante, solo documentos de trabajo. Sigo buscando.

Ah, ahí puede haber algo. Parece una puerta de un armario empotrado, del mismo color gris claro que las paredes, por eso no la vi la primera vez. Empujo la puerta del armario, esperando que se trate de un mecanismo moderno que se abre al apretar, porque no veo ni cerradura ni manilla.

Tengo suerte, la puerta se abre con un ruido suave.

Silbo sorprendida.

Detrás de la puerta hay un cuarto pequeño con estanterías en las que se acumulan diferentes cosas.

¿Qué demonios es todo esto? El cuarto parece un almacén de una tienda de juguetes eróticos.

¡Dios mío!

Hay cosas que no he visto en mi vida y esta es una de ellas :

Miro el pequeño objeto en forma de cono en mi mano. ¿Tal vez un juguete anal? Lo que me tranquiliza un poco es que no veo ningún instrumento de tortura. Distingo esposas y cuerdas, pero nada de látigos, pinzas de pezones o máscaras con pelotas de goma o cosas por el estilo.

¡Uf, qué suerte!

En cambio, los juguetes técnicos son muy interesantes: hay diferentes huevos vibradores y otras cosas sugestivas en las estanterías.

«No –me digo a mí misma, cerrando el armario–. No quiero saber qué es todo esto. Quiero dejarme sorprender. Adoro la manera que tiene Liam de descolocarme con uno de sus juguetes. Que siga así».

Decido acostarme. Quiero estar descansada mañana si me veo con Nicole por la tarde y con Liam por la noche. Mañana promete ser un día interesante.

Sábado por la tarde. Estoy en el tren e intento hacer pasar el tiempo leyendo un libro. Pero no logro concentrarme y estoy repasando la misma frase por enésima vez. Y eso que el libro no es muy exigente. Mis pensamientos giran continuamente alrededor del encuentro con Nicole. Faltan quince minutos para llegar al lugar establecido.

Antes de salir he vuelto a comprobar mis correos, pero Nicole no ha cancelado la cita. Esto significa que vendrá, ¿no?

Tengo muchísima curiosidad por ver cómo es. Seguro que es muy guapa.

Suprimo un bostezo con dificultad. No he pasado una buena noche. He tenido un sueño bastante caótico en el que soñé con una persecución y una orgía sexual. Como si mi subconsciente no lograra asimilar mi vida nueva y trabaje algunos hechos durante el sueño. De alguna manera no es de extrañar, mi vida actual es bastante estrambótica.

Bajo en la siguiente parada. El Museo de Arte se encuentra justo en frente del edificio de la estación, al otro lado de la calle. Ya puedo distinguir la cafetería. Está ubicada en la planta baja del museo y es accesible tanto desde la calle como desde el propio museo. Hay unos ventanales que abren la vista a la calle, así que una persona sentada en esta zona puede verlo todo. Si Nicole ha llegado ya, habrá buscado una mesa al lado de la ventana para poderme divisar desde lejos. Vamos, yo lo haría así. Agudizo la vista e intento averiguar si en una de las mesas hay una chica sola y guapa, pero el café está demasiado lejos. Además, el sol me molesta y no reconozco nada.

Con una mano me protejo los ojos del sol y cruzo la calle. Y de repente la veo: Hay una joven mujer guapa, con pelo marrón largo, sentada sola en una mesa que mira tensa a la calle. ¡Tiene que ser Nicole!

De manera refleja, la saludo con la mano. La respuesta es inmediata: se sobresalta.

¡Ésta es Nicole, seguro! Por Dios, qué nerviosa está. Espero que no salga corriendo por la puerta de atrás.

Me acerco lo más rápido posible. Estoy a punto de arrancar a correr, pero me contengo. No gano nada si llamo la atención y Nicole desaparece por ello. Ésta es mi única oportunidad.

Llego sin aliento al café, buscándola con la mirada. Hay pocas mesas ocupadas, muchas personas estarán aún visitando el museo. Suspiro aliviada al ver que la mujer de pelo marrón sigue sentada en su mesa.

«Tranquila, Carolina» pienso, mientras me acerco a ella.

Cuanto más me acerco, más frunzo el ceño. Desde lejos, Nicole parecía guapa y elegante, pero desde cerca, su ropa es descuidada, el jersey verde no pega ni con cola con los pantalones color verde oliva y necesitaría lavar su pelo. Al alzar la vista hacia mí, observo ojeras oscuras. ¿Qué demonios le habrá pasado?

–¿Eres Nicole? –le pregunto.

La mujer asiente con la cabeza.

–¡Hola! –Su voz suena cansada–. ¿Por qué no te sientas? –me invita, indicando una de las sillas libres.

Me siento en frente de ella y me alegro de que no dé muestra de querer estrecharme la mano. Mis manos, empapadas de sudor, tiemblan por la excitación. Las dejo encima de mis muslos para que Nicole no las vea.

–Gracias por haber venido –empiezo la conversación.

–Mi terapeuta me aconsejó no acudir a la cita. Sin embargo, no he tenido otro remedio que venir. –Su voz es tan débil que me cuesta entenderla.

–¿Tu terapeuta? –En cambio, mi voz suena como si estuviera sin aliento.

–Sí, mi terapeuta. La llamé después de hablar contigo. No le parece buena idea que nos veamos. Pero tuve que venir. –Se quita un mechón de la cara, distraída.

La miro asombrada. ¿Pero qué me está contando?

–¿Le has hablado de mí a tu terapeuta?

–Sí, claro –me contesta como si fuera la cosa más normal del mundo–. No te preocupes, tiene que atenerse al secreto profesional.

–Perdona si te pregunto así, sin más –continuo cautelosa–, ¿pero por qué vas a una terapeuta?

Se queda callada un momento, con los ojos clavados en el suelo:

–Soy adicta al sexo y tengo depresiones severas.

«Dios –pienso–, la chica está completamente ida».

–Me metí en el piso porque creía poderme curar con esta experiencia. Pero desde entonces estoy mucho peor –refunfuña, a punto de ponerse a llorar–. Los chicos son unos verdaderos diablos. Te dan todo para luego dejarte caer como una patata caliente.

–Pero sabías que solo podías quedarte poco tiempo –le contesto.

Por vez primera me mira directamente a los ojos:

–¿Cuánto tiempo hace que estás ahí?

–Una semana –le contesto prudente.

–¡Ja! –se ríe, seca–. Entonces no sabes de qué hablo. Le he dado muchas vueltas y creo que siguen siempre el mismo guión. Durante la primera semana no están casi nunca los tres a la vez y uno se ocupa de ti con más intensidad. ¿En tu caso quién es? ¿Álex? ¿Tal vez Liam?

La miro perpleja. ¿Realmente cree que está todo planificado?

–A Álex casi no le he visto. Me cae simpático Liam, pero la mayoría del tiempo está Marcos –le contesto.

Mi respuesta parece alegrarla: esboza una sonrisa y en este breve momento se le ve muy guapa. Pero de seguida su cara vuelve a ensombrecerse.

¿En qué estaría pensando? Es como si se alegrara de que no haya pasado mucho tiempo con Álex. ¿Por qué?

Se acerca un camarero y nos pregunta qué queremos tomar. Interrumpimos nuestra charla. Yo pido un *latte macchiato*, Nicole una copa de vino rosado:

–Necesito alcohol –me comenta.

Esperamos a que nos traigan las bebidas antes de continuar con nuestra conversación.

–En mi caso fue Álex –retoma la conversa Nicole–. Durante la primera semana pasé mucho tiempo con él. ¡Te envenenan poco a poco!

–Sinceramente creo que quien esté en casa se ocupa de la chica. No creo que haya sistema –le rebato para seguir rápidamente con la pregunta que más me interesa–. ¿Tú has contestado al anuncio, verdad? ¿Cómo es que te presentaste para algo así?

–No tienes ni idea de qué significa ser adicta al sexo –me contesta inquieta, manoseando la servilleta–. En tu interior, solo sientes un vacío que no se puede rellenar con nada. El vacío te obliga a probar cosas cada vez más extremas. Por eso siempre estoy buscando aventuras locas. Cuando vi el anuncio pensé que estaba hecho para mí. Siempre que empiezo algo nuevo, el vacío desaparece, aunque solo por poco tiempo. Fue así cuando entré a vivir al piso. Hacía tiempo que no me sentía tan bien como durante las cuatro semanas que viví con Marcos, Liam y Álex. Pero después, todo fue peor, mucho peor. De esto hace cinco meses y todavía no he superado aquello: duermo mal, no tengo apetito y me siento tan vacía como nunca antes. Echo de menos la convivencia con los chicos, pero sobre todo a Álex. Le echo mucho de menos. Ya no sé qué hacer. Si no fuera por mi terapeuta, ya habría acabado con el dolor.

Las palabras de Nicole me dejan helada. Parece que se haya enamorado de Álex de verdad. Recuerdo nuestra cita breve y su beso intenso y me sentí trastornada después de una tarde con él. Ya me imagino a Nicole, con lo sensible que es, derritiéndose como mantequilla en sus manos.

¡Qué canallas!

Hubieran tenido que darse cuenta de que Nicole no estaba bien. De repente, siento pena por ella:

–¿Y no has tenido la posibilidad de seguir viéndote con Álex?

–No creas que no lo he intentado. Después de que saliera del piso, ya no tuvo ningún interés por mí. Ninguno de los tres. ¡No tienes ni idea de la influencia que tienen! Si rompes con sus reglas acaban contigo. ¡Que no lleguen a saber nunca que nos hemos visto! Y solo vine para advertirte: sal corriendo del piso, antes de que sea

demasiado tarde.

No sé muy bien qué pensar: Por un lado creo que hay algo de verdad en las palabras de Nicole, por otro, que la chica padece psicosis. Se ha montado su película y enamorado involuntariamente de Álex. Además, padece de manía persecutoria. ¿Qué me pueden hacer los chicos? Es cierto que he firmado un contrato, pero no creo que sea válido jurídicamente. Solo sirve como excitación sexual, ¿o no?

Noto como Nicole se pone más y más nerviosa. Antes de que decida desaparecer le hago otra de mis preguntas importantes:

–¿Sabes algo más sobre la vida privada de Liam, Marcos y Álex? ¡Me encantaría averiguar más sobre ellos!

–¡No! –Sacude la cabeza, horrorizada -. ¡No puedes preguntar nada sobre su vida privada, va en contra de las reglas!

Pongo los ojos en blanco, algo molesta. ¡Qué blandengue! Pensaba que tendría más ovarios. Si todas las mujeres del piso son así, no me sorprende que los chicos se extrañen que yo no acceda a todo.

–Pero ya rompiste las reglas hablando con María –le rebato.

–Lo sé, pero no me quedó más remedio. Se cayó delante de mis ojos y no podía no ayudarle. Pero sí fue un error haber mantenido el contacto con ella y haberle dejado mi número de teléfono, como fue un error quedar contigo. Dios mío, si lo llega a saber Álex seguro que le decepcionaré. ¡Será mejor que me vaya!

Si hay alguien desilusionado, aquella soy yo. Había esperado obtener alguna respuesta, sin embargo lo único que me ha explicado Nicole es su teoría de conspiración. Muy probablemente tenga razón su terapeuta. Hubiera sido mejor no verme con ella. Se ha montado su película y verme a mí no le es ninguna ayuda.

–No le diré nada –le prometo–. Me perjudicaría a mí misma.

–Sería mejor que dejaras el piso –repite Nicole–. Sería mejor irte ya, antes de que los tres pasen tiempo contigo y antes de que “entres en servicio”.

–¿Qué quieres decir con eso? –le pregunto.

–¡Dios, ni siquiera te has leído el contrato! Qué ingenua eres. No quiero tener la culpa de que luego te encuentres tan mal como yo. Lo único que puedo hacer es advertirte. La convivencia en este piso no es nada para ti, no tienes experiencia en este ámbito. ¡Sal de ahí antes de que sea demasiado tarde!

Sigo a Nicole con la mirada, perpleja. Nicole apresura el paso, girándose de vez en cuando y mirando hacia atrás, como si contara con ser perseguida. Nos despedimos de golpe y ella me pidió de no volver a contactarla, excepto si me encontrara en una situación de emergencia, sea lo que fuera lo que quisiera decir con eso...

Me hubiera podido ahorrar la cita con ella. De hecho, no me ha dicho nada interesante. Es cierto que hubiera podido comentar que sabía algunas cosas sobre Marcos y Álex. ¿Pero de qué me hubiera servido? Psíquicamente me parece una persona bastante turbada y no creo que le hubiera podido ayudar mucho. Parece que la salida del piso no le haya sentado muy bien.

A mí seguro que no me afectará tanto, ¿verdad?

Quiero decir, no tendré problemas al salir del piso y seguir una vida normal y corriente ¿verdad?

Aunque, o precisamente porque no tenga experiencia en este asunto, ¿verdad?

Y el piso de convivencia no es un juego ideado por los tres chicos para destruir psíquicamente a mujeres indefensas ¿verdad?

Mierda, no fue buena idea encontrarme con Nicole. Las dudas que tenía están maltratando mi razón y se clavan en mi cabeza como pequeñas agujas.

«Ya te dije que todos están enfermos –dice mi cabeza–. Ten cuidado de no acabar como Nicole».

«Tonterías –dice mi feminidad–. Solo estás disfrutando de una época de diversión. La historia con Tobías fue horrorosa, pero esto, es sencillamente fantástico».

Empiezo a tener dolor de cabeza que se intensifica a momentos. Será por la tensión y porque no paro de darle vueltas.

Menos mal que en la estación hay una farmacia. Compró un analgésico y espero a que me haga efecto. El encuentro con Nicole no ha durado ni tres cuartos de hora, con lo cual espero estar de vuelta antes de que llegue Liam.

...y uno se ocupa de ti con más intensidad...

¿Y si Nicole tuviese razón? ¿Y si hubiese un sistema? No puede ser, ¿verdad?

Tanto Marcos como Liam han pasado bastante tiempo conmigo, aunque el estar con Liam me pareció mucho más relajado. Además, no me enamoraré de uno de ellos, ¿verdad? El desastre con Tobías aún es muy reciente.

Estoy tan ensimismada conmigo misma que la vuelta me parece mucho más breve.

Al encontrarme delante de la puerta de entrada, estoy a punto de llamar a la puerta de María para preguntarle qué impresión tuvo de Nicole. Pero cambio de opinión, ¿qué me aportaría?

Esta vez he sido más lista, le pedí una llave a Marcos y con ella abro la puerta de entrada. Subo al ascensor y le doy al botón del último piso. Sonríe sin quererlo:

Probablemente no podré subir nunca más a un ascensor sin tener que pensar en la primera escena de sexo con Liam. Tal vez ya esté envenenada, como comentó Nicole. ¿Y qué quería decir con “Entrar en servicio”? No me queda otra que volver a leer el contrato. Abro la puerta del piso, ensimismada.

–¿Dónde te habías metido?

Casi me muero del susto. No contaba con que Liam estuviera de vuelta tan pronto, ¡miércoles!

Me lo encuentro en el pasillo, con los brazos puestos en jarra y cara inquisidora.

–Ya has vuelto –refunfuño.

–Sí, quería hacerte una sorpresa, pero no estabas. ¿Dónde te habías metido?

–Fui, fui a dar un paseo –tartamudeo. Me reniego a mí misma: debí imaginarme que Liam volvería antes. La excusa es poco consistente.

–¿Estás segura? –Liam se acerca lentamente, me agarra de la barbilla y me obliga a mirarle.

No soy muy buena mintiendo, maldita sea.

–Necesitaba dar una vuelta –le contesto. Por lo menos, es media verdad.

–¿Y por dónde fuiste? –indaga Liam, mirándome fijamente.

–No sé, vagabundeando por las calles. Al final me he sentado en un muro para observar a unos pájaros –le contesto, recordando el paseo del día anterior.

No sé si Liam me cree, pero no sigue preguntando.

–¿No me das ningún beso de bienvenida? –pregunta, expectante.

Quería decirle que me molestó mucho su desaparición repentina, pero me ha pillado tan de sorpresa que no me da tiempo a recriminarlo. De todas formas, no sería muy inteligente por mi parte hacerlo en este momento. No vaya a ser que se empeñe en volver a preguntarme por dónde me he paseado exactamente. Será mejor distraerlo.

Dejo caer mi bolso, me pongo de puntillas, ciño mis brazos alrededor de su cuello y le beso en la boca.

El me agarra de la cabeza, besándome con tal intensidad que me corta el aire. Le devuelvo su beso.

–Ven conmigo –me susurra con voz ronca–. Mientras tanto he preparado una sorpresa. ¡Te he echado de menos!

Enseguida, sus palabras ponen en marcha mi imaginación. Me vienen a la mente los juguetes que tiene en su desván y noto los cosquilleos en mi bajo vientre. No lo puedo remediar, me gusta que Liam sea tan decisivo y sobre todo me encantan sus fantasías sexuales.

«Envenenada, ya estás envenenada». Mi mente echa pestes.

«¡Cállate! –ordena mi feminidad–. ¡Lo que quiero ahora es que me follen!»

Liam se dirige directamente hacia su habitación, yo le sigo expectante. ¿Qué habrá querido decir con “*Mientras tanto he preparado una sorpresa*”?

Es increíble como mi cuerpo reacciona a Liam: mis pezones rozan la tela de mi sostén, tan duros están por la expectación.

–Espérate un momento y cierra los ojos –exige Liam.

Aliviada de que esté distraído, hago lo que me manda y cierro los ojos. Y espero, y sigo esperando... ¿Qué estará tramando? Justo en el momento en que quiero abrir los ojos oigo su voz en mi oído:

–¡Ya puedes volver a abrir los ojos!

«Qué bonito» pienso al ver lo que ha preparado.

Las persianas están cerradas y su habitación a oscuras. La luz viene de una cuarentena de velitas en el suelo. Por eso tardó tanto, tuvo que encenderlas una a una.

–Tengo una sorpresa para ti, para compensar que ayer tuve que salir con tanta prisa –dice Liam, con su sonrisa socarrona.

Dios, como me gusta esta sonrisa. Es tan sexy.

–Pues tendrás que esforzarte –le rebato, cruzando los brazos–. No es tan fácil contentarme. No me gustó nada despertarme tan sola.

–Lo siento, de verdad. Pero no tenía otra opción. Tuve que acudir a la cita y no te quería despertar. Pensaba que te iría bien recuperarte un poco después de nuestro ritual.

Parece sincero. Probablemente no puedo pretender que Liam me entienda. ¿Cómo quiero que lo haga si no ha tenido nunca una relación y no tiene idea de como comportarse con los demás? Será mejor pasar de todo eso y disfrutar de la velada.

–Me tienes intrigada –le contesto, entrando en su habitación, con la cabeza bien alta. Me hago ver más segura de lo que soy. De hecho, estoy muy nerviosa, con

Liam nunca se sabe dónde vas a parar.

Mis ojos necesitan un momento para acostumbrarse a la poca luz. Miro a mi alrededor, pero no veo nada extraño: ningún columpio ni esposas colgando de escarpas ni cualquier otra cosa rara. ¡Uf!

–De acuerdo, ¡empecemos! –Liam me regala una sonrisa.

–Empezar, ¿con qué? –quiero saber.

–A desnudarte.

–¿Y si no quiero?

–Ya lo creo que querrás. Te perderías muchas cosas.

–¿Qué es lo que estás tramando?

–Carolina, ¿por qué siempre tienes celos? ¡Confía en mí, por una vez! –comenta, deslizándolo su mano debajo de mi camiseta–. ¿Y por qué estás siempre tan

nerviosa? –pregunta al notar que se ha disparado mi corazón.

«¿Nerviosa, yo? –me pregunto a mí misma–. ¿Si la nerviosa soy yo, entonces Nicole, qué es?»

Me pasa por la mente la advertencia de Nicole.

«¡Olvídate! –grita mi feminidad–. Nicole padece manía persecutoria. ¡Disfruta de una vez!»

La mano de Liam acaricia mis pechos, sus dedos mis pezones duros.

Con un murmullo me quita mi camiseta, desbrocha el sostén, dejándolo caer al suelo. Luego mete mi pezón en su boca, dejando que la lengua juguete con él. Noto una dulce sensación expandiéndose por mi bajo vientre que hace desconectar a mi mente.

–Ven conmigo –ordena Liam, agarrándome de la mano para llevarme a su cama.

Algo ha cambiado: Ha desaparecido la ropa de cama. En cambio, la sábana brilla de manera extraña.

–¿Qué es eso? –pregunto, señalando la sábana.

–Tu sorpresa. Es una sábana del placer, toda de látex. Te haré un masaje... ¡integral!–. Sus ojos azules brillan divertidos. Empieza a desvestirse lentamente,

empezando por su camiseta para que pueda contemplar sus abdominales, hasta quedarse completamente desnudo delante de mí. Su pene ya está un poco erecto.

Noto como me sube la adrenalina. Me molesta que reaccione siempre tan rápido a él: Me humedezco con solo imaginarme el ‘masaje’ de Liam.

–¿Por qué te desnudas? –pregunto, tragando saliva.

–Porque de aquí poco se mojará todo –me rebato con una sonrisa indecente–. Te toca a ti–. Me señala los vaqueros–: ¡Quítate los!

Me deshago de mi ropa hasta encontrarme desnuda también.

–Eres realmente muy bonita –murmura Liam, admirando mi cuerpo.

Le regalo una sonrisa.

–¡Échate y relájate! –me invita, señalando a la cama.

«Bueno, vamos a ver qué pasa» pienso intrigada, colocándome sobre la sábana.

Al echarme, noto el frío del lienzo que me pone la piel de gallina.

Liam activa un botón en su celular y hace resonar música relajante. Se acerca, un frasco negro entre manos, y se arrodilla a mi lado, encima de la cama.

–¿Tienes frío? –pregunta.

–Un poco –asiento, mirando de reojo el frasco en su mano.

–No te preocupes, ya se te pasará. Yo te calentaré –me susurra al oído, desenroscando el frasco. Dios, cómo me gusta el *dirty talk* con él.

¿Qué será eso? ¿Aceite para el masaje?

Liam deja que el contenido se escurra entre los dedos y gotee sobre mi pecho para luego extender el líquido oleoso entre mis pechos. Seguidamente, hace resbalar aceite sobre su propio pecho, lo que, a la luz de las velas, hace resplandecer sus músculos. Se me acerca, pasando suavemente su pecho sobre el mío.

Dios, qué sexy.

–Date la vuelta –me invita–. Quiero empezar por la espalda.

Le obedezco y me pongo boca abajo.

Cada una de las gotas de aceite que cae sobre mi espalda desnuda o sobre mis nalgas me hace estremecer. Todos mis sentidos están ya a punto de estallar. Cuando Liam empieza a regalarme un masaje en la espalda, gimo de complacencia. ¡Qué bien! Sus dedos se deslizan desde la nuca hacia la espalda, bajan por mis nalgas hasta los pies, para luego deshacer el camino.

Poco a poco, empiezo a relajarme. Liam deja caer unas gotas de aceite en mi espalda y se coloca encima de mí, frotando su pecho por mi espalda. Noto su erección en mis nalgas y mi clítoris empieza a latir.

–Masaje integral –me susurra al oído, mordiéndome la oreja.

–Mmm... –ronroneo–. No está nada mal.

–¿Ya te estás calentando?

–No, para nada –le miento.

–Pues tendré que esforzarme un poco más –Liam se incorpora y abre mis piernas–. Quédate tranquila.

Jadeo al notar el aluvión de aceite que cae sobre mis nalgas y que busca el camino entre mis piernas y mis labios.

Con sus dedos, Liam extiende el aceite en mis nalgas y yo le alcanzo mi pelvis, arqueando la espalda. ¡Más, quiero más!

Con una lentitud exasperante Liam hace deslizar sus manos hacia abajo, acaricia mis ingles para finalmente penetrarme con dos dedos. Inmediatamente, da con mi punto G.

Gimo.

–¿Y ahora qué? ¿Más caliente? –pregunta socarrón.

–¡No, para nada! –jadeo, apretando los dientes.

–Lo siento, pues necesitaré ayuda –refunfuña, sacando sus dedos de mi vagina.

–¡No, qué haces! –me quejo.

–Me dijiste que no te bastaba –rebate Liam. Abre el cajón de su mesita de noche y saca un dildo de látex–. Tal vez esto te caliente un poco más.

Coloca una mano debajo de mi pubis para levantar mi pelvis y me penetra con el dildo. Lo hace bailar dentro de mí, con clavadas continuas, mientras me estimula el clitoris.

–Ah! –grito

–¿Ahora mejor? –pregunta Liam.

–Sí –gimo.

–¿Cómo? ¿qué dices? No te oigo muy bien. –Liam deja de estimularme de golpe

–Sí –le grito–. ¡No pares!

–Lo siento, angelito –me susurra, sacando el dildo de mí–. ¡Pero ahora te toca a ti!

«Qué cabrón» pienso cabreada, incorporándome. Él se pone a mi lado, alcanzándome el frasco de aceite.

Lo agarro con resolución y dejo caer aceite sobre su pene a media erección. ¡Espérate y verás!

Aprieto su pene entre mi mano, masajeo con suave presión el tronco hasta que se ponga duro y esté completamente levantado delante de mí. Liam echa atrás la

cabeza, gimiendo. Su cuerpo desnudo y oleoso resplandece con la luz de las velas. ¡Qué sexy que es! Me gustaría poder hacerle una foto ahora mismo, en esta

posición... para más adelante. De hecho, no quiero que esto acabe. ¿Tal vez podamos quedarnos atrapados en esta curva de tiempo?

–¡Para –jadea Liam–. Si no, me corro ahora mismo!

Con una sonrisa, interrumpo mi masaje.

El me da un empujón que me hace caer hacia atrás. Vuelve a abrir el frasco y con lo quedaba de aceite me llena todo el cuerpo.

Toda la sábana de látex está llena de aceite.

Yo estoy llena de aceite.

Liam se coloca encima de mí, frotando su cuerpo musculoso contra el mío, expandiendo el aceite. Su pene duro se desliza por mi bajo vientre y mi pubis. El aceite

entre nuestros cuerpos desnudos regala una sensación increíble. Increíblemente fantástica.

–Fóllame, por favor –le ruego. No puedo más, quiero sentirlo dentro de mí. Cuando finalmente me penetra, le encierro con mis piernas, colocándolas alrededor de su

espalda e impido que pueda salir de mí otra vez.

Me folla con ímpetu. Nuestros cuerpos se deslizan sobre la sábana, se encallan uno con otro formando uno solo. Las olas de deseo me vencen y me entrego

completamente, me olvido de todo lo demás. Solo existe Liam, yo y el aceite. Cuando por fin me corro, le muerdo el hombro.

Luego quedamos estirados, satisfechos.

–Pequeña tigresa –refunfuña Liam, frotándose el hombro, en que se distingue una mancha roja.

–Lo siento –susurro.

–Menos mal que estaba lleno de aceite y te has resbalado, de otra forma tendría una buena herida. Ya no te controlabas, ¿verdad?

–No es solo culpa mía, ¡Siempre me provocas!

–¿Aceptas pues mis disculpas?

–Por mí, puedes disculparte más veces. –Le guiño un ojo.

Liam acaricia mi espalda con ternura.

–¿Nos duchamos? –pregunta sonriendo.

–Buena idea –le rebato. Tengo aceite hasta en el pelo y Liam no está mejor.

–De acuerdo –me contesta, besándome la nariz–. A ducharse y luego, si te apetece, miramos un poco la tele.

Me despierto por el olor a café recién hecho. Estiro mis brazos.

–Buenos días angelito, el desayuno está listo.

Abro los ojos poco a poco. Liam está delante de mí, con una bandeja llena de delicias.

«Fantástico –pienso–, mejor imposible. Despertarme en la cama de un hombre como Liam y ver cómo te trae el desayuno. ¡De película!»

De repente, me resuenan las palabras de Marcos: “*Liam nunca deja que las mujeres duerman en su cama – nunca*”.

«Cállate de una vez –riño a mi voz interior y decido desterrarla a lo más profundo de mi ser–. Disfruta del aquí y ahora.»

–¿Has dormido bien? –quiere saber Liam y coloca la bandeja en el centro de la cama.

–Muy bien –le contesto–. ¡Muchas gracias por el desayuno!

Su gesto me hace ilusión. No recuerdo la última vez que alguien me llevó el desayuno a la cama. Probablemente mi madre, cuando aún vivía en casa de mis padres.

De todas formas, de esto hace mucho tiempo.

Desayunamos con ganas y mantenemos una conversación animada.

–¿Qué te parece si luego nos vamos a la sauna? –propone Liam–. Muy cerca de aquí hay un spa con sauna y circuito de bienestar.

–Me parece fantástico –le contesto. Un domingo *chill out* con sauna y, si puede ser, comer juntos es lo que más me apetece.

El sonido de un móvil interrumpe nuestra intimidad.

–¿Es tu móvil? –pregunta Liam.

Asiento con la cabeza.

–Me parece que sí, pero da igual–. Hago un gesto con la mano para quitarle importancia al asunto. Quienquiera que sea, no estoy para nadie. El móvil se calla por fin, pero solo para volver a sonar otra vez.

–Parece que alguien te esté buscando urgentemente.

Me levanto con un suspiro.

–Vuelve rápido, aún tengo ganas de un suplemento –me provoca Liam, mirándome con indecencia.

–Miro quién es y lo apago. –Me dirijo al pasillo a pies desnudos.

Saco el móvil de mi bolso y miro la pantalla. ¿Mi padre? No llama nunca al móvil. Será mejor que conteste.

–Papá, ¿estás bien?

–Carolina, tienes que venir a casa. –Mi padre parece estar sin aliento.

–¿Papá? ¿Qué es lo que pasa?

–Tu madre tuvo un accidente y está ingresada en el hospital. ¿Puedes venir?

Por el shock, mis manos empiezan a temblar, casi dejo caer el móvil.

–¡Dios mío! ¿Pero qué ha pasado?

–La ha atropellado un coche. Está en la UCI. ¡Ven por favor! –Está a punto de romper a llorar.

–¿Pero cómo está mamá? –Mi voz se ha vuelto aguda por el susto.

–No sé, tengo que colgar. Te ruego que vengas, te necesito.

Miro el móvil, consternada. ¡No puede ser! Seguro que es una broma de mal gusto. Me mareo y tengo que sentarme para no caer redonda.

–¿Caro? ¿Qué pasa? ¡Te has quedado pálida! —Liam está delante de mí, mirándome preocupado.

–Acaba de llamar mi padre. Mi madre ha tenido un accidente y está en la UCI. ¡Tengo que irme a casa, ahora mismo! –De repente noto que algo ciñe mi torso y me corta el aliento impidiéndome respirar. Tengo miedo.

–¿Quieres que te lleve?

–¿Eso harías?

–¡Claro! Vístete y nos vamos.

Le agradezco mucho a Liam que me lleve. Con su coche y su conducción temeraria nos llevará una hora y media llegar a mi pueblo. Intenta distraerme durante el trayecto, pero yo solo puedo pensar en mi madre. Dios mío, espero que no se muera.

Una hora y media más tarde Liam se para delante del hospital, haciendo rechinar las ruedas.

–¿Quieres que te acompañe? –pregunta.

Sacudo la cabeza

–No. Muchas gracias por traerme.

–Llámame, ¿de acuerdo? Quiero saber cómo estás. Si quieres, te vuelvo a recoger.

Asiento con la cabeza, le envío un beso y salgo corriendo hacia el hospital sin darle la vuelta otra vez. Solo pienso en mi madre.

–¡Lina, qué bien que hayas llegado! –Al verme entrar en la sala de espera, mi padre se levanta de su asiento, se me acerca rápidamente y me cierra en un abrazo.

Hace una eternidad que no oigo mi mote ‘Lina’. Eso fue en otra vida.

Mi padre tiene mala cara: tiene el pelo revuelto y los ojos hinchados por haber llorado.

–¿Cómo está mamá?

–No lo sé. La están operando.

–¿Pero qué es lo que pasó?

–Salió temprano a hacer footing. Todavía era de noche. Parece que el conductor del coche no la vio y la atropelló.

–¿Es grave? –Mi voz se rompe y empiezo a llorar.

–Saldrá de esa, ya verás. –Mi padre intenta aparentar optimismo, pero me doy cuenta de que no es así. Solo intenta protegerme.

–Nos hemos preocupado mucho. Creíamos que volverías a casa para hablar de lo que había pasado con Tobías. ¿Dónde te habías metido? Tu madre me comentó que estás viviendo con unos compañeros de trabajo. ¡Hubieras podido venir con nosotros!

Trago saliva.

«Dios, si supieras» pienso y de repente me invade una muy mala conciencia.

Me he equivocado en todo.

Mi sitio es aquí, con mis padres, y no en casa de unos desconocidos que solo quieren follar conmigo. No hubiera tenido que ir a vivir al piso de los chicos. Es de locos. Nicole tiene toda la razón, tendría que sacar mis cosas cuanto antes y salir de ahí...

- Fin de la primera temporada-

Primera entrega de la segunda temporada: Los caballeros del amor – Expectación
de inminente publicación

Queridas lectoras y lectores:

Al empezar la serie *Los caballeros del amor* aún no tenía claro el final. Antes quería comprobar si la historia de Carolina podía gustar.

La idea era publicar breves capítulos que dejaran con ganas de más, un concepto parecido al de una serie de televisión, para luego publicar un libro para todos aquellos que prefieren leer la historia de un tirón. Después de recibir muchos feedbacks positivos y algunos mails pidiéndome de no acabar tan pronto con el relato, he decidido aprovechar el potencial de esta historia y continuar desarrollándola. Por eso estoy preparando una segunda temporada que se centrará en las relaciones interpersonales de las figuras. Estoy segura de que os gustará. Y no habrá más temporadas, prometido.

Hasta pronto,
A.J. Blue

Capítulo de bonificación: Cómo empezó todo (Liam)

–Estoy harto de todo esto. Hombres y mujeres no pueden unos con otras, ¡basta! –Marcos se seca el sudor de la frente, mirando su bebida energética, enfadado.

–¿Qué te pasa? ¿Follón con alguna dama? –le pregunto.

–¡Ojalá fuera solo follón! La chica está loca de atar. Mira lo que me acaba de enviar.

Alcanzo el móvil y leo el mensaje de texto.

–Bueno, parece que la chica esté un poco celosa –le digo, devolviéndole el móvil. El mensaje consistía básicamente en tacos, con el reproche final de que Marcos sería incapaz de mantener una relación–. De todas formas, en una cosa tiene razón: No es que seas muy bueno manteniendo relaciones.

–¡Mira quién habla: El experto en relaciones!

–Tienes razón –le asiento–. No soy quien que te debería aconsejar en este tema.

–¿Sabes lo que me molesta? –sigue Marcos enfrascado–. Desde el primer momento le dije que no quería ninguna relación. Y a pesar de ello, se pone como una moto por los celos – no hay quien le aguante.

–¡La pobre! Ha sucumbido a tus encantos naturales –bromeo.

Marcos recupera la risa:

–Si no fueras tan feo, me casaría contigo.

–Retira lo de ‘feo’. Estás enfadado porque hoy gané yo –rebato, tomando un sorbo de batido proteico.

Marcos y yo estamos tomando una copa en la cafetería de nuestro gimnasio preferido, después de haber jugado un partido de squash.

Hace algunas semanas hemos cumplido un sueño y alquilado un ático entre los dos, aunque cada uno mantenga su piso. Resulta que ya convivimos en el internado y aparentemente, los dos lo echábamos de menos. Al principio era solo una idea, pero poco a poco la fuimos concretando y ahora estamos orgullosos de ser arrendatarios de un ático de ensueño. Los últimos fines de semanas los hemos pasado juntos, ya que ninguno de los dos tiene mucho interés en una relación estable. Sin embargo, pasar los fines de semana solos tampoco mola mucho, y por eso nos hemos juntado. Nos lo pasamos bien y hacemos lo que nos da la gana, sin tener que dar explicaciones a nadie.

–Adoro nuestros fines de semana: deporte, cenita, fútbol... ¡Solo falta el sexo!

–Si quieres, podemos salir más tarde –le propongo.

–¿Y luego qué? ¿Ligamos con unas chicas y nos las llevamos a casa?

–¿Por qué no? –Le guiño un ojo. Marcos me contesta con un suspiro:

–No estás un poco harto de ligar solo para una noche? A mí me aburre. Es mucho más divertido cuando te conoces mejor. Lástima que de seguida quieran una relación estable. Es muy agotador.

–Bueno, si pagas por ello puedes tener sexo con la misma mujer.

–¿Y mientras tanto folla con otros hombres? Lo siento, pero no comparto con desconocidos –rebate Marcos.

–Pues, escoge una chica y paga para que se quede una semana –le propongo.

–Podría ser una buena idea. Pero las prostitutas no me gustan mucho. Seguro que hay mujeres con ganas de vivir una aventura. Para facilitarle la decisión, hasta pagaría por ello, pero no quiero ninguna profesional, me aburre. Creo que en esta profesión te vuelves insensible. Me gustaría una chica a la que pueda seducir.

–Si encuentras una así, me apunto. Creo que me gustaría, ja mí también me encanta seducir!

De repente, los ojos de Marcos se contraen, mirándome fijamente.

–¿Eso es! ¿Por qué no compartimos una mujer durante unas semanas? Podría instalarse en nuestro ático, tenemos sitio suficiente.

–¿Hablas en serio? –pregunto, arqueando una ceja.

–¿Por qué no? Creo que existen mujeres a las que les gustaría acostarse con más hombres a la vez. De esta manera, nadie corre el riesgo de enamorarse y si uno no tiene tiempo o ganas de ocuparse de ella, se hace cargo el otro.

–¿Estás pensando en una ‘contienda seductora’? –pregunto divertido.

–Piénsatelo. La idea no está nada mal. Y para la mujer sería divertido también, acostarse con dos hombres. La verdad es que no eres tan feo.

–¿Hablas en serio?

–¡Claro! Habría que hacer un contrato, en el que se fije la duración y una cláusula de confidencialidad o algo por el estilo, sería muy excitante.

Sacudo la cabeza, dubitativo. Me gustan nuestras pequeñas competiciones deportivas, pero ¿una ‘contienda seductora’? Me parece estrambótico. Aunque tengo que reconocer que me gustaría observar a Marcos teniendo relaciones con una mujer. Me encanta observar a otros follando, una afición que no puedo experimentar mucho.

La propuesta no suena mal.

–No sé –le contesto–. ¿Dónde quieres encontrar a una mujer así?

–Podríamos poner un anuncio y ver si hay alguien que se presente. En Internet hay muchas páginas en las que hombres y mujeres buscan personas afines para experimentar cosas nuevas.

–La idea no está nada mal. ¡Me lo pienso!
